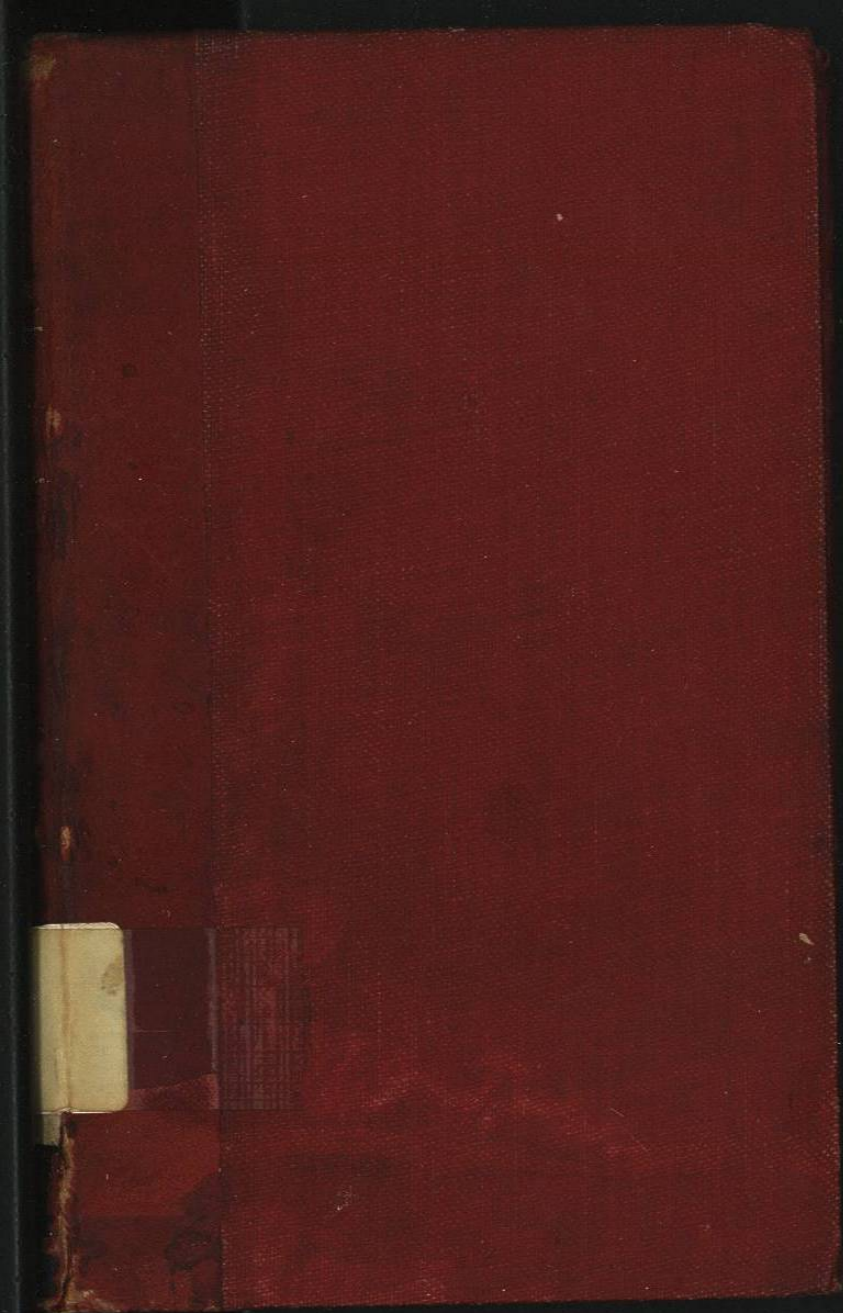




DOSTOIEVSKY

ALMA
DE NIÑA

PRECOCE

— 205

PG3327

.E8

A48

1900



1020025714

3327
E8A5

ALMA DE NINA

Núm. Clas. N
Núm. Autor D 724 v
Núm. Adg. 34787
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 69
Catalogó _____

COLECCIÓN REGENTE

ALMA DE NIÑA

POR

F.
H. DOSTOÏEWSKY

TRADUCCION

de

RAMÓN ORTIZ RAMOS



MÉXICO

MAUCCI HERMANOS, EDITORES

PRIMERA DEL RELOJ, 1

1900

85792

34787

891.7

2.

PG 3327

E 8

A48

1900



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ALMA DE NIÑA

I

Me desperté en una cama muy blanca y muy blanda y observé á mi alrededor gruesos tapices y lujosos muebles. La semiclaridad que se filtraba á través de las cortinas de la inmensa ventana, impregnaba todas las cosas de un aire fantástico y misterioso.

¿Era acaso un sueño mi visión? No; era una realidad tal como la muerte me la había enseñado y tal como esta mansión aristocrática mostraba á mi desesperación.

Estaba sola en el mundo, huérfana y en casa de extraños.

Por la primera vez en mi vida añoré mi pobre guarida; el mobiliario incrustado de concha de la casa del príncipe no podía hacerme olvidar el viejo diván y la cómoda coja, familiares á mi primera infancia.

Bien pronto estuve restablecida y pude trabar conocimientos más exactos con el palacio y con sus habitantes, porque mis primeros recuerdos, cuando fuí recogida de la

calle, se habían disipado como una espantosa pesadilla y no veía claramente sino la fisonomía dulce y grave del príncipe.

Observé desde los primeros días aquellas nuevas fisonomías y traté de familiarizarme con ellas.

Todo en aquella casa me parecía extraordinario; aun veo sus suntuosas y vastas habitaciones, sus salas, sus corredores tan extensos que á veces temía perderme en ellos.

No estaba todavía curada del todo y mi estado de ánimo era como aquellos inmensos salones, solemnemente triste. Una angustia indefinible oprimió mi corazón infantil. Deteníame á veces, asombrada delante de un cuadro, de un espejo, de una chimenea ó de una estatua, que parecía vigilarme desde lo profundo de su nicho, siguiéndome y atemorizándome con su mirada.

Durante mi enfermedad ví muy pocas personas. Unicamente, un señor anciano, de ojos azules y dulces, solía acompañarme algunos ratos.

Hubiera querido hablarle, pero me detenía un temor invencible. Estaba siempre muy triste y me dirigía algunos monosílabos de vez en cuando. Era el príncipe, mi bienhechor, el mismo que me recogió del arroyo.

Me regalaba bombones, libros de grabados y otras frioleras, procurando así devolverme la alegría.

Un día me anunció que iba á conocer á una niña de mi edad, su hija Katia, que á la sazón se hallaba en Moscou.

Fué aquello para mí una gran alegría, pues excepción hecha del príncipe, nadie me había demostrado cariño en aquella casa. El príncipe, por otra parte, hacía una vida muy retirada, y la misma princesa se pasaba semanas enteras sin verle.

Se hubiera dicho que no vivía en su casa.

Una mañana se me vistió y peinó con más cuidado que de ordinario, y me pusieron un vestido blanco galoneado, cosa que me sorprendió mucho. Terminados estos preparativos, fuí conducida á las habitaciones de la princesa. Su sola presencia me hizo perder la serenidad; estaba á la vez deslumbradora por el lujo del mobiliario y por sus maneras de gran señora.

Yo pensé, mientras me vestían, que iba á sufrir una sesión penosa, pero no creí que quedaría tan impresionada.

La desgracia me había vuelto recelosa y tímida con exceso. Temblaba al besar la mano de mi protectora y me encontré incapaz para responder una palabra á sus preguntas.

La princesa era una mujer muy hermosa, pero me parecía tan por encima de mí que ni aun me atrevía á mirarla.

Me hizo sentar á su lado y quiso entablar relaciones con la pequeña salvaje á quien

había prohibido. Pero yo me conservé reservada y silenciosa, lo cual quizá la desanimó, pues me dió un libro de estampas y se puso á escribir unas cartas.

Hojéé el libro, sin sentirme con más confianza. Me veía examinada por una persona extraña y hubiese querido estar muy lejos.

Cuando me dirigía la palabra no podía responderle sino con monosílabos, y mi timidez tenía mucha semejanza con la estupidéz.

Sin duda esperaba descubrir en mí una criatura extraordinaria, y resultaba una niña boba y necia.

Conocí que no había gustado y esto aumentaba mi torpeza.

Hubiera dado todo lo del mundo por haber sido en aquel momento amable, mas el el disgusto me apretaba el corazón, y después de todo yo no era más que una pobre niña de diez años.

A las tres empezaron las visitas. Creí que mi suplicio había terminado y que podría dejar aquel desventurado libro de estampas para esconderme en mi rincón; pero me equivocaba.

Llegaron, uno tras otro, gran número de personajes, á los cuales la princesa me presentó como un pequeño fenómeno. Tenía para mí en aquel momento extremadas atenciones, lo cual me embarazaba más y más. Recuerdo á un caballero anciano, pe-

queñito y muy perfumado, que me escudriñaba con su monóculo como si fuese yo una perrita danesa. Otro caballero quiso besarme.

Cuando hubo mucha gente en el salón, la princesa creyó oportuno contar mi historia.

Sentí una confusión que me trastornaba; no sé si estaba roja ó pálida, pero mi corazón se pujaba de una dura opresión.

Fué muy triste para mí escuchar á personas indiferentes, que aquel padre á quien amé tanto era una especie de músico medio loco, un hombre extraordinario y no comprendido hasta última hora; que la llegada de Schurmann á San Petersburgo había acabado por sorberle el seso y había sido la causa de su trágica muerte. Que mi madre, en fin, era una pobre mujer á quien había matado la miseria y que tuvo fe en el genio de su marido hasta el último instante.

Todo esto lo recordaba yo con sombría desesperación, y ocultaba mis lágrimas mientras aquellos caballeros, ricamente vestidos, hacían círculo alrededor de mi protectora, lanzando gruñidos de aquiescencia y echando alguna que otra vez sobre mí una mirada de compasivo desprecio. ¡Qué cruel fué aquella exhibición! Creían, sin duda, que nada sabía yo, que de nada recordaba, que á los diez años no puede doler el corazón y sentirse humillado!

Estaba orgullosa no sé por qué. Orgullosa de ser la hija de mi padre, de aquel pobre

loco que me había dejado un día sobre la nieve del camino para ir á buscar la muerte.

Trasladéme con la fantasía al pasado, á nuestra vida en una buhardilla, á las silenciosas veladas, y los sollozos me subían á la garganta. Hubiera querido ocultarme en cualquier rincón para llorar á mis anchas. No conocía aún la vida y ya deseaba la muerte.

Por fin desfilaron las visitas.

La princesa no quedó del todo satisfecha con el comportamiento de su protegida, y así lo conocí al ordenarme que me retirase con su aire un tanto displicente.

II

Tuve mucha alegría cuando se me volvió á conducir á las habitaciones del piso alto, donde estaba mi cuarto.

Me dormí calenturienta; todo lo que había visto aquel día me atormentaba y tuve pesadillas.

Conocí perfectamente que había desagradado á la princesa, y me lo probó el no haberme enviado á llamar más á su presencia.

En el fondo estaba muy contenta de mi soledad. Me gustaba correr por las habitaciones y ocultarme en los rincones y detrás de los muebles para observar á las personas de la casa sin temor de enojarlas.

Esta nueva existencia tenía para mí muchos atractivos y llegué á olvidar la terrible catástrofe que la había precedido.

Únicamente acudían á mi memoria los acontecimientos anteriores, y sobre todo el violín de mi padre y la idea de que era un genio superior.

Estaba libre, y, sin embargo, me veía demasiado vigilada por los criados; esto me inquietaba mucho. No comprendía por qué se obraba así conmigo. Parecíame que se tenían secretos designios sobre mí y querían emplearme en alguna cosa.

Procuré conocer los lugares más recónditos de la casa para ocultarme allí en caso de necesidad.

Un día me encontré en una gran escalera de mármol ancha, cubierta de alfombras, ornada de flores y magníficos jarrones. De trecho en trecho, dos silenciosos criados vestidos de color escarlata, con guantes y corbata blancos, esperaban de pie. Miréles asombrada, sin comprender por qué permanecían mudos é inmóviles.

Estas solitarias correrías me agradaban sobremanera. En el piso superior vivía una vieja tía del príncipe, que rara vez salía de sus habitaciones. Era, después de mi protector, el personaje más importante de la casa. En sus relaciones con ella, todo el mundo observaba una etiqueta muy severa.

La princesa, tan orgullosa y altanera, la hacía dos visitas por semana.

Estas visitas eran cortas y solemnes.

La distinguida y aristocrática sociedad de San Petersburgo se había impuesto como

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIZLES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

un deber el ofrecer sus respetos á la vieja señora, considerada como una de las depositarias de las últimas tradiciones aristocráticas, como una viviente reliquia de los bayardos de pura sangre.

Invariablemente vestida de negro, la anciana dama llevaba blancos cuellos rizados cuidadosamente, lo que la daba un aspecto monjil muy característico. Iba cotidianamente á la iglesia en carruaje, no abandonaba nunca su rosario, recibía la visita de muchos sacerdotes, leía sus libros piadosos, comía de vigilia la mayor parte de los días, y hacía, finalmente, una vida muy austera.

En el piso que ella habitaba jamás se oía el menor ruido; la animación le era insoportable.

Quince días después de mi llegada á la casa, la tía del príncipe se enteró de mi presencia y pidió informes.

Contáronle mi historia y quejósese de que todavía no me hubieran presentado á ella.

Al siguiente día fui lavada, peinada y martirizada por las criadas que se cuidaban de mí; luego de haberme enseñado á caminar modestamente y á saludar con gracia, se le pidió una audiencia.

La bayarda señaló la entrevista para el siguiente día, después de la misa.

Dormí mal aquella noche y me contaron después que había soñado con la vieja y que me acercaba á ella rogándola que me perdonase no sé qué cosa.

La presentación tuvo lugar.

La encontré sentada en un gran sillón; una viejecita muy diminuta, muy flaca. Me hizo muchas señas con la cabeza para que me acercase á ella, y luego se caló los anteojos para inspeccionarme mejor.

Conocí que no la llenaba del todo. Sin duda me calificó de salvaje, pues no acerté ni á hacerle una reverencia, ni á besarle la mano con distinción. La tía interrogóme, pero apenas respondí á sus preguntas, y cuando me habló de mis padres rompí á llorar. Descontenta de mi excesiva sensibilidad, me consoló, sin embargo, diciéndome que tuviese confianza en Dios. Preguntóme por mi última visita á la iglesia, y como mis respuestas no fuesen muy concluyentes —pues mi educación religiosa había sido descuidada,—la buena mujer quedó estupefacta. Se llamó á la condesa, hubo una grave conferencia y se acordó que desde el próximo domingo se me llevaría á misa. La bayarda prometió que rogaría por mí hasta entonces, pero, entretanto, ordenó que me sacasen de sus habitaciones, pues sentía, según dijo, una penosa impresión con mi vista. Y, sin embargo, nada había en todo ello que fuese sorprendente.

El mismo día envió á decir que yo hacía demasiado ruido y que se me oía por todas partes... y yo no había abierto la boca en todo el día. Era cosa sabida que la vieja no me quería. A la mañana siguiente se repitió

el recado. Después dió la coincidencia que se me escapara una taza de las manos, haciéndose mil pedazos. Los criados se sumieron en la mayor consternación. Me llevaron entonces, para que jugase, á la sala más apartada.

He aquí por que me sentía dichosa errando por las grandes salas del piso principal, porque sabía que allí, al menos, no incomodaba á nadie.

Un día, sola en una de aquellas inmensas piezas, oculté mi cabeza entre las manos y me abismé en mis recuerdos.

Yo pensaba, pensaba siempre. Mi espíritu, todavía poco desarrollado, no se explicaba el por qué de aquella pena que se me hacía cada vez más insoportable. De repente, una voz dulce me preguntó:

—¿Qué tienes, pobre niña?

Levanté la cabeza; el príncipe estaba delante de mí. Su rostro denotaba la mayor consideración. Le miré con aire de dolorosa afección y una lágrima cayó de mis ojos. —¡Pobre huérfana!—dijo acariciándome los cabellos.

—¡No!—exclamé gimiendo.—¡No... huérfana no.

Me levanté, así su mano, que besé mojada con mis lágrimas, y continué con voz suplicante:

—¡No... no soy huérfana!

—¿Qué tienes, hija mía? ¿Por qué lloras, mi pobre Netotchka?

—¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mamá?—exclamé sollozando sin poderme contener y cayendo de rodillas.—¡Por Dios!... ¿dónde está mi madre?

—¡Perdona, hija mía! ¡Yo te la he recordado! ¿Qué he hecho? Ven conmigo.

Me cogió de la mano y salimos.

El príncipe estaba muy conmovido. Entramos en un salón inmenso, tal como jamás había yo visto. Era una capilla. Reinaba allí una sombría claridad. La luz de las lámparas reflejaba sobre los adornos dorados y sobre la pedrería de las imágenes santas. Estas se destacaban en negro sobre un fondo de oro. Aquella sala en nada se parecía á las demás del palacio; todo era allí misterioso y solemne.

El príncipe me hizo arrodillar junto á él ante la Virgen.

—¡Reza, hija mía... rezaremos juntos!—me dijo en voz baja.

Pero yo no pude rezar; tenía miedo.

El príncipe acababa de repetirme las mismas palabras que me dijera mi padre ante el cuerpo inanimado de mi madre; caí presa de un ataque de nervios y fué preciso llevarme á la cama.

III

Seguía sufriendo en cama cuando un día vino á herir mis oídos un nombre conocido: el de Schurmann. Alguien de la casa lo

había pronunciado cerca de mí. Me estremecí al oír aquel nombre y mis pensamientos llegaron hasta el delirio.

Desperté muy tarde. Todo estaba obscuro á mi alrededor. La lámpara se había extinguido y la sirvienta que me cuidaba se había retirado. De pronto parecióme escuchar las notas melodiosas de una música lejana. A intervalos cesaba repentinamente, y después comenzaba de nuevo y parecía aproximarse. Se apoderó de mí una emoción extraordinaria.

Me arrojé del lecho, me vestí rápidamente (ni aún sé cómo tuve fuerzas) y salí de mi alcoba á tientas.

Palpando en la obscuridad atravesé dos salas desiertas. Llegué al corredor. La música se oía más distintamente. Una escalera profusamente iluminada me condujo á los salones del piso bajo. Oí pasos y me replegué en un rincón; después el ruido fué alejándose y penetré en un segundo corredor. Aquella música provenía de una pieza contigua. Hasta mí llegaba el rumor de las conversaciones como si hablasen reunidas millares de personas. Una de las puertas de esta sala estaba interceptada por un doble portier de terciopelo púrpura. Levanté uno de los paños y me escondí detrás. Mi corazón latía con tanta violencia que apenas podía mantenerme de pie. Transcurrieron algunos instantes. Me repuse mediante un poderoso esfuerzo y levanté un poco la segunda cortina. ¡Dios

mí! Era aquel lúgubre é inmenso salón donde tanto miedo tuve al entrar en él hacía algunos días; entonces estaba iluminado con millares de luces. ¡Parecióme que nadaba en un oceano de luz! Mis ojos, habituados á la obscuridad, no podían soportar tan fuerte resplandor.

Una atmósfera perfumada y un aire tibio herían mi rostro. Un sin fin de personas divagaban por todas partes. Todo el mundo parecióme muy contento: las damas ostentaban espléndidos trajes; en todos los ojos brillaba una satisfacción inmensa. Yo sentíame aturdida. Creía haber visto ya en sueños todo aquello. Acordéme al mismo tiempo de nuestra boardilla, al caer la noche; la elevada ventana por la que se veía la calle, allá debajo, con sus faroles encendidos; después los balcones de la casa con sus persianas verdes, los carruajes deteniéndose ante el vestíbulo, los gritos, las sombras pasando detrás de los cristales, y la música lejana... ¡Ved, pues, donde estaba aquel paraíso! ¡Ved á donde yo quería ir con mi pobre padre!... Esto no era un sueño... ¡Sí! ¡Así era exactamente todo, cual yo lo había visto en mis sueños! Mi imaginación sobreexcitada por la fiebre, se caldeaba como en una hoguera, y en un inexplicable transporte al sentimiento empecé á llorar. Buscaba á mi padre con la vista. —¡Debe estar aquí!... ¡Está aquí!...—pensaba yo.

Mi corazón latió presuroso ante esta esperanza. Sentí que la respiración me faltaba. La música cesó en aquel instante y oí por el inmenso local propagarse un murmullo de admiración.

Miré, con los ojos desmesuradamente abiertos, todos aquellos rostros que desfilaron por delante de mí, pero sin reconocerlos. Entonces se produjo un movimiento extraordinario.

Un viejo muy alto y muy delgado subió á una tribuna soberbiamente decorada.

Su rostro era pálido y sonriente. Saludó desmañadamente en todas direcciones. Llevaba un violín en la mano. El silencio reinó entonces profundo, religioso, y parecía como que cada cual procuraba retener la respiración.

Todas las miradas estaban fijas en él.

Inmediatamente las cuerdas vibraron bajo el arco.

Una terrible angustia se apoderó de mí. Escuché con todas las fuerzas de mi alma. Parecíame que yo había otra vez escuchado aquellas armonías que resonaban en mi corazón. La voz del instrumento se iba prolongando, se multiplicaba, se elevaba y se confundía en gemidos desesperados.

Diríase que imploraba algo de aquella multitud que me alelaba. Apreté los dientes para no gritar y me agarré al portier para no caer á tierra. Pintóse en mi imaginación aquella noche en que mi padre... El

tocaba aquel mismo trozo, no hay duda. No ha muerto, está allí, es su violín, cuyo sonido me parte el alma.

—¡Padre! ¡Padre!...

Fué como si un rayo atravesase mi cerebro. ¡Está aquí! ¡Me llama! ¡Es su violín!...

Ruidosos aplausos estallaron en la sala; al mismo tiempo un agudo sollozo se escapó de mi pecho. No me detuve más... Levanté el portier y me precipité en el salón.

—¡Papá... papá!... ¿Eres tú? ¿Dónde estás? —exclamé frenética.

No sé cómo me encontré al lado del viejo violinista. Todo el mundo se apartó para dejarme paso. Me arrojé sobre él gritando. Creía haber encontrado á mi padre. De pronto me sentí suspendida por unas manos flacas y largas. Dos ojos negros me miraban fijamente; su resplandor me abrasaba. Miré al viejo.

—¡No... no era mi padre; era su asesino!...

IV

¿Qué fatalidad había hecho que me encontrase con Schurmann en aquella misma casa donde me habían amparado después de la espantosa tragedia de los míos?

¿Acaso me perseguía el destino á mí, pobre niña, que no pedía más que vivir, y á quien la desgracia había ya probado tan cruelmente? En mis pocos años había cono-

cido tantas amarguras y tan pocas alegrías, que podía pensarlo así.

Mi padre, pobre músico, sin éxito y sin fortuna, no había podido proporcionarme ninguna de esas cosas que hacen la vida agradable, pero al menos me había amado entrañablemente.

Mi primera niñez pasó en una completa desolación. En vano trataría de recordar un solo día de felicidad. De aquella existencia, limitada por las paredes de un zaquizamí de bajo techo, no queda más en mi alma que una tristeza infinita.

Recuerdo nuestra casa; la lamparilla ardiendo en un rincón delante de algunas imágenes; la cama donde dormía con mi madre; el frío de la noche y mis algazaras infantiles. Veo aún la elevada ventana, que debía procurarnos sol, y ante la cual, el cielo sombrío, cortado por las líneas monótonas de los tejados, se extendía hasta lo invisible.

Nuestro mobiliario se componía de un viejo sofá recubierto de tela impermeable, rota á trechos y grasienta: de una mesa de pino sin barnizar, de una cómoda coja, y la cama de mi madre con cortinas estropeadas.

¡Qué contraste con los esplendores del palacio que habitaba ahora! Recuerdo el aspecto de nuestras veladas, caída la noche: echada por el suelo la vajilla de madera, botellas rotas, restos de la cena... y en medio de todo aquello, mi padre borracho y mi madre llorando,

Era una extraña naturaleza la de mi padre; es decir, el que me servía de padre, que al mío no le conocí, pues mi madre casó en segundas nupcias cuando yo apenas contaba tres años.

Había nacido músico, era un violinista de gran talento, pero la miseria y el alcohol le habían conducido poco á poco por una pendiente fatal que le arrastraba á la locura.

La ambición y la conciencia de su mérito artístico le habían traído á San Petersburgo. Allí no supo resistir á sus hábitos de bebedor, descendió hasta un nivel abyecto y no pudo sobrevivir á la ruína de su talento.

Casó con mi madre, pobre martir, con la esperanza de que los mil rublos que le aportó en dote, y que provenían de su primer marido, le serían suficientes para tener la necesaria independencia, pudiendo continuar su carrera artística. Y durante los ocho años siguientes á su matrimonio, apenas si cogió el violín en sus manos. Faltándole la práctica no tuvo más recurso que aceptar una plaza en la orquesta de un teatro. Pero su carácter no podía sufrir nada que fuese secundario.

Entonces se vengaba en mi madre de su caída. Odiaba nuestra pobreza y se dejó dominar de tal modo por el vicio, que perdió la cabeza.

Había jurado que no tocaría el violín hasta la muerte de su mujer y cumplió su

palabra, pues no tomó el instrumento entre sus manos sino el día que murió mi madre, y lo cogió porque aquel Schurmann, el viejo que acababa yo de oír, había llegado á San Petersburgo y mi padre estaba celoso de su gloria.

Y cuando quiso tocar aquella pieza, triunfo del gran maestro, se sintió vencido, perdió la razón... y quedé huérfana.

V

Un día, en el segundo y último período de mi enfermedad, al abrir los ojos, ví la cabeza de una niña inclinada sobre la mía; una niña de mi edad; su primer movimiento fué tenderme la mano. Al posar mis ojos en ella, mi alma tuvo un dulce presentimiento de felicidad. Imaginaros una carita idealmente hermosa, de una hermosura resplandeciente, ante la cual se detiene uno enternecido, confuso, extasiado, á la que se tributa reconocimiento porque existe, porque su mirada ha caído sobre vosotros, ó únicamente porque ha pasado por vuestro lado. Era Katia, la hija del príncipe, recién llegada de Moscou. Me sonreía á cada uno de mis movimientos y mis nervios distendidos estaban deliciosamente impresionados.

La princesita llamó á su padre, el cual, en un rincón, hablaba con el médico en voz baja.

—¡Ah... por fin! ¡Gracias á Dios! ¡Gra-

cias á Dios!—dijo el príncipe con la fisonomía radiante y cogiéndome la mano.

—¡Estoy contento!... ¡Muy contento,—exclamó vivamente con su expansión habitual.—Aquí tienes á Katia, ¡hija mía... hacedos pronto buenas amiguitas! ¡Ya tienes una amiga!... ¡Y cúrate pronto, Netotchka! ¡Qué susto me has hecho pasar, pobre niña! ¡Qué susto me has dado!...

Mi restablecimiento fué rápido. A los pocos días, ya daba algunos paseos por la habitación. Todas las mañanas venía Katia y se aproximaba sonriente á mi cama; yo esperaba aquellas visitas como el descenso de un ángel. ¡Tenía unos deseos de besarla! Pero la traviesa niña tenía tal vivacidad que no podía permanecer quieta un momento en ningún lado. Correr, saltar, hacer ruido por todas partes, eran cosas absolutamente indispensables á la princesita. Así me declaró, desde el primer día, que se aburría conmigo y que me hacía pocas visitas, y que aun estas eran por lástima y porque no podía eludirlas. Pero en cuanto yo estuviese restablecida, la cosa iría mejor entre nosotras. Su primera pregunta, todas las mañanas, era:

—Bueno... ¿estás ya curada?

Pero en cuanto veía mi rostro pálido y enflaquecido, mi tímida sonrisa, fruncía el entrecejo, golpeaba despechada el suelo con su piecécito, y:

—¿No te dije ayer que estuvieses mejor?

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO A. GARCIA"
416. 1025 MONTECORTI, MEXICO

¡Qué! ¿Quizás no te dan bastante comida?—me decía.

—Sí... me dan poca,—respondíle intimídada, pues me daba vergüenza alternar con ella. Deseaba serla agradable con toda mi alma; medía cada una de las palabras que la dirigía. Su aparición me hacía feliz cada mañana y temía, sin embargo, su presencia. Esto no obstante, la seguía con mi mirada sin perder ninguno de sus movimientos. Cuando se iba, mis ojos se iban tras ella, acompañándola hasta la puerta por donde desaparecía. Figuraba en mis ensueños. Y durante el día, cuando ella estaba ausente, me imaginaba conversaciones, era su amiga, jugaba, hacía travesuras, lloraba con ella cuando nos reñían; en una palabra, pensaba constantemente en ella, como si estuviese enamorada. Deseaba con ardor ponerme buena y restablecerme lo más pronto posible sólo por darla gusto.

Cuando Katia corría hacia mí por la mañana, para repetirme:

—¿No te has curado aún? ¡Estás flacucha todavía!...—Temblaba como bajo el peso de una culpa. Pero, sin embargo, el asombro de Katia fué muy serio cuando comprobó que veinte horas no habían sido suficientes para mi curación. Se enfadó formalmente conmigo.

—¡Pues bien!... ¿Quieres una cosa?—me dijo un día.—Voy á traerte hoy un pastel. ¡Come... así engordarás más pronto!

—¡Tráelo!—contesté dichosa al pensar que la vería otra vez.

Después de enterarse de los progresos de mi curación, la princesita solía sentarse en frente de mí, mirándome fijamente con sus hermosísimos ojos negros. Aun en los principios de nuestras relaciones, me observaba con una especie de ingenua extrañeza. La conversación no se entablaba nunca. Las brascas salidas de Katia me intimidaban, mientras me consumía con el deseo de hablarla.

—Bueno... ¿por qué no me dices nada?—empezaba Katia tras un largo silencio.

—¿Qué hace tu papá?—pregunté por decirle algo.

—¡Nada! Papá sigue perfectamente. Hoy me he bebido dos tazas de té en vez de una sola. ¿Y tú?

—Una sola.

Nuevo silencio.

—Falstaff ha querido mordirme...

—¡Un perro!

—¡Claro, un perro! ¿No lo has visto todavía?

—No... sí... sí; lo he visto...

Y como no sabía ya que responderla, ella me miraba de nuevo con el mayor asombro.

—Dime... ¿te diviertes mucho hablando conmigo?

—¡Mucho... mucho!... Ven á verme con frecuencia.

—Ya me han dicho que te gusta verme;

pero es preciso que te levantes pronto. Vamos, yo te traeré un pastel hoy... Pero... ¿por qué no dices algo?

—Por nada:

—Estarás pensando siempre.

—Sí; siempre estoy pensando.

—A mí me dicen que hablo mucho y que pienso muy poco. ¿Es pecado el hablar mucho?

—No... A mí me gusta oírte.

—¡Hum! Se lo preguntaré á Mlle. Leotard. Ella todo lo sabe... ¿Y en qué piensas tú?

—Pienso en tí,—respondíle después de una pausa.

—¿Te divierte eso?

—Sí.

—¿Me quieres, pues?

—Mucho.

—Pues yo no te quiero aún... ¡Estás tan flacucha! Espárame. Voy á traerte el pastel. Hasta luego.

Y la princesita, besándome al vuelo, desapareció.

Después de la comida vino el pastel prometido. Katia penetró como un rayo, riendo, satisfecha al traerme aquel alimento que se me prohibía.

—¡Come mucho... come una barbaridad! Ese es mi pastel... no me lo he comido para traértelo. Bueno... adiós.

Y apenas tuve tiempo de verla. Otro día cayó en mi cuarto como una bomba.

Sus rizos negros estaban sueltos sobre su

espalda. Sus mejillas rosadas exhalaban fuego, sus ojos resplandecían. Parecía que había corrido una ó dos horas por el campo.

—¿Sabes jugar al volante? —preguntóme agitada, sofocada.

—No,—le respondí desolada por no poder complacerla.

—¡Ah... lo siento! Bueno; te enseñaré cuando estés buena. No había venido sino para preguntarte esto. Ahora juego con Mlle. Leotard. ¡Hasta luego, que me esperan!...

VI

Por fin, aun cuando muy débil, abandoné la cama. Mi primera idea fué no separarme ya de Katia. Algo me atraía invenciblemente hacia ella. No podía dejar demorarla con gran extrañeza suya. Mi simpatía llegó á ser tan calurosa, aquel sentimiento me avasallaba hasta tal punto, que hubo de notarlo y le pareció muy extraño. Recuerdo que una vez, mientras jugábamos, no pudiendo contenerme, me arrojé á su cuello y la besé. Desprendióse de mis brazos, me cogió las manos, y frunciendo el entrecejo, me preguntó:

—¿Qué haces? ¿Por qué me has besado?

Me quedé inmóvil y confusa como una culpable. Me estremecí ante aquella pregunta hecha á quemarropa y no respondí nada. La princesita se encogió de hombros,

en señal de suprema perplejidad, además que le era habitual en idénticas ocasiones. Apretó con aire sus pequeños labios, cesó de jugar y sentóse en la esquina de un diván, reflexionando y como tratando de resolver un problema nuevo que rebotaba en su imaginación. Era también otra costumbre suya cuando algo la embarazaba. A mi turno debí durante mucho tiempo habituarme á estas bruscas manifestaciones de su carácter.

Primeramente me acusaba á mí misma, temiendo hubiese en mi conducta algo de anómalo, y luego experimenté gran pena. ¿Por qué no podía conseguir la amistad de Katia, y por qué siempre había de desagradarla? Este fracaso me apesadumbró extremadamente y las lágrimas acudían á mis ojos á cada palabra suya y á cada mirada de desconfianza que echaba sobre mí. Mi disgusto aumentaba cada día, porque con Katia las cosas marchaban muy deprisa. Algunos días después pude comprobar que no sólo no me quería, sino que aún experimentaba una especie de repulsión frente á mí. Todo en aquella niña era súbito; otro hubiera dicho brutal, si los movimientos de su carácter recto, espontáneo é ingenuamente sincero, no fuesen provistos de una suerte de noble gracia. Conmigo, empezó por la duda y acabó por el desprecio, porque, según creo, no sabía jugar á nada.

La princesita gustaba del juego y la carre-

ra; á mí me ocurría todo lo contrario. Débil aún, á consecuencia de mi doble enfermedad, calmosa y pensativa, los juegos agitados no me atraían. En una palabra, me faltaba todo lo necesario para serle simpática. Por otra parte no podía soportar la idea de aparecer desagradable á nadie; me torné más triste, perdí el ánimo; ni aun fuerzas me quedaron para reparar mi falta y modificar en mi provecho la mala impresión que había sentido. Sentíme irremisiblemente perdida. Katia no debió haber comprendido esto. Después de una hora de esfuerzos para enseñarme á jugar con el volante, no consiguió nada. Y como yo cada vez estaba más triste, hasta el punto de que las lágrimas me subían á los ojos, Katia me observó pensativamente dos ó tres veces, sin llegar á sacar ninguna conclusión acerca del asunto, y tomando su partido se puso á jugar ella sola, no invitándome ya ni dirigiéndome la palabra durante días enteros.

Aquel desdén me era insoportable. Esta nueva soledad se me hacía penosa, mucho más penosa que la anterior; caí nuevamente en mis ensueños y en mi tristeza y otra vez los pensamientos negros obscurecieron mi alma.

VII

Mlle. Leotard, que tenía la misión de vigilarnos, observó muy pronto aquel cam-

bio de nuestras relaciones, y como de hecho yo era la parte abandonada, mi forzada soledad hirió su sensibilidad. Dirigióse á la princesita y la riñó por su falta de amabilidad para conmigo. La niña frunció las cejas, se encogió de hombros y declaró que no sabía qué hacer conmigo, pues yo no sabía jugar y estaba siempre pensando en otras cosas. Prefería esperar á su hermano Alejandro, que debía volver pronto de Moscou, con el fin de jugar juntos. Esta respuesta no satisfizo completamente á mademoiselle Leotard; hizo observar á Katia que yo estaba enferma aún, que no podía tener su viveza ni su alegría, que eran demasiadas, á mayor abundamiento; recordóla que había cometido tal y tal falta; que dos días antes por poco si no la devora el bulldog. Finalmente, la institutriz la reprendió duramente y la ordenó que viniese á reconciliarse conmigo sobre el terreno.

Katia había escuchado con suma atención á la francesa, como si, en efecto, reconociese algo de nuevo y de justo en aquellos razonamientos. Dejando el aro, que hacía correr por el salón, se aproximó adonde yo estaba, y, entre seria y asombrada, preguntóme:

—¿Quieres jugar conmigo?

—No,—respondí temblando á Katia y á las nuevas recriminaciones de Mlle. Leotard.

—¿Qué quieres, pues?

—Descansar... yo no puedo correr; pero no te enfades conmigo, Katia, porque te quiero mucho.

—¡Bueno... pues voy á jugar sola!—dijo lentamente y con dulzura, sorprendida de no encontrarse culpable —Ea, adiós. No estoy enfadada contigo.

—¡Adiós!—repetí yo levantándome y alargándola mi mano.

—¡Quizá desees que nos besemos?—me preguntó después de una corta reflexión, recordando, sin duda, la escena precedente, y deseosa, para acabar más pronto, de hacerme cualquier concesión.

—¡Como quieras!...—le contesté con tímida esperanza.

Se acercó con mucha seriedad, y, sin sonreír, me dió dos besos que la devolví yo.

Habiendo cumplido así lo que esperaba de ella, y aun añadiendo algo suyo á fin de ser agradable á la pobre niña hacia quien la enviaban, huyó de mi lado, y, contenta y satisfecha, pronto resonaron en la casa sus risas y sus gritos. Fatigada, por fin, y anhelante, se echó sobre un diván para reponerse y recobrar nuevas fuerzas. Durante toda la tarde me miró con cierto aire de desconfianza.

Se conocía que trataba de preguntarme alguna cosa para descifrar el enigma. Pero por aquella vez no se atrevió.

Ordinariamente las lecciones de Katia empezaban por la mañana. Mlle. Leotard

le enseñaba el francés, y este estudio consistía en un poco de gramática, seguida de la lectura de una fábula de La Fontaine.

No la forzaban mucho, y á duras penas podían conseguir de ella que se dedicase dos horas al trabajo durante todo el día. Había consentido someterse á aquella combinación mediante las súplicas del príncipe y las órdenes de su madre, con los cuales había comprometido su palabra. Tenía un cerebro muy bien dotado y retenía cuanto le enseñaban. Pero aun en esto tenía sus personales extravagancias; cuando no comprendía alguna cosa, reflexionaba seriamente y no pedía la explicación retenida por un sentimiento de vergüenza. Pasaba días enteros frente al obstáculo, sin poderlo franquear, é irritándose de no vencerlo por su propio esfuerzo.

Sólo en la última extremidad, cuando no podía por otro punto, preguntaba á mademoiselle Leotard la solución de la cosa.

Para todo era igual. Reflexionaba mucho aun cuando no se daba cuenta desde el primer momento. Al mismo tiempo era más ingenua de lo que se es generalmente á su edad. A veces decía tonterías sin fundamento, y otras revelaba en sus apreciaciones una sutileza nada común.

VIII

En cuanto estuve en estado de ocuparme en algo, Mlle. Leotard me hizo sufrir un

examen y vió la extensión de mis conocimientos; encontró que leía bastante bien, pero que en la escritura dejaba mucho que desear. Juzgó que era de urgente necesidad para mí el que aprendiese la lengua francesa. No hice objeción alguna y una mañana me senté al lado de Katia, en la mesa de estudio. Aquel día, la princesita, como si lo hiciera expresamente, estuvo estúpida y distraída; Mlle. Leotard no la reconocía. Por mi parte, en una sola sesión aprendí el alfabeto francés, poniendo todo mi interés por complacer á la institutriz. Al final de la clase, Mlle. Leotard se enfadó seriamente con Katia.

—¡Mírela usted,—la dijo señalándome:—una niña enferma que aprende la primera lección y está diez veces más adelantada que usted! ¿No le da á usted vergüenza?

—¿Más adelantada que yo?—preguntó la princesita estupefacta.—¡Pero si aun está en el alfabeto!

—¿Y cuánto tiempo ha necesitado usted para aprenderlo?

—Tres lecciones.

—Pues bien, Netotchka lo sabe en una. Así, pues, estudia con triple aprovechamiento y bien pronto lo pasará. ¿No es verdad esto?

Katia se quedó meditabunda y se tornó encarnada, comprendiendo que la observación de Mlle. Leotard era justa.

Enrojecer, cubrirse el rostro de púrpu-

ra, era su manera de manifestar el despecho que la causaban las derrotas. Esta vez su despecho llegó al llanto. Guardó silencio, limitándose á dirigirme una mirada fulminante. Adiviné bien pronto de lo que se trataba. La pobre niña tenía un orgullo y un amor propio desmedidos. Cuando nos separamos de Mlle. Leotard, quise hablar á Katia para tratar de disipar su despecho y demostrarle que yo no era responsable de la reprimenda que le había echado la francesa. Pero Katia fingió no verme y no me respondió nada. Una hora más tarde entró en la sala, en la que, con mi gramática en la mano, pensaba en ella, disgustada de que hubiese rehusado mi conversación. Al entrar la princesita me miró de soslayo, y como de costumbre, sentóse en un diván, pareciéndome que reflexionaba. No pude contenerme y la interrogué con la mirada:

—¿Sabes bailar?—me dijo.

—No, no sé.

—Pues yo sí...

—¿Sabes tocar el piano?

—No... tampoco.

—¡Ah, yo sí! Es muy difícil.

—No sé—respondí.

—Mlle. Leotard dice que eres más inteligente que yo.

—Eso te lo diría porque estaba enfadada contigo,—le repliqué.

—¿Crees que papá se enfadará también?

—No sé...

Nuevo silencio.

Katia golpeó la alfombra con los pies.

—¿Entonces te burlas de mí porque comprendes más fácilmente que yo?—añadió sin poder contener más tiempo su despecho.

—¡Oh, no, no!—exclamé yo deseosa de estrecharla entre mis brazos.

—¡Cómo, princesita! ¿No le da á usted vergüenza pensar así y confesarlo?—dijo Mlle. Leotard.

La buena señora nos vigilaba hacía algunos minutos y había escuchado nuestra conversación.

—¡Debiera usted ruborizarse!—continuó.

—¡Tiene usted celos de esta niña y se jacta ante ella de saber bailar y tocar el piano!... ¡Qué vergüenza! Yo contaré al príncipe todo esto.

Katia enrojeció.

Es un maligno sentimiento. Sus preguntas han ofendido á Netotchka, cuyos padres eran pobres gentes que no podían costearle profesores. Lo que sabe lo ha aprendido por cuenta propia, porque es discreta y buena. ¡Debía usted amarla y no engendrar odiosas rivalidades! ¡Eso es vergonzoso! Usted sabe que la pobre niña es huérfana, sola. ¿Por qué no le ha dicho usted también que era usted princesa y ella no? La dejo á usted sola; piense en lo que ha dicho y trate de corregirse.

IX

Katia necesitó dos días para reflexionar. Durante este tiempo suspendió sus alegres sonrisas. En la media noche la escuchaba discutir en sueños con Mlle. Leotard. Llegó á enflaquecer un tanto y el brillo de su rostro perdió un poco de su rosado color. En fin, al tercer día nos encontramos en uno de los departamentos. Katia salía de las habitaciones de su madre. Al verme se detuvo y sentóse frente á mí.

Esperé aterrada y temblorosa lo que iba á suceder.

—Netotchka... ¿por qué me han reñido por causa de usted?—me preguntó al fin.

—No ha sido por culpa mía, Katia,—respondí apresurándome á disculparme.

—Mlle. Leotard dice que yo la he ofendido á usted.

—No, Katia, no; usted no me ha ofendido.

La princesita se encogió de hombros con aire perplejo.

—¿Entonces por qué llora usted?—añadió después de corto silencio.

—No lloraré más,—dije á través de mis lágrimas.

Y volvió á encogerse de hombros.

—¿Lloraba usted antes?

—No,—respondí.

—¿Por qué vive usted en nuestra casa?—

me preguntó de súbito tras un nuevo silencio.

La miré estupefacta, como si algo me hubiese herido el corazón.

—¡Porque soy huérfana!—murmuré reuniendo todas mis fuerzas.

—¿Tenía usted una mamá y un papá?

—Sí.

—¿La querían á usted?

—No... sí,—balbuceé.

—¿Eran pobrecitos?

—Sí.

—¿Muy pobres?

—Sí.

—¿Y no la han enseñado nada?

—Me enseñaron á leer.

—¿Tenía usted juguetes?

—No.

—¿Ni pasteles?

—Tampoco.

—¿Cuántas salas teníaís?

—Una.

—¿Una sala nada más!...

—Y criados... ¿teníaís?

—No; no teníamos.

—¿Quién os servía, pues?

—Yo iba á los recados.

Las preguntas de la princesita me desgarraban el corazón. Los recuerdos que despertaban en mí, su extrañeza, todo aquello me daba frío, me ofendía, me hacía daño.

—Usted sentiríase muy dichosa cuando vino á vivir con nosotros...

Guardé silencio.

—¿Tenía usted lindos vestidos?

—No.

—Uno solo muy feo, ¿verdad?

—Sí.

—Por qué me lo pregunta usted entonces?—dije presa de indignación y levantándome.—¿Por qué me lo pregunta usted?—añadí roja de cólera.—¿Por qué se burla usted de mí?

Katia se puso encarnada y se levantó también.

—No... no me burlo de usted. Únicamente quería saber si sus padres eran pobres.

—¿Por qué esas preguntas sobre mis padres?—continué llorando,—y por qué me pregunta usted de ese modo? ¿Qué daño le han hecho á usted mis padres?

Katia se quedó confusa, sin saber qué responder.

En aquel momento entró el príncipe.

—¿Qué tienes, Netotchka?—preguntó al notar mis lágrimas.—¿Qué tienes?—repitió mirando á Katia cuyas mejillas estaban encendidas.—¿De qué hablabais? ¿Por qué habéis reñido? ¿Por qué llora Netotchka?

Yo no pude responder. Cogí una mano del príncipe y la besé cubriéndola de lágrimas.

—¡Katia, dime la verdad! ¿Qué ha pasado?

Katia era incapaz de mentir.

—Le he dicho que había visto la ropa

vieja que llevaba antes en casa de sus padres.

—¿Quién te la enseñado? ¿Quién ha sido capaz?

—La he visto yo misma,—respondió Katia con firmeza.

—Está bien. Sé que no denunciarás á nadie. Te conozco demasiado. Y después, ¿qué ha pasado?

—Se ha puesto á llorar diciendo que yo me burlaba de su papá y de su mamá.

—¡Te has burlado, por consiguiente! Aun cuando Katia no se hubiese burlado, en efecto, su intención era esa y yo lo comprendí en seguida. No respondió una palabra. Asentía, pues.

—¡Ve á pedirle perdón inmediatamente!—ordenó el príncipe señalándome con el dedo.

La princesita, pálida como la cera, no adelantó un paso.

—¡Vamos!—insistió el príncipe.

—¡No quiero!—dijo Katia en voz baja, pero con tono decidido.

—¡Katia!

—¡No... no quiero! ¡No quiero!—exclamó de golpe con los ojos centelleantes y dando con el pie sobre la alfombra.—No quiero pedirle perdón, papá. No la amo, no. No quiero vivir con ella. ¿Qué culpa tengo yo de no quererla? Está llorando todo el día... ¡no la quiero... no la quiero!

—¡Ven!—dijo el príncipe cogiéndola por

un brazo y conduciéndola á su despacho. — Netotchka, retírate á tu gabinete.

Hubiera querido arrojarme á los pies del príncipe y pedirle perdón para Katia, pero el príncipe repitió severamente su orden y me alejé helada de terror, como una muerta.

X

Al entrar en mi habitación caí sobre el diván y ocluté la cabeza entre las manos. Conté los minutos esperando á Katia con impaciencia.

Quería arrojarme á sus pies. Llegó por fin sin pronunciar una palabra, pasó por mi lado y se sentó en un rincón. Sus ojos estaban encarnados y sus mejillas inundadas de lágrimas. Mis resoluciones se habían desvanecido. La miraba con espanto, sin atreverme á respirar.

Acuséme con todas mis fuerzas, traté de persuadirme á mí misma de que yo era la sola culpable. Mil veces quise acercarme á Katia y mil veces renuncié por miedo á una mala acogida. Así transcurrió todo aquel día y el siguiente. Al terminar el tercero, Katia apareció más contenta y se puso á rodar su aro á través del salón, pero de pronto cesó de jugar y se recogió en un rincón. Antes de retirarse á la cama se volvió de repente hacia mí y sus labios se entreabrieron para decir alguna cosa, pero se detuvo en el camino y se acostó sin decir

nada. Al día siguiente Mlle. Leotard, extrañada, la interrogó preguntándola qué tenía. ¿Estaría enferma, cuando se había retirado tan de repente? Katia respondió evasivamente y cogió de nuevo el volante; pero así que Mlle. Leotard nos dejó solas, se puso como una amapola y se echó á llorar. Avergonzada de que yo la viese llorar, escapó del salón. En fin, cuatro días después de nuestra riña, vino á mí y me dijo tímidamente:

—Papá me ha mandado que la pida perdón; ¿me perdona usted?

Le cogí vivamente las manos y sofocando mi emoción:

—¡Sí... sí!—la dije.

—Papá me ha ordenado que la abrace... ¿quiere usted que nos abracemos? Sin responderla, empecé á cubrirla las manos de besos y se las mojé con lágrimas.

Al levantar mis ojos para mirarla, noté en su rostro movimientos extraordinarios. Sus labios estaban agitados por un ligero temblor; su barbilla se contraía como bajo la influencia de una viva emoción; sus ojazos negros se humedecían; pero un instante después volvió á ser dueña de sí misma y una sonrisa vagaba por sus labios.

—Voy á decirle á papá que la he abrazado y que la he pedido perdón,—dijo en voz baja como si pensase alto.—Hace tres días que no le veo; me había prohibido entrar en sus habitaciones hasta que no obedeciese.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Eds. 1925 MONTERREY, MEX.

34787

Y al decir esto bajó las escaleras trémula, pensativa, no sabiendo qué acogida la dispensaría su padre.

Pero una hora después oyóse en el piso superior un escándalo de gritos, risas y la-dridos de Falstaff; luego el ruido de algo que se rompía, de libros que se tiraban al suelo y el aro rodando por el pavimento; Katia había hecho las paces con su padre.

Mi corazón se estremeció de alegría. Sin embargo, la princesita no se acercaba á mi lado; evitaba las ocasiones de hablarme. Yo en cambio, tenía el honor de haber excitado su curiosidad hasta el más alto grado. Con mucha frecuencia se sentaba enfrente de mí y se entregaba á un prolijo examen. Estas inspecciones de mi persona se tornaban cada vez más ingenuas. En una palabra, la niña mimada y consentida, á quien todo el mundo acogía y acariciaba como un tesoro, no podía comprender cómo me encontraba yo á su lado, sin títulos ni parentesco con ella. Pero era un corazoncito bueno y dulce que debía volver siempre al buen camino, por el solo instinto de su naturaleza generosa. La persona que más influencia tenía sobre ella era su padre, á quien adoraba. La princesa la quería con pasión, pero afectaba con ella una gran severidad, y de su madre había sacado Katia la testarudez, el orgullo y la obstinación. Sin embargo, la niña soportaba perfectamente todos los caprichos y

aún la tiranía de la princesa; ésta tenía una extraña manera de comprender la educación, y la de Katia ofrecía los más singulares contrastes de abandono absoluto y perfecto rigor. Lo que ayer fué permitido, era prohibido hoy con todas las reservas. La niña se sentía mortificada en sus sentimientos de justicia... Pero ya volveré á decir algo sobre este particular. Haré observar únicamente que Katia sabía variar su actitud según que la cosa dependiese del padre ó de la madre. Con él mostrábase natural, franca, expansiva y sincera; con ella, todo lo contrario: disimulada, recelosa, obediente por fuerza y no por la persuasión. Debo decir, á pesar de esto y en honor de mi Katia, que su sumisión á la madre se debía al conocimiento exacto de un amor maternal que llegaba al extravío. La niña tenía en cuenta semejantes excesos.

En cuanto á mí no podía explicarme lo que me pasaba. Todo un mundo de sensaciones nuevas me agitaba interiormente. En fin, después de muchos sufrimientos y muchas reflexiones, me ví obligada á reconocer que estaba enamorada de mi Katia.

Sí, era amor lo que por ella experimentaba, verdadero amor, con sus lágrimas de gozo y de desesperación; un amor apasionado. ¿Qué es lo que me atraía hacia ella? ¿Qué es lo que había hecho nacer en mí semejante sentimiento? Lo ignoro. Sé que la había amado á primera vista, que fuí deliciosa

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
MONTERREY, MEXICO

mente impresionada al aspecto de aquella niña bella como un ángel. Sus defectos mismos no la hacían desmerecer á mis ojos, pues no derivaban de una imperfección de su alma, sino de su descuidada educación.

Todo el mundo la admiraba y á todo el mundo inspiraba celos.

Cuando paseábamos juntas, los transeúntes se detenían á mirarla.

Parecía haber nacido para la felicidad, así como yo parecía creada para la aflicción.

El defecto principal, y quizá la gran cualidad de mi princesita, era su orgullo. Tenía un amor propio excepcional. La contradicción no la ofendía, pero la llenaba de sorpresa; tan superior se creía á todo.

Le era muy difícil comprender que no tuviese razón en cualquier cosa, pero en cambio, si se la probaba que lo que pretendía era injusto, se sometía inmediatamente.

Si de primeras no fué para mí la amiga que yo soñara, me lo explico por el hecho de una antipatía natural que estaba fuera de todo razonamiento.

XI

Nuestras lecciones continuaron como anteriormente y jamás puso ya atención en mis progresos.

Ni aun los plácemes con que se dignaban premiar mi dulzura y mi aplicación tenían la propiedad de mortificar su amor propio.

Buscaba, es verdad, compensación y se entendía mejor con nuestro bulldog.

Falstaff era un perro calmoso y flemático, lo que no le impedía ser fiero como un tigre cuando le irritaban.

No le halagaban las caricias y parecía serle indiferente todo el mundo.

En la casa se le trataba con un especie de temor respetuoso. Tenía también su historia.

Un día el príncipe había vuelto de paseo acompañado de un perrillo escuálido, feo y gruñón; y que, sin embargo, era un gran perro de raza.

Y, como la familia estaba en la quinta, sucedió que el hermano de Katia, el pequeño Sacha, cayó, jugando, dentro del río. La princesa estaba allí, y, loca de dolor, quiso arrojarle detrás de su hijo. Se la pudo contener á duras penas. Sacha, arrastrado por la corriente, se mantenía á flote, merced á sus vestiditos.

Se corrió precipitadamente á desamarrar una canoa. Pero esto pide bastante tiempo. De pronto se oyó un gran estrépito dentro del agua y el bulldog, nadando hacia el niño, llegó hasta él, lo asió por las ropitas y lo condujo triunfalmente á la orilla.

La princesa cubrió de besos al animal, empapado aún de agua y fango. Falstaff, que en aquel entonces llevaba el nombre prosaico y plebeyo de Friksa, no soportaba, como ya hemos dicho, caricia alguna; correspondió á los abrazos de la princesa hincán-

dole los colmillos en la espalda. La princesa guardó toda su vida las señales del mordisco, pero ésto no fué óbice para que conservara por su perro una afección sin límites.

El perro fué desde entonces el huésped mimado de la casa. El príncipe, en consideración á su voracidad y glotonería, lo confirmó con el nombre de Falstaff.

Tenía un criado que le limpiaba, que le daba tanta comida como podía engullir, y le habían regalado una piel de oso, donde se tendía para hacer la digestión.

Falstaff, en fin, había llegado á ser el perro más feliz de la creación. Pero su carácter, naturalmente taciturno, no había cambiado á pesar de su nueva vida.

No conocía la urbanidad y le tenía sin cuidado su rico collar de plata.

Lo que sí hizo fué adquirir hábitos de invencible pereza y no le gustaba que le molestasen los importunos.

Katia le buscaba querella algunas veces; aquellas en que no tenía nadie á mano para descargar su fastidio. Y después la indiferencia del perro la exasperaba; la era insostenible que hubiese alguien en la casa que desconociera su autoridad, que no cesase ante ella, que no la quisiera como todos la querían.

Falstaff no se daba por entendido y permanecía inflexible en su arrogancia.

Un día, después de comer, que estábamos solas en el gran salón, el bulldog vino á ten-

derse en medio de la sala para reposar un copioso desayuno. Este momento fué el elegido por la princesita para someterlo á la obediencia. Paró de jugar, y andando de puntillas y prodigando a Falstaff los epítetos más cariñosos, haciéndole mil señas amistosas, dirigióse hacia él con precaución. Falstaff mostró su estuche molar. La princesa se detuvo. Su proyecto era aproximarse al perro y acariciarle un poco, cosa que el bulldog no permitía sino á la princesa madre. Esta tentativa ofrecía un peligro serio, pues Falstaff no sufría ninguna imposición y podía muy bien morderla las manos ó destruirla, si se enfurecía mucho; las cóleras de aquel animal eran terribles.

Yo seguía, llena de inquietud y de terror, todos los movimientos de Katia. En vano fué que la suplicase dejara tranquilo al perro; aun los amenazadores y poderosos colmillos de Falstaff no eran suficiente para hacerla cejar de su empeño. Juzgando que no podía atacar al enemigo de frente, tomó el partido de amagar á retaguardia. El perro no se movió.

Katia describió un círculo cuyo centro era el perro, y cada vez el círculo iba teniendo menos diámetro. Pero cuando llegó al límite que el bulldog juzgaba respetable y sagrado, se detuvo ante los colmillos prestos á morder.

La princesita, despechada, empezó á golpear el suelo con el pie y se retiró; sentóse

en el diván y reflexionó. Salió á los pocos momentos, volviendo casi enseguida con una abundante provisión de galletas y pastelillos; cambiaba de táctica. Falstaff permaneció indiferente; indudablemente no tenía apetito. Ni aun siquiera volvió la cabeza para mirar la golosina que le habían echado, y cuando Katia llegó de nuevo al límite que el creía infranqueable, el perro manifestó una oposición más viva que la primera vez. Levantó la cabeza, desenvainó los colmillos, gruñó sordamente é hizo un ligero movimiento como para lanzarse encima. La princesa enrojeció de cólera, arrojó los dulces y volvió á sentarse. Estaba agitada, nerviosa y el despecho la hacía llorar. Por desgracia me miró en aquel momento y la sangre se le revolvió en el cuerpo. Abandonó decididamente el diván y marchó inflexible hacia el terrible perro.

La estupefacción, sin duda, produjo un efecto extraordinario sobre Falstaff. Permitted que el enemigo franquease la línea neutral y sólo al tenerla á dos pasos, acogió con un siniestro gruñido á la loca Katia. Esta se detuvo un momento; después, con decisión, siguió avanzando. El terror me tenía paralizada. La princesita estaba excitada en el más alto grado; el triunfo brillaba en sus ojos. Aquella escena hubiera dado asunto para un lindo cuadro. Afrontó con valor la mirada del bulldog. Falstaff se levantó. Un sordo gruñido se escapaba de su garganta;

un movimiento más y la niña sería destrozada. Pero la princesita le pasó orgullosamente la mano por la espalda y lo acarició tres veces consecutivas. Durante algunos instantes el bulldog permaneció indeciso. Este fué el momento más palpitante del drama; el perro bostezó, se desperezó, y desafiando, sin duda, vengarse de un niño, salió tranquilamente de la sala.

La princesa quedó dueña del campo de batalla. Me arrojó una mirada inexpressable, saturada, embriagada de triunfo; yo estaba pálida como un difunto; lo notó y sonrióse. Sin embargo, un poco después, una palidez profunda cubrió también sus mejillas, apenas pudo ganar el sofá, y al llegar allí cayó sin conocimiento.

XII

Mi afección por Katia no tenía ya límites. Pero á partir del día en que, por su causa, experimenté un miedo tan horrible, no pude dominar mi pasión. Me consumía de pena. Mil veces estuve tentada de arrojarme á su cuello, pero el temor me detuvo. Huía de ella á fin de que no conociese mi agitación.

Un día vino á la sala en que yo me encontraba. La traviesa niña notó mi turbación y se quedó confusa, pero su emoción no fué más allá.

Así estuve sufriendo todo un eterno mes.

No cambiábamos una palabra. Descubrí, empero, que el obstinado silencio de Katia no encubría la indiferencia ni el olvido, sino solamente una reserva voluntaria y bien determinada. Sin embargo, yo no podía dormir, y aun la misma Mlle. Leotard había advertido mi tristeza. Mi amor por Katia era del todo extravagante y tomaba entonces los caracteres de una pasión contrariada.

Estaba de tal modo preocupada con estos acontecimientos y esta transformación, que olvidé mi pasado, absorta por entero en mi afección y mi dolor.

Algunas veces, en medio de la noche, á los castos rayos de la lámpara, admiraba á Katia sumergida en dulce sueño. Iba de puntillas hasta su lecho, y arrimándome poco á poco, depositaba un beso en su manecita ó sobre sus cabellos, huyendo luego rápidamente por miedo á ser sorprendida.

Sin embargo, Katia se tornaba cada vez más irritable y más caprichosa. Permanecía silenciosa todo un día y al siguiente se levantaba como una pólvora, revolucionando la casa entera con sus gritos y sus travesuras.

Algún tiempo después, Katia, que jamás había estado enferma, se quejó de dolor de cabeza, y como se comprobó que tenía un poco de fiebre, fué trasladada á las habitaciones de su madre.

La princesa quedó muy afectada por aquella indisposición, y aun creo que me hizo responsable de los cambios insólitos que se producían en su hija.

Desde hacía tiempo tenía la intención de separarnos, y lo hubiera hecho si no temiese la oposición del príncipe, que á veces era inquebrantable en sus resoluciones.

XIII

Me afligió extremadamente el verme separada de pronto de mi amada princesita, y más que nunca torturaba mi espíritu para inquirir la causa de su desdén.

Una mañana vino á sorprenderme á la hora de la lección.

Jamás la había visto tan juguetona y tan linda.

El día lo pasó en continuo regocijo, dando locas carreras, pero, al caer la noche, la tristeza reapareció en su frente.

Cuando su madre fué á verla se esforzó en vano para aparecer alegre, y en cuanto quedó sola rompió á llorar.

La princesa, inquieta por estos bruscos cambios, nos hizo vigilar cuidadosamente por Mlle. Leotard, pero yo sola conocía lo que pasaba en el corazón de Katia.

Era el desenlace de nuestro poema; según yo creía, era el primer paso hacia la reconciliación.

Lo veía en mil pequeños detalles, insigni-

ficantes para otros ojos, y sin embargo no me atrevía á dar el primer paso.

Algunos días después, un jueves, mademoiselle Leotard nos hizo vestir para llevarnos á paseo.

Desde hacía muchos días no habíamos salido juntas.

Bajábamos gravemente las anchas escaleras del palacio, cuando, con aire más dulce que de costumbre, y de pronto, se acercó á mí diciéndome:

—¡Se le ha deshecho á usted el lazo del zapato! Venga; yo lo arreglaré.

Bajé la cabeza encarnada de rubor y dichosa al ver que Katia me hablaba...

—¡Deme usted!...—añadió ella entre impaciente y risueña.

Se arrodilló, me cogió el pie, que puso sobre una de sus rodillas, y anudó el lazo de mi botina.

Yo me ahogaba, me agitaba una violenta emoción, y me preguntaba qué iba á ser de mí.

Al levantarse me examinó de pies á cabeza.

—¡Goma!—dijo después del examen:—Tiene usted el cuello desabrochado...—y me acarició con la yema del índice la parte nombrada.—¡Vamos á abrocharlo!

Yo no me oponía. Deshizo los pliegues del jubón y los arregló á su manera.

—Nada más fácil que atrapar un resfriado,—continuó sonriendo maliciosamente y

mirándome fijamente con sus ojazos negros y húmedos.

Yo estaba loca de felicidad. No sé lo que nos pasaba ni á Katia ni á mí. A Dios gracias el paseo no fué de larga duración; de otro modo me hubiera arrojado en sus brazos, en mitad de la calle, y me la hubiera comido á besos.

Cuando vino la noche tuvo que entrar á las habitaciones de su madre, pues era día de recepción. Allí, de pronto, y sin causa aparente, tuvo Katia un desvanecimiento.

Hubo un trastorno inexplicable en el palacio. El médico, llamado á toda prisa, confesó que no comprendía nada, y atribuyó este accidente á un fenómeno nervioso, al cual están expuestos los niños con bastante frecuencia.

Pero yo sabía perfectamente á qué atenerme.

Durante el día, Katia, impulsada por no sé qué capricho, había subido al piso de la anciana tía. Esta, que de ordinario rehusaba ver á su sobrinita, á quien odiaba cordialmente, consintió en recibirla aquel día, y contra su costumbre, estuvo amable con ella.

Todo iba bien al principio. Katia había pedido perdón por sus pasadas faltas y misericordia por todos sus pecados, acusándose de sus turbulencias, de sus ligerezas, de sus alborotos, pero con tanta gravedad que la vieja señora se conmovió hasta el punto

de verter lágrimas. Halagada por tan solemne arrepentimiento, iba la boyarda á acordar una completa absolución, cuando, á través de sus anteojos creyó notar que la pecadora se burlaba de ella con la mayor frescura.

Katia no había llegado en su confesión hasta el punto de decir que tenía la intención, pero la intención solamente, de esconder á Falstaff debajo de la cama de la tía y de jugarle otras partidas del mismo género y del mismo mal gusto.

La vieja tía enrojeció de cólera. La niña lanzó una carcajada y echó á correr con toda la ligereza de sus piernas. Pero esto no debía quedar así. Cinco minutos después la princesa era llamada al cuarto de la vieja, y durante dos horas se desarrolló una terrible escena entre las dos mujeres, á propósito del último escándalo de Katia.

XIV

No habiendo obtenido la boyarda la repación que exigía, resolvió abandonar la casa aquel mismo día.

Fué preciso, de buen grado ó á la fuerza, presentar mil excusas á la vieja y prometerle que Katia sería severamente castigada tan pronto como lo permitiese su salud.

Katia no pudo soportar semejante agravio, y cayó enferma, como hemos dicho.

Al siguiente día la encontré en la escale-

ra, después de comer, en el precioso momento que abría la puerta llamando á Falstaff.

Comprendí que tramaba alguna terrible venganza á la cual quería asociar el bulldog, enemigo natural de la vieja princesa.

Si Falstaff aborrecía á la tía, no era sin motivo. Desde el día en que ésta vino á vivir en casa del príncipe, el perro hubo de cederla el sitio y no se le permitió jamás franquear la escalera que conducía al piso superior; fué para Falstaff una dolorosa privación. Durante una semana estuvo al pie de la escalera arañando la puerta. Pero la consigna era severa y el perro perdía el tiempo inútilmente. Bien pronto comprendió por qué se le arrojaba de su domicilio favorito.

Un domingo que la vieja descendía las escaleras para ir á misa, Falstaff se precipitó sobre ella, la derribó y la hubiese devorado si no acuden á tiempo para socorrerla.

La vieja enfermó de terror. Katia y Falstaff eran más de lo que podía sufrir.

Presentó su ultimatum: O el perro ó ella saldrían de la casa. Se hizo necesaria la intervención del príncipe para llegar á un armisticio. Hizo comprender á su respetable tía que era imposible arrojar á la calle al salvador de su hijo, pero dió órdenes categóricas para que la dama no encontrase jamás al perro en su camino.

XV

—¡Falstaff! ¡Falstaff! — exclamaba dulcemente Katia en la escalera.

El perro acudió, y viendo la puerta franca, iba á lanzarse, a pasar el Rubicón, pero se detuvo indeciso.

La acción era tan grave, la solicitud tan inverosímil, que no podía dar crédito á sus ojos de perro filósofo. Entró, sin embargo, pero lentamente, como una bestia que reflexiona el paso que va á dar.

Y Katia le excitaba, enseñándole la escalera, invitándole...

Y no fué preciso más. Falstaff enseñó sus colmillos, gruñó con sorda cólera y se lanzó como una flecha.

En su carrera derribó cuantas sillas halló al paso.

Mlle. Leotard apercibióse y pidió socorro, pero era ya tarde; el animal cayó en el cuarto de la tía como un rayo.

Un criado acudió inmediatamente á dar sus quejas á la princesa, la cual, esta vez, no se hallaba dispuesta á perdonar. Pero, ¿á quién castigar? Había comprendido perfectamente y sus miradas cayeron sobre Katia... En efecto, Katia, pálida, temblaba de espanto. La pobre niña comprendía entonces, solamente entonces, las terribles consecuencias de su travesura. Las sospechas podían recaer sobre las criadas, sobre

algún inocente, y la niña se disponía á decir toda la verdad.

—¿Eres tú la culpable?—preguntóla su madre severamente.

Viendo la mortal palidéz de Katia, me adelanté y dije con voz firme:

—He sido yo quien he dejado pasar á Falstaff... por descuido—añadí,—pues todo mi ánimo desapareció ante la irritada mirada de la princesa

—¡Mlle. Leotard, castíguela usted de una manera ejemplar!—dijo saliendo.

Levanté los ojos á Katia; sus manos inertes pendían á lo largo del cuerpo; su carita pálida estaba caída sobre el pecho.

El único castigo usado para los hijos del príncipe era la reclusión en un cuarto vacío. Permanecer dos horas en una habitación desmantelada no tenía nada de terrible, pero cuando un niño era llevado allí á la fuerza, se volvía muy penoso.

Ordinariamente Katia y su hermano estaban encerrados dos horas. Se me condenó á cuatro horas de reclusión en atención á la enormidad del crimen. Palpitante de dicha, entré en mi prisión. Pensaba en mi princesita. Me constaba que la había vencido. Pero en lugar de cuatro horas permanecí encerrada hasta las cuatro de la mañana. He aquí la causa:

Dos horas después de mi encierro, mademoiselle Leotard supo que su hija, llegada de Moscou, estaba enferma y deseaba verla.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
ADD. 1975 MONTERREY, MEXICO

Mlle. Leotard se fué sin acordarse de mí. La criada afecta á nuestro servicio supuso probablemente que yo estaba en libertad. Katia, llamada á las habitaciones de su madre, no volvió al dormitorio hasta las once de la noche. La doncella desnudóla, la acostó, y la princesita tenía demasiadas razones para no preguntar por mí. Acostóse, pues, sabiendo bien que yo estaría reclusa cuatro horas, y suponiendo que la criada me sacaría bien pronto. Pero Nastia me olvidó del todo, tanto más cuanto que de ordinario yo me desnudaba sola, de manera que pasé la noche en el calabozo.

XVI

A las cuatro de la mañana oí tocar á la puerta. Yo dormía, bien que mal, tendida en el pavimento. Al despertarme lancé un grito de sorpresa, pero pronto reconocí la voz de Katia, después la de Mlle. Leotard y por último la de Nastia. Abrióse la puerta y Mlle. Leotard me besó con lágrimas en los ojos, pidiéndome perdón por haberme olvidado. Yo, llorando también, me abracé á su cuello. Me hallaba helada de frío y me dolían todos los huesos á causa del incómodo lecho en que había pasado la noche.

Busqué con los ojos á Katia; ésta volvió rápidamente á nuestro dormitorio, se metió en la cama y cuando yo entré dormía ó fingía dormir.

Esperándome, según me contó después, durmióse á su pesar y no despertó hasta las cuatro de la mañana. Notando que yo no estaba aun allí, despertó á todo el mundo, hizo levantar á Mlle. Leotard, que acababa de acostarse, diciéndoles extrañada que me buscasen, pues ya debía haber salido del encierro.

A la mañana siguiente todos los habitantes de la casa sabían mi aventura. La misma princesa manifestó que se me había tratado con excesiva severidad. En cuanto al príncipe, jamás le he visto tan irritado.

—¡Veamos!—dijo á Mlle. Leotard.—¿Qué es lo que hace usted? ¿Cómo procede usted con esta pobre criatura? ¡Eso es bárbaro! ¡Puro scitismo! ¡Una niña enferma, débil, soñadora, miedosa, llena de imaginación... encerrada en un cuarto oscuro toda una noche! ¿Pero eso es quererla matar? ¿Es que no conoce usted su historia? ¡Eso es cruel! ¡Eso es inhumano! Lo repito, señora, ¿cómo se puede castigar tan duramente? ¿Quién ha inventado eso?

La pobre Mlle. Leotard, con los ojos llenos de lágrimas, explicó los hechos: cómo su hija había llegado y cómo fué olvidarme, añadiendo que la corrección era muy buena, por otra parte, y que el mismo Juan Jacobo Rousseau aconseja algo sobre el particular.

—¡J. J. Rousseau, señora! J. J. Rousseau no puede recomendar eso. Por otra parte,

J. J. Rousseau no es ninguna autoridad ni tiene el derecho de hablar de educación. ¡J. J. Rousseau ha abandonado á sus propios hijos, señora! ¡Juan Jacobo era una mala persona, señora!

—¡J. J. Rousseau! ¡Juan Jacobo una mala persona!... ¡Príncipe!... ¿qué dice usted?

Mlle. Leotard era una buena señora que se enfadaba difícilmente; pero atentar á sus prejuicios, molestar la sombra clásica de Corneille, de Racine, ofender á Voltaire, tratar á J. J. Rousseau de mala persona... ¡oh, Dios mío! las lágrimas asomaron á sus ojos y la vieja institutriz temblaba de indignación.

—¡Usted olvida, príncipe!...—dijo fuera de sí.

El príncipe se repuso inmediatamente y se excusó. Acercóseme, me besó con efusión, hizo sobre mí el signo de la cruz y se retiró acto seguido.

—¡Pobre príncipe!—exclamó Mlle. Leotard conmovida á su turno, y nos pusimos á dar nuestras lecciones. La princesita respondía con distracción. Antes de comer se acercó con la sonrisa en los labios, y cogiéndome por los hombros, me dijo rápidamente, como para disimular su vergüenza:

—¿Has padecido bastante por mí? Bueno. Después de comer iremos á jugar al salón.

Alguien pasaba por nuestro lado; Katia se alejó rápidamente.

A la caída de la noche descendimos am-

bas al salón cogidas de la mano. Katia, profundamente conmovida, apenas podía respirar. Yo me sentía más feliz y contenta que nunca.

—¿Quieres jugar á la pelota?—me dijo.—Estate ahí.

Me detuve en un rincón de la sala; pero en lugar de alejarse para echarme la pelota, se detuvo al segundo paso, miróme, enrojeció y cayó sobre el diván cubriéndose el rostro con las manos.

Hice un movimiento hacia ella y creyó que me iba.

—No te vayas, Netotchka. Quédate conmigo. Esto pasará enseguida.

Súbitamente se levantó y se echó toda sobre mi cuello. Sus mejillas estaban húmedas. Sus labios se hinchaban como dos cerezas. Los rizos de sus cabellos flotaban en desorden.

Me abrazaba con accesos locos besando mi cara, mis ojos, mis labios, mi cuello, mis manos. Yo me apretaba contra ella y nos estrechábamos dulcemente como dos amigas ó dos enamorados que se encuentran después de una larga separación.

El corazón de Katia latía con tanta fuerza que yo lo oía perfectamente.

Del cuarto vecino llamaron á Katia.

—¡Oh, Netotchka! Esta noche nos veremos. Sube y espérame.

Me besó una vez más, procurando no hacer ruido, y acudió á donde la llamaban.

XVII

Entré en nuestra habitación resucitada, me arrojé sobre el diván, oculté mi cabeza entre las manos y lloré de felicidad... Mi corazón latía con tal violencia que parecía querer saltárseme del pecho. No sé como pude vivir hasta la noche. Al dar las once me acosté. Katia vino después.

Me saludó desde lejos sin decirme una palabra. Nastia la desnudaba lentamente, como si lo hiciera á propósito.

—¡De prisa, Nastia, de prisa!—murmuró la princesita.

—¿Qué tiene usted, princesa? Sin duda ha corrido usted por la escalera, pues tiene usted agitado el corazón...

—¡Dios mío, Nastia, que pesada estás!.. date prisa.

Y la princesa golpeaba el suelo con los pies.

—¡Oh, qué impaciencia!—dijo Nastia besándole su piecico descalzo.

Por fin se terminó la *toilette* de noche; Nastia salió dejando acostada á su amita.

Tan pronto como desaparecieron los pasos de la criada, Katia saltó de la cama y vino á la mía.

—¡Vente á acostar conmigo!—murmuró levantándose.

Un minuto más tarde estábamos una en brazos de la otra. La princesita me colmaba de besos.

—¡Me acuerdo cuando tú me besabas por la noche!—dijo enrojeciendo como una amapola.—Yo sollozé.

—Netotchka—murmuró ella á través de sus lágrimas,—ángel mío, hace mucho tiempo que te quiero, mucho tiempo, ¿sabes?

—¿Desde cuándo?

—Desde que papá me mandó que te pidiese perdón y cuando tú defendías á tu padre, Netotchka, mi huer-fa-ni-ta,—subrayó sembrando en mi boca un beso por cada sílaba.

Lloraba y reía á la vez.

—¡Ah, Katia!...

—¿Y bien, qué?... ¿Bueno y qué?

—¡Por qué hemos estado tanto tiempo!...

No me dejó acabar; nos estrechamos de nuevo sin pronunciar una palabra.

—¡Oye! ¿Qué piensas tú de mí?—preguntó por fin la princesita.

—¡Cuánto he pensado en tí, Katia!... Siempre... de noche y de día.

—¡Y soñabas conmigo: yo te he oído!

—¿De veras?

—Y tú has llorado mucho.

—¿Por qué eras entonces tan orgullosa?

—¡Porque era una estúpida, Netotchka! Eso se me pone en la cabeza y eso es todo. Estaba muy enfadada contigo.

—¿Y por qué?

—Porque era mala. Además, porque vales más que yo. Después, porque papá te prefería. Y papá es muy bueno, Netotchka... ¿verdad que sí?

—¡Oh, sí!—respondí yo con lágrimas acor-
dándome del príncipe.

—¡Qué gran corazón!—repuso seriamen-
te Katia.—Y luego, como me obligó á pedir-
te perdón, me enfadé otra vez contigo.

—¡Y ví que ibas á llorar!

—¿Y tú? ¡Cállate, lloriconcilla, cállate!
—dijo Katia poniéndome su manecita sobre
la boca.—Escucha: yo tenía muchas ganas
de quererte y de pronto quería aborrecer-
te. ¡Y cuánto te he aborrecido! ¡Una atroci-
dad, hija!

—¿Pero, por qué?

—¡Oh, no sé por qué estaba enfadada con-
tigo! Y después notaba que tú no podías
vivir sin mí... Entonces me decía: ¡Espéra-
te, que te voy á hacer rabiar!

—¡La mala!...

—¡La llorona!

—¡Ah, mi Katia!

—Sí, amiguita mía,—continuó ésta besán-
dome las manos.—Y después yo no quería
hablarte... ¿Te acuerdas cómo toqué á Fals-
taff!

—¡Oh, sí! ¡Qué miedo, Dios santo!

—¡Y qué miedo al sino!—dijo lentamen-
te la princesa.—¿Y sabes por qué quería
acercarme á él?

—No... ¿por qué?

—Pues... porque tú me mirabas. Sí; cuan-
do ví que me mirabas, entonces, sucediera
lo que sucediera, fuí. Sentiste mucho mie-
do, ¿eh? ¿Temías por mí?

—Mucho, Katia.

—Ya lo ví. ¡Y qué descansada me quedé
cuando salió Falstaff! ¡Dios mío, cuánto
miedo pasé cuando el perro estuvo fuera!

Y Katia reía nerviosamente. Levantó de
pronto su cabeza bellísima y cogiéndome
por las sienes con ambas manos, se me que-
dó mirando. Unas lagrimillas como chispas
de diamante titilaban en sus largas pes-
tañas.

—¿Qué tienes tú para que yo te ame tan-
to?—exclamó luego.—¡Mira! ¡Una salvaje,
con los ojos clarotes, una estupidita, una
llorona, una desgarrada!

Y Katia se inclinó sobre mí para derramar
una lluvia de besos y de lágrimas. Estaba
atrozmente conmovida.

—Y sin embargo... ¡cuánto te quiero!
Solo, que yo pensaba: ¡No, no se lo diré! ¡Y
qué testaruda soy! ¿Por qué me temías? ¿Por
qué me avergonzaba yo delante de tí? ¿Ves
qué bien estamos ahora?

—¡Katia... qué mala estoy!—decíala yo en
un transporte de dicha.

¡Cómo sufre mi corazón!

—¡Sí, Netotchka! Escucha todavía... y an-
tes, oye... ¿Quién te puso Netotchka?

¡Mamá!

—¿Me contarás todo lo de tu mamá?

—¡Todo!...—respondíle con efusión.

—¿Y qué has hecho de mis pañolitos
bordados? ¿Y por qué me cogiste aquella
cinta? ¡Ah, pícaro! ¡Yo lo sé todo!

Me eché á reir ruborizándome.

—¡No!...—pensaba yo.—Voy á hacerla padecer. ¡Ella espera!... Otras veces pensaba:—¡Pero si yo no la quiero... ni esto!—y Katia se mordía el cabo de la uña.—Y tú siempre tan dulce, corderita mía! ¡Qué miedo tenía de que me creyeses torpe! Tú eres inteligente, muy inteligente, ¿verdad Netotchka?

—Vamos... ¿qué dices, Katia?—respondí yo casi enojada.

—Sí, muy inteligente—repitió Katia con gravedad,—ya lo sé. Una mañana me levanté y de golpe empecé á quererte tanto que era una cosa atroz. Soñé contigo toda la noche. Yo pensaba: Voy á decir á mamá que me permita vivir abajo. Quiero estar allí. Descaba quererte y después odiarte. Al llegar la noche me decía: ¡Ah! ¡Si viniese como anoche! Y tú venías... y yo me hacía la dormida... ¡Qué malas somos, Netotchka!

—Pero... ¿por qué no querías amarme?...

—Porque... Pero ¿qué estoy diciendo? ¡Te he querido siempre! Después creí que te aborrecía. Voy á besarla—me decía,—y á pellizcarla hasta que se muera. ¡Toma, toma, estupidita!

—Y Katia me pellizcaba.

—¿Te acuerdas cuando te hice el lazo de la botina.

—Sí.

—¡Sí..., vaya! —repitió jocosamente la princesita.—Eras muy feliz. Yo te miraba. ¡Qué bonita es—me decía,—voy á atarle la lazada... ¿qué pensará? ¡Y estaba muy contenta... mucho! Y... palabra: quería besarte, pero no lo hice porque... ¡Y tenía unas ganas de reirme! Me chocaba todo y durante el paseo pensé muchas tonterías. No podía mirar sin que la risa me viniese á la boca. ¡Y qué feliz me sentí cuando fuiste al calabozo en mi lugar! ¿Tuviste miedo?

—¡Oh..., sí! Un miedo atroz.

—Pues sí, yo estaba muy contenta; no porque estabas en el cuarto oscuro, sino porque habías ido en mi lugar.—¡Ella llorará ahora... y yo la quiero muchísimo! — me decía.

—¡Cuántos besos la daré mañana... cuántos! Y no te compadecía, pero lloraba mucho.

—Pues bueno... yo no lloraba. Yo era dichosa, muy dichosa.

—¿No lloraste? ¡Ah, picarilla!—exclamó Katia besándome con transporte.

—¡Katia... Katia! ¡Dios mío, qué hermosa eres!

—¿Verdad que sí? Bueno; ahora haz de mí lo que quieras. ¡Atórmame, pellízcame... te lo suplico... pellízcame! Pellízcame, queridita mía...

—¡Mala!

—¿Qué más?

—¡Gata!

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Bésame...

Nos besábamos, llorábamos, reíamos. Nuestros labios se hinchaban bajo los besos.

—¡Netotchka! ¿Vendrás siempre á dormir conmigo? A tí te gusta besar; nos besaremos. No quiero que estés triste. ¿Por qué te aburres tanto? Me lo contarás, ¿no es verdad?

—Yo te lo contaré. Pero ahora ya no me fastidio; soy muy dichosa.

—Quiero que tengas las mejillas tan coloradas como las mías. ¡Ah! ¡Si fuese ya mañana! ¿Tienes sueño, Netotchka?

—No.

—Bueno, pues hablemos.

Y estuvimos charlando así más de dos horas. Primeramente la princesita me confesó que quería á su padre más que á todos, más que á ella misma. Decidimos que mademoiselle Leotard era una buena persona. Hicimos proyectos para el otro día y los sucesivos; reglamentamos nuestra vida casi para una veintena de años. He aquí cómo lo arreglaba Katia: Un día mandaría ella y yo obedecería. Al siguiente sería yo la que mandase y ella se sometería sin observaciones de ningún género. Más tarde compartiríamos la dirección. Una de nosotras, el mejor día, fingiría no querer obedecer. Entonces nos enfadaríamos de mentirijillas y después haríamos las paces pidiéndonos perdón por turno. En una palabra, nos esperaba una dicha perdurable. En fin, cuan-

do hubimos charlotado mucho sentí que me ganaba el sueño, y aunque Katia se burló de mí fué la primera en dormirse. Nos despertamos á un tiempo. Nos besamos á toda prisa, y oyendo pasos cerca, apenas tuve tiempo para ganar mi cama.

Todo el día estuvimos avergonzadas de nuestra propia dicha. Nos escondíamos de todo el mundo: tanto temíamos las miradas extrañas. En cuanto entraba alguien nos echábamos á temblar. Teníamos gran miedo de que nos sorprendiesen besándonos.

A medio día nos dejaron solas por espacio de una hora; aquel tiempo lo aproveché para contar mi historia á Katia. No creo necesario reproducirla aquí con todos sus detalles. Por otra parte, es asunto que merece tratarse aislado, lo cual haré algún día. Resumo, pues, mis recuerdos tan brevemente como me es posible:

«Mi padre, Efimoff, era músico. Primeramente fué profesor de clarinete y estaba empleado en casa de un gran señor que se permitía el lujo de una orquesta completa. Efimoff tenía desgraciadamente el vicio de la bebida, que lo degeneraba, y del cual no pudo corregirse en toda su vida.

»Un día topó con un italiano que tocaba muy bien el violín, y que le enseñó el manejo de este instrumento. Liganon estrecha amistad y fueron juntos siempre, hasta que una mañana recogieron al italiano muerto,

en el arroyo, á consecuencia de una congestión cerebral originada por una borrachera.

»Después de este accidente, Efimoff cambió repentinamente de conducta con su protector, el cual le trataba con mucha consideración: se volvió insolente, pretencioso, exigente; llegó hasta el punto de calumniarle. Siguió una violenta escena, y el gran señor, un príncipe, supo con extrañeza que Efimoff tocaba el violín; oyóle y quedó maravillado de su talento, ofreciéndole su continuación en la orquesta con sueldo mucho mayor y en calidad de violín concertista. Efimoff, hinchado de orgullo y ya bajo el imperio de la locura alcohólica, rehusó pretextando que tenía deseos de trasladarse á San Petersburgo, para perfeccionarse en su arte. Recibió de manos del príncipe un donativo de trescientos rublos, y partió.

»Pero en vez de ir directamente á la capital, erró por la provincia y en pocos meses disipó hasta el último céntimo. Vióse entonces precisado á formar parte de una orquesta trashumante; de allí pasó á otra y arrastró así, durante siete años, una existencia de artista nómada. Disgustado, en fin, de aquella vida, é imaginándose ser un gran artista llamado á la celebridad, á pie, y rascando su violín por pueblos y aldeas, tomó el camino de San Petersburgo, donde llegó en un estado cercano á la indigencia. Trabajó, al poco tiempo, relaciones con Bouvarov,

uno de los músicos más célebres de su tiempo, cuya reputación empezaba entonces, y que vivía de las lecciones. Bouvarov trabajaba sin descanso, con la perseverancia y obstinación que distingue á los alemanes; bien pronto salió de la obscuridad, gracias á la protección del príncipe de X.^{***}

»Efimoff, perezoso y borracho, apenas ejercitaba en su arte, á pesar de los consejos de su amigo, é iba descendiendo más y más en la pendiente de la música. Ilusionado por su talento real, aunque imperfecto, creía inútil trabajar y atribuía su desanimación á la pobreza, que no trataba de combatir.

»Por aquel entonces tropezó con mi madre. Esta tenía trescientos rublos de ahorro reunidos céntimo á céntimo durante una larga serie de años que fué ama de gobierno en una casa principal. Efimoff creyó que aquellos trescientos rublos le permitirían esperar la gloria que soñaba. Casó, pues, con la pobre mujer que le adoraba; mas ésta no tardó en deplorar su debilidad.

»Yo tenía tres años cuando ocurría todo esto, pero comprendía bien algunas cosas. No conocí á mi verdadero padre, el cual había muerto poco después de mi nacimiento. Empecé á querer á Efimoff y bien pronto le tuve más cariño que á mi madre. ¿Cuál era la causa de esta preferencia? Quizá porque conocía que Efimoff era tan niño como yo. Continuó su vida tan inútil y desordenada como antes de su matrimonio; en

cuanto los trescientos rublos dieron fin, se cruzó noblemente de brazos.

»Empecé á sufrir por la miseria y por el desacuerdo que reinaba constantemente entre mis padres. Vivíamos en una buhardilla sin aire y casi sin luz. Mi madre trabajaba para los tres y se aniquilaba, lo cual no nos impedía padecer hambre con dolorosa frecuencia. Durante sus eternas disputas yo me refugiaba en un rincón de nuestro pobre cuarto, desde donde veía volar los platos por el aire y á mi madre lamentarse y llorar; allí permanecía temblorosa horas enteras.

»Un día mi padre encontró á Bouvarov, el cual vino á vernos y consiguió para mi padre una plaza de violinista en una orquesta. Mi madre, que creía en el genio de Efimoff y que le amaba á pesar de sus defectos, imaginó que nuestra miserable existencia iba á cambiar y fué dichosa algunos días. Pero algunos días solamente. Efimoff propagó las más odiosas calumnias contra Bouvarov; estuvo insolente y arrogante con sus nuevos compañeros y llegó á las manos con el director de orquesta, lo que dió lugar á que le echaran del teatro.

»Estuvimos viviendo, durante años enteros, con el trabajo de mi madre. Para satisfacer sus aficiones á la bebida, Efimoff me pedía con frecuencia el dinero de los recados, y tenía tal ascendiente sobre mí, que no me atrevía á negárselo, á pesar del embarazo que resultaba para mi pobre madre. Para

recompensarme, me enseñaba su violín, me decía que era un gran artista y que algún día seríamos dichosos: iríamos entonces á vivir á un hermoso palacio y nuestra vida se deslizaría entre el lujo y el encanto. Yo creía de buena fe en todas aquellas mentiras que él profería de igual modo, pues su locura era incurable; murió el día que hubiera podido curarse.

»En espera de tanta felicidad enseñóme á leer y me contaba mil historias, lo que abrió mi imaginación, hasta entonces comprimida por la dolorosa realidad, á quimeras doradas y consoladoras.

»Meditaba profundamente en la edad en que los niños no hacen más que reír y jugar; me concentré en mí misma, y esta reflexión demasiado precoz desarrolló en mí una sensibilidad exagerada y malsana.

»Sin embargo, el desenlace se acercaba á paso de carga. Schuzmann, el famoso violinista de nombre universal, vino á San Petersburgo á dar una serie de conciertos. Efimoff no hablaba más que del gran artista y su razón se exaltaba. Debo manifestar que nunca faltaba á ninguna audición de aquel género y que siempre sacaba la convicción de su gran superioridad sobre los demás artistas. Algunos días antes del primer concierto de Schuzmann, encontró al príncipe y á Bouvarov, los cuales, sin decirle nada, resolvieron enviarle una entrada, que se pagaban á muy buen precio. Efimoff, que no recelaba

nada de aquella generosa idea y quería de todos modos oír al célebre músico, me decidió, á fuerza de instancias y de súplicas, á que le diese quince rublos que mi madre me había entregado para hacer diferentes pagos, y á pesar de mis espantosos remordimientos, cometí aquella villana acción. Algunos minutos después caí víctima de un accidente nervioso. En el mismo instante, un criado traía la entrada de parte del príncipe X.*** Mi madre, ilusionada de nuevo con el genio de su marido, á quien el príncipe, á lo que ella creyó, quería proteger, le perdonó una vez más, aun cuando estuviese segura de que era él el autor de la substracción de los quince rublos, que, por otra parte, no le devolvió; pero no pudo perdonarle el que hubiese pervertido á su hija.

»Mi padre se vistió precipitadamente, porque el concierto empezaba á las ocho y eran ya las siete. Cuando hubo salido, mi madre me atrajo hacia ella, me acarició largo rato y murmuró con voz débil:

—¡Pobre hija mía! ¿Qué será de tí cuando yo falte? ¿Qué será de tí, mi pobre Netotchka? Y se echó á llorar. Yo lloré también y me sentía horriblemente triste.

»Hacia ya mucho tiempo que mi madre estaba enferma y agotaba las fuerzas que le restaban trabajando sin cesar para nosotros.

»No pudiendo resistir más, se echó en la cama y me dijo que me acostase yo también.

La obedecí, pero no pude dormir antes que transcurriesen algunas horas de insomnio febril. Sufría mucho. Mi madre había dejado la vela encendida y la llave en la puerta, como era su costumbre cuando mi padre tenía que retirarse tarde.

A media noche despertóme el ruido que oí en la habitación. Efimoff estaba delante de mí, con el violín en la mano. Iba á tocar, pero de pronto se detuvo, como cambiando de pensamiento. Puso el violín sobre la mesa y se acercó á la cama de mi madre; inclinóse hacia ella y permaneció así algunos minutos, que fueron de cruel angustia para mí, pues no comprendía qué pudiese significar aquello; seguidamente pasó sus manos sobre la sábana palpando con vacilación. Cuando levantó la cabeza quedé espantada de su palidez. Mire á mi madre, ésta dormía profundamente; su cuerpo se dibujaba en líneas rígidas debajo de la finísima colcha; sin saber por qué, me chocó su inmovilidad y la vigilé cuidadosamente esperando que despertase. No se movía. Mi padre se dirigió hacia la alacena y se echó un vaso de vino, que vació de un sorbo. Volvió á la mesa, cogió el violín, y, cuando iba á atacar las primeras notas, cambió de postura y se puso frente á la puerta, dando la espalda á la cama. Súbitamente se puso á tocar y la emoción me dejó aterrada. No eran los sonidos comunes que daba el instrumento, sino una sucesión de suspiros,

sollozos, lamentaciones desgarradoras que exhalaban, atropellándose bajo el arco gemidor. No pude soportar por largo rato aquella música desesperada que me retorció el corazón. Exhalé un grito, salté de la cama y fui á caer en los brazos de mi padre. Este colocó el violín en la caja, y dijo:

—¡Es hora de marchar, vamos Netotchka!

»Yo preparé á toda prisa un paquetito con mis miserables ropas. Efimoff se metió en los bolsillos todos los objetos pequeños que encontró á mano. Tenía todo el aspecto de un loco y yo no podía mirarle sin echarme á temblar.

—¿Y mamá, padre?—preguntéle.—¿Es que mamá no viene con nosotros?

—Ven á despedirte de ella; tu madre ha muerto.

»Esta revelación me heló de terror, aun cuando hacía largo rato que la presentía. Me aproximé á mi madre; estaba ya fría y la lividez de la muerte cubría su rostro. El espanto me impidió pronunciar una sola palabra; sin embargo, hubiese querido gritar.

—¡Vámonos, papá, vámonos!

Me tomó de la mano y atravesamos el umbral, pero se detuvo allí.

—¡Ven á rezar por tu madre!—me dijo con voz grave.

Volví á entrar en la sala y me arrodillé delante de las imágenes, pero no pude rezar; estaba muerta de miedo.

—Ya es tiempo—me dijo,—vamos;

Súbitamente recordó alguna cosa; se frotaba la frente con aire perplejo. Abrió, por fin, un cajón de la vieja cómoda, cogió el poco dinero que quedaba y me lo hizo guardar en el pecho, sobre la carne; el frío del metal me hizo estremecer.

»Descendimos aquellas escaleras para siempre. Al pasar por delante de la portería, mi padre casi echó á correr por temor á ser interrogado acerca de aquella escapada nocturna. Una vez en la calle se puso á caminar tan velozmente, que á duras penas podía seguirle; me así á su levita para no quedarme atrás. Después de media hora de fatigosa caminata nos detuvimos sobre el muelle del canal y mi padre se sentó sobre el parapeto.

—Papaíta—le dije,—no está bien hecho el dejar sola á mamá. Es preciso buscar á alguien para que la vele.

—Tienes razón, Netotchka; ve corriendo, que yo te espero aquí. Allí hay luz y no tendrás miedo. Vuelve después aquí.

—Sí, papá, espérame.

Nevaba y yo tenía gran espanto al verme sola de noche, en medio de la calle, y oí todo de pensar que estaría cerca de mi madre muerta. Pero era preciso hacer aquel sacrificio, pues yo no podía abandonar á mi madre de aquella manera.

¡Y hacía tanto frío allí, en la calle, tanto frío! A pesar de nuestra loca carrera, yo estaba aterida.

»Eché sobre mi padre una postrera mirada de súplica y atravesé la calzada. Al poner el pie en la acera de frente, volví para mirarlo otra vez... Ya no estaba allí; corría en una dirección opuesta. Lancé un grito y me precipité en su camino. Lloré, le llamé con los más dulces nombres, sin que se detuviese á escucharme.

—»Papá—gritaba yo, —papaíto; si no me quieres mas, yo me iré con mamá, pero bésame por última vez... tú me habías prometido llevarme á la hermosa casa... ¡papá!... ¡papá!...

»Yo estaba anhelante, me ahogaba y mis plernas vacilaban. Mi padre ya iba lejos, tan lejos que desesperé de alcanzarle. Volvió la esquina de una calle. Hice un último esfuerzo y volví á correr. En medio de la calle tropecé con una piedra, resbalé y caí de bruces sobre la nieve. Un sudor frío me helaba todo el cuerpo; sentí un dolor inmenso en la parte izquierda de la cabeza, y un líquido caliente se deslizaba por mi cara. Vencida por el dolor y el sufrimiento me desmayé...

»Al abrir los ojos vi delante de mí al príncipe, á tu papá, que me había recogido en la puerta de su palacio e que dispuso que me curasen y me albergaran. Poco después, mi Katia, te conocí y te amé, y aquí tienes toda mi historia.»

—¡Pobre pequeña mía... pobre huérfana! —dijo Katia rodeándome con sus brazos y cubriéndome de besos y de lágrimas.

—¿Y Efimoff?—me dijo después.—¿Qué fué de él?

Dos días después le encontraron errante, loco, por el campo. Fué llevado á un manicomio y murió á los pocos días. Este detalle lo sé por tu papá.

Katia estaba visiblemente conmovida.

—¡Mala, mala! ¿Por qué no me habías contado todo eso? ¿Te hubiera querido tanto! ¿De manera que tú ibas á los recados?

—Sí; y algunas veces los granujas me pegaban para quitarme el dinero.

—¡Ah, los malvados! Si algún día tropezase con alguno de ellos, verías como lo ponía con el látigo de Falstaff.

Y sus ojos echaban rayos de indignación.

Así transcurrió este día y el siguiente. Pensé morir de gozo. Me ahogaba tanta dicha. Pero ésta no debía ser muy duradera.

Mlle. Leotard había recibido la orden de comunicar á la princesa todos nuestros movimientos. A los tres días de someternos á una minuciosa observación, pudo acumular pruebas más que suficientes. Fuése á las habitaciones de la princesa y la contó que nosotras vivíamos en una especie de fiebre, que no nos separábamos nunca, que nos besábamos á cada momento, que llorábamos y reíamos como unas locas sin motivo aparente y que estábamos charlando de continuo, cosa que no ocurría anteriormente. Mlle. Leotard no sabía á qué atribuir este cambio de humor, pero que le parecía que

la princesita pasaba un estado crítico y sería conveniente que estuviésemos juntas el menos tiempo posible.

—¡Ese es mi pensamiento desde hace mucho tiempo!—contestó la princesa.—Sabía perfectamente que esta huérfana extraña á nuestra casa nos daría algún disgusto. Tiene indudablemente gran influencia sobre Katia. ¿Dice usted que mi hija la ama mucho?

—Perdidamente.

La princesa, despechada y celosa de mí, enrojeció.

—Esto no es natural,—repuso.—Al principio éranse muy indiferentes la una á la otra. Y le confieso á usted que eso me complacía. A pesar de su edad yo no puedo garantizar nada sobre esa niña. Puede haber mamado malos principios en el pecho de su madre. Mil veces he indicado al príncipe la conveniencia de meter á esa niña en un colegio... Hoy no me detendrá nada; es preciso que esa niña salga de casa... y saldrá.

XVIII

La separación fué decidida.

En vano Mlle. Leotard quiso tomar mi defensa.

Se previno á Katia que no me vería ya hasta dentro de ocho días. Yo supe por la noche semejante noticia y quedé anonadada. Me pareció que Katia no podría, después de lo

que había pasado entre nosotras, soportar esta separación.

El príncipe que vino á verme al siguiente día, trató, por medio de dulces palabras, de consolarme y darme alguna esperanza, pero todo había terminado para nosotras. La princesa era inquebrantable en sus determinaciones.

Quedé sumida en mi gran dolor, y el tercer día recibí un billetito de Katia que me enviaba con la camarera. «Te amo mucho—me decía—y no pienso más que en el medio de reunirme contigo. No llores, querida mía, y escíbime diciéndome que me quieres mucho. He soñado contigo todas estas noches, mi amada Netotchka; te envío bombones y un millón de besos. ¡Adiós!...»

Respondí á Katia en el mismo estilo y todo el día estuve llorando sobre aquel papel que la destinaba.

Mlle. Leotard me había tomado gran afecto y se arrepentía de haber hecho aquella confidencia á la princesa. Pero nada podía consolarme, y á cada momento preguntaba á Nastia, nuestra criada, sobre todo los actos y gestos de mi amiga.

Una mañana me dijeron que el príncipe me esperaba en su despacho.

Corrí temblando de gozo y emoción. El príncipe no estaba solo. Katia se arrojó á mi cuello en cuanto abrí la puerta. Después, saltando sobre las rodillas de su padre, le prodigó tantas caricias y con tanta vivaci-

dad, que ambos rodaron por el diván.

—¡Loquilla!—dijo el príncipe.

—¡Oh! ¡Es que tú eres tan bueno, papá!..

—Pero ¿de dónde te viene tan loca y súbita amistad por Netotchka, hija mía?

—¡Ah... cállate papá; no sabes tú nuestros asuntos!

Y diciendo estas palabras nos echamos una en brazos de la otra, vertiendo mil lágrimas.

¡Cómo había enflaquecido Katia durante aquellos tres días! Yo la observaba ansiosa; su tez había palidecido, y la encontré tan desmejorada que no pude retener mis sollozos.

De repente tocaron á la puerta. Era Nastia que venía á buscar á la princesita, de orden de su madre.

Katia se quedó pálida como una muerta ante la idea de dejarme.

El príncipe, por su parte, parecía también muy afectado.

—Hasta la vista, hijas mías—nos dijo.—Nos veremos aquí todos los días; ¡bendígaos Dios!...—y salió. Pero ¡ay! Ni aun debíamos conservar aquella dicha.

El príncipe debía marchar inmediatamente á Moscou, para reunirse con el pequeño Alejandro, gravemente enfermo, según le participaban.

Aquel día fué un día cruel de lágrimas, de despedidas.

La partida de la familia era irremisible;

pero se nos concedió permiso á Katia y á mí para que nos diésemos el último beso.

El carruaje de camino esperaba en el vestíbulo. Yo estaba loca de dolor y Katia abatida por completo.

Conocí que era aquella un trozo de mi alma que se me iba, que un poco de mi corazón se escapaba de mi pecho, que mi vida proseguiría siempre así, sin esperanzas, sin amistad, y las lágrimas me sofocaban. Katia comprendía esto tan perfectamente como yo, pero quizá más nerviosa, no podía llorar. Se la llevaron desvanecida.

Marché á su lado, sin saber lo que hacía, cubriéndola con mis besos y con mis lágrimas.

De repente abrió los ojos, y al verme exclamó: No llores más, Netotchka mía, ni te apenes más por mí; volveré dentro de un mes y entonces ya no nos epararemos jamás. ¡Adiós!...

Y reía con una risa extraña al decir esto.

La princesa estaba cerca de nosotros; aquella escena la enojaba é irritaba.

—¡Basta ya!—dijo por fin.—¡Netotchka, vamos á marchar!

Y arrastró á su hija consigo.

Katia se escapó de sus brazos y volvió á los míos.

—¡Tú eres mi vida, Netotchka, tú eres mi vida!—exclamó palpitante.—No te digo adiós, no; sino hasta la vista...

Nos abrazamos por última vez, y partió.

¡Partió para mucho tiempo. Se fué con ella el último ensueño de mi desgraciada infancia, se llevó la mitad de mi alma y quizá nunca lo haya sabido!...

XIX

Katia, pues, había partido. Quedábame sola y más huérfana que nunca.

Entré, á pesar mío, en otra vida, y como una barquilla sacudida por el mar, seguí á la ola que quería arrastrarme.

La partida de los príncipes á Moscou fué para mí un gran acontecimiento.

Hallábame sola con Mlle. Leotard. Quince días después supimos que el regreso de la familia á San Petersburgo se había aplazado hasta una fecha indeterminada. La institutriz, por razones particulares no podía trasladarse á Moscou. El príncipe, que la tenía gran estimación, escribió á su hija mayor, Alejandra Mikailowna, suplicándola nos recibiese á las dos en su su casa; no he hablado hasta este momento de Alejandra Mikailowna, porque hasta el presente no había tenido ocasión de verla sino una sola vez. Era hija del primer marido de la princesa y de ésta, que fué primeramente mujer de un rico contratista. Antes de unirse en segundas nupcias con el príncipe, hubiera querido casar á su hija, la cual no era negocio muy fácil, en atención á la pequeña dote que

aportaba la joven. En fin, después de cuatro años de pacientes investigaciones, encontró para su hija un marido rico y titulado.

Durante los primeros meses de esta unión, la princesa iba á ver á su hija dos veces al año; el príncipe iba todas las semanas acompañado de Katia. Pero pronto disgustó á la princesa que Katia visitase á su hermana con tanta frecuencia, lo que obligaba al príncipe á llevarla á escondidas. Katia adoraba á su hermana, por más que sus caracteres fuesen diametralmente opuestos. Alejandra Mikailowna tenía veintidós años en aquella época; era dulce, tierna y amante; se adivinaba, de primer momento en ella, una tristeza oculta; sus encantadoras facciones se hallaban revestidas de una expresión grave y conmovedora que traslucía un sufrimiento íntimo. La seriedad no conocía á su rostro de angel, tanto como el luto no cuadraba bien á un niño. No podía mirársela sin sentir hacia ella una gran simpatía. Siempre estaba pálida y tenía cierta predisposición á la tisis. Como quiera que había vivido largo tiempo en la soledad, no era aficionada al bullicio del mundo.

Recuerdo su bondadosa acogida, cuando llegué con Mlle. Leotard á su casa. Vino hacia mí y me abrazó con gran ternura; después me tomó en sus brazos y me preguntó si quería vivir con ella y una hijita suya. Ví en ella, de pronto, á la hermana de mi Katia; mi corazón se apretó y la besé con aire

doloroso. Aun me pareció oír una vez más la palabra «huérfana».

Alejandra Mikailowna nos enseñó la carta del príncipe, en la cual nos recomendaba á ella. Mi bienhechor me deseaba una vida dichosa y me recomendaba que amase á su hija mayor, que sería seguramente muy buena para mí. Katia también me escribía algunas líneas para decirme que no se separaría ya de su madre.

He aquí, pues, como entré en una nueva familia, en una nueva casa, arrancándome una segunda vez á todo cuanto me era querido, á todo lo que había sido mío. Llegué allí con el alma destrozada y cansada ya de vida.

Esta nueva existencia se desarrolló tranquila y sin ningún incidente, como en la reclusión de un convento. Viví con mis protectores cerca de ocho años, y no recuerdo, durante todo aquel tiempo, una sola reunión, una comida de gala, una revista de amigos ó de parientes. Dos ó tres personas venían con alguna frecuencia, entre otros, el músico Bouvarov, además de las gentes que iban á hablar de asuntos con el marido de Alejandra Mikailowna; éste estaba completamente embebido en sus negocios y dedicaba muy poco tiempo á su familia; numerosas relaciones que no podía descuidar le forzaban á aparecer muy á menudo en la sociedad. Se hablaba mucho de su ambición desmedida, pero, esto no obstante, estaba re-

putado como un hombre serio; ocupaba una lisonjera situación, el éxito y la fortuna venían en su ayuda, de modo que la opinión pública le era favorable. Se ocupaba mucho de sí mismo y bastante poco de su mujer, la cual vivía en una soledad profunda y parecía satisfecha. Alejandra llegó á quererme como á su hija, y yo, aun cuando entristecida, y con el corazón lacerado por mi separación de Katia, me eché ardientemente en aquellos brazos que se abrían para consolarme. Después siempre la quise como á una madre, una hermana ó una omiga.

Apercibíme muy pronto, á pesar de las apariencias, de que la pobre joven distaba mucho de ser dichosa. El curso tranquilo de su existencia era como una capa de nieve que recubre un volcán casi extinguido. Pero su dulce sonrisa no disimulaba bastante la punzante pena que asolaba su alma.

Adiviné aquel sentimiento profundamente encubierto y la quise más todavía.

Ella, por otra parte, parecía desconfiar de sí propia y vigilaba celosamente su corazón. Algunas veces, en el momento en que aparecía del todo tranquila y serena, se desprendían de sus ojos gruesas lágrimas. Se hubiera dicho que la conciencia de alguna cosa se despertaba dentro de su pecho para torturarla.

Su marido parecía adorarla y tenía con ella mil pequeñas atenciones; Alejandra también le demostraba gran afecto; y esto,

no obstante una niña que era yo, me hacía comprender que había una barrera de hielo entre aquellos dos corazones, barrera que jamás fundiría el más ardiente sol.

Desde el primer día me fué repulsivo el marido de Alejandra Mikailowna. Era un hombre de gran talla, flaco, frío, con los ojos siempre escondidos detras de unas gafas azules.

Era poco comunicativo, y aun con su mujer empleaba maneras glaciales y ceremoniosas como las de un inglés. Se ensimismaba y difícilmente encontraba asunto para la conversación. La sociedad, á veces, le era insoportable.

No prestó jamás alguna atención á mi persona, y si ocurría encontrarnos por casualidad reunidos los tres en el salón, perdía yo la serenidad y procuraba esconderme.

Si echaba de soslayo una mirada sobre Alejandra Mikailowna, la veía observar ansiosamente los gestos y actitudes de su marido, temiendo disgustarle á cada momento y viendo en sus palabras alusiones que ella no podía apreciar.

Empleaba toda su gracia y toda su voluntad en agradar á aquel hombre, y de antemano desesperaba de poderlo conseguir. Trataba menos de halagarlo que de mendigar su aprobación. La regocijaba la menor sonrisa que podía arrancar á aquella naturaleza apática y fría, pero este mismo gozo

no era jamás completo, ni conseguía rechazar la contención y la tristeza que reinaba entre ellos. Unicamente, cuando su marido nos dejaba solas volvía á ser bondadosa y afable. Entonces hablaba conmigo de todas las cosas como si fuésemos dos amigas. A veces nos ocupábamos de él, pero entonces nuestra conversación se limitaba á una serie de preguntas que ella me hacía, tales como: «¿Me ha dicho esto ó lo otro? ¿Parecía satisfecho?» y esto era todo.

Además de esto interrogaba á los criados preguntándoles dónde había pasado el día, ó si se había quejado de alguna cosa.

Una afección tamaña me llenaba de asombro. Yo no era más que una niña, y sin embargo, conocía claramente que aquella no era la manera como debía amarse un matrimonio. Me perdía en conjeturas, y no sacando nada, dejaba transcurrir los días y me habituaba á la solemne tristeza que gravitaba sobre aquella casa.

Apenas si algunos rayos de alegría venían á alumbrar aquella vida monótona.

Algunas veces, Peters Alejandrowitch se mostraba más atento con su mujer; respondía á sus amabilidades con una sonrisa ó una palabra afable y la suplicaba que se sentase al piano; entonces tocaba algunos bailes que alegraban un tanto el sombrío salón.

Pero esto sucedía raramente; nuestra vida casi monacal se deslizaba uniforme, sin un

solo acontecimiento. Acabé por acostumbrarme y encontrar alguna placidez en aquella vida.

Yo crecía y me desarrollaba; nuevas sensaciones venían á despertarse en mí, distrayéndome de mis preocupaciones. Lo único que se mantuvo en mí invariable fué el amor que profesaba á Alejandra, y, por discreción, no quise profundizar la causa de su eterno disgusto. Alejandra conocía esta afección y se mostraba muy reconocida. Cuando leía en su rostro alguna viva inquietud, me sonreía á través de sus lágrimas y aun se burlaba de su propia pena, ó bien quería persuadirme que vivía dichosa y contenta, que encontraba una gran satisfacción en la amistad que yo le profesaba, que solo la daban pesadumbre los tormentos que sufría Peters Alejandrowitch, pero que aparte de esto, era dichosa, ¡muy dichosa!...

Sin embargo, cuando pronunciaba estas últimas palabras, no podía sofocar un raudal de ardientes lágrimas que asomaban á sus ojos.

XX

Así, pues, Alejandra Mikailowna me dedicaba una afección particularísima y gustaba de compartir conmigo su soledad. Me consagraba todos los momentos que le dejaba el cuidado de su hijito, de un año escaso.

Se le metió en la cabeza, quizá para distraerse, el emprender mi educación, sin temer la competencia de madame Leotard, que sonreía un poco al ver sus esfuerzos.

En efecto, deseaba enseñarme todas las ciencias á la vez, de modo que yo no entendía nada y ella misma se perdía en sus explicaciones. Mlle. Leotard juzgaba que había allí insuficiencia de método y que la base dejaba que desear, pero todo se suplía por una voluntad muy grande y también por una mutua afección.

Mi protectora se inquietaba muy poco por la pedagogía; solamente notaba que para instruirme era suficiente mi modo de ser y el solicitar mi atención; tenía razón, y los hechos lo demostraron muy pronto.

Desde el principio, las relaciones jerárquicas de discípula y maestra desaparecieron. Aprendíamos como dos amigas; con frecuencia parecía ser yo la que enseñaba á Alejandra Mikailowna, y jamás me dí cuenta de la estratagema. Por ejemplo, se entablaba una discusión entre nosotras y me era preciso probar la verdad de mi tesis; me esforzaba en ella y Alejandra me guiaba sin que yo lo advirtiese. Cuando había comprendido, adivinaba al mismo tiempo la superchería de mi maestra. Yo apreciaba, en todo su valor, el sacrificio que hacía en mi obsequio de gran parte de su tiempo. Me lanzaba á su cuello después de cada lección. Mi excesiva sensibilidad la sorprendía y la

conmovía. Me preguntaba curiosamente por mi pasado, deseosa de oírlo de mis propios labios, y cada vez, al terminar mi relato, se volvía para mí más tierna y más seria; más seria, porque mi niñez desgraciada le inspiraba compasión y al mismo tiempo una especie de respeto. Largas conversaciones seguían a estas confidencias que yo veía bajo un nuevo aspecto, y del cual saqué grandes enseñanzas para el porvenir.

Madame Leotard juzgaba aquellas conversaciones demasiado serias, y, viendo las lágrimas que alguna vez se escapaban de mis ojos, las encontraba injustificadas. Pero yo no era de su opinión.

Después de cada lección me sentía ligera y enternecida como si mi vida se hubiese deslizado siempre en la más bonancible de las felicidades. Mi reconocimiento por Alejandra Mikailowna no tenía límites y cada día la quería más.

Por la mañana nos veíamos en el dormitorio de la niña; la vestíamos, la hacíamos mil caricias y la enseñábamos a hablar, encontrando un placer extremo dándole su comidita y jugando á las *madres* con ella.

El estudio, el paseo, la conversación y la música ocupaban el resto del día, y una tras otro, los meses se sucedían sin acontecimientos dignos de reseñarse.

XXI

Un día, el músico Bouvarov, que era muy amigo de la casa, vino á pasar la velada con nosotros. Se habló de música, del arte, de los artistas, de todas las cosas que me recordaban á mi padre, y tenían, por consiguiente, un doble interés para mí.

Era yo en aquel entonces una mujercita y recibía las lecciones de acreditados profesores, pues se quería hacer de mí una mujer instruída. Apliquéme á los estudios tanto como me fué posible, pero prefería los de Alejandra Mikailowna.

Recuerdo también que me pusieron un profesor de historia, pero en cuanto éste salía, estudiábamos juntas la historia á nuestro modo. Leíamos mucho, algunas veces hasta media noche, ó, por mejor decir, leía Alejandra Mikailowna, que era al mismo tiempo lectora y crítica. Cada uno de sus relatos me entusiasmaba. Nos amábamos las dos como si ambas fuésemos las heroínas. Leíamos más entre líneas que sobre el texto mismo, y por otra parte, Alejandra leía tan bien que parecía que había asistido personalmente á los acontecimientos.

Quizá se encontrará ridícula esta pasión por la lectura que nos tenía desveladas hasta tan tarde. Pero como quiera que yo no era más que una niña, y ella un corazón lacerado que soportaba difícilmente la carga

de la vida, aquel estudio nos proporcionaba gran consuelo. Yo sabía que la pobre joven encontraba en mi compañía una especie aparte en su vida. Muchas veces me quedaba mirándola con aire pensativo. Adivinaba la vida, aun antes de haber empezado a vivir.

Así cumplí mis trece años.

La enfermedad de alejandra Michailowna empeoraba cada día. Se irritaba con más facilidad; sus crisis de desesperación se sucedían con más violencia; las visitas de su marido se multiplicaban, pero éste se tornaba cada vez más silencioso y más taciturno á su lado. El porvenir de la pobre joven me inquietaba vivamente. Yo no era ya una niña; observaba y adivinaba muchas cosas; sin embargo, el misterio que se se cernía sobre aquella casa, me obsesionaba, sin que pudiera descubrirlo. En ciertos momentos creía comprender algo. Otros, permanecía indiferente, apática, casi irritada, y olvidaba mi curiosidad, no pudiendo solucionar los problemas que me había propuesto. Me sucedía con frecuencia experimentar un vehemente deseo de estar sola para pensar... ¡para pensar siempre!

Estos momentos me recordaban el tiempo en que, en casa de mis padres, antes de haber llegado á encariñarme con mi padre, estuve meditando durante un año, sin casi pronunciar una palabra; tan salvajes me ponían aquellos fantasmas creados en mi ima-

ginación. La diferencia de mi estado actual se manifestaba en mis impaciencias, en mis angustias, en mis arrebatos inconscientes, en mi sed de movimiento, que hacían más difícil que antaño la concentración de mis ideas.

Por su parte, mi joven protectora parecía esquivarme. A esta edad, casi ya no podía ser yo una niña para ella. La preguntaba demasiado, y la miraba algunas veces de tal modo que la obligaba á bajar los ojos. Teníamos momentos muy extraños. Comprendía yo algunas veces que me volvía una carga para ella. Otras—y estas eran más tristes y penosas,—en un transporte de desesperación, me tomaba entre sus brazos, procurando que me interesase por su suerte. No podía soportar su aislamiento y parecía-me creer que yo le comprendería y que sufriríamos juntas.

El misterio no existía ya entre nosotras... Lo presentía y me alejaba de ella. Su presencia se me hacía á veces intolerable. Y á parte de la música, pocas cosas nos reunían ya. Por otra parte, el médico le había prohibido que tocara el piano. Leer le era cada día más difícil, pues no sabía ya qué obra elegir para mí. Nos hubiéramos quedado en la primera página, cada palabra hubiese sido una alusión, cada frase insignificante un problema. Y ambas huíamos de aquellas ardientes conversaciones.

Por aquella época, mi estado moral sufrió

una ruda sacudida y tomó, por fin, una dirección un poco más marcada.

Y he aquí como sucedió esto.

XXII

El comedor tenía tres entradas. Una daba al salón, la segunda á mi dormitorio y al de la niña y la tercera á la biblioteca. La biblioteca, á su vez, tenía acceso á un despacho contiguo á mi habitación. Un secretario de Peters Alejandrowitch que hacía las veces de escribiente, ocupaba de ordinario aquella pieza, donde estaban colgadas á una escarpia las llaves de la librería. Un día encontré en el suelo la llave de la biblioteca; la curiosidad se apoderó de mí, y entré.

Era una pieza muy vasta, clara, rodeada de armarios llenos de libros encerrados con puertas vidrieras. La mayor parte eran legados á Peters Alejandrowitch en herencia, y una pequeña colección había sido comprada por Alejandrowitch poco á poco. Hasta aquel día no se me había puesto en las manos más que libros escogidos cuidadosamente. Me era, pues, fácil imaginar que se me ocultaban mil cosas en aquella materia. Por este motivo, llena de irresistible curiosidad, temblando de miedo y de placer, abrí el primer armario y cogí el primer libro que me vino á las manos: era una novela.

Volví á mi habitación y cerré la puerta, pero no pude leer, tenía otro cuidado que me barajaba la cabeza; me era necesario disponer de la biblioteca sin que nadie se percatase. Dejé la lectura para momento más propicio, solté el libro en su sitio y oculté la llave.

Sí, la oculté. Era la primera mala acción de toda mi vida. Esperé los acontecimientos. Pero todo ocurrió del mejor modo posible. El secretario, después de haber buscado la llave toda la tarde, decidióse, al siguiente día, á llamar á un cerrajero, que hizo otra. El incidente no tuvo más consecuencias y fué prontamente olvidado.

Yo tuve la precaución de no ir á la biblioteca sino ocho días más tarde, después de asegurarme que no se abrigaba la menor sospecha, y en una ausencia del secretario.

Desde entonces me di á la lectura con furor, fué una pasión. Todas mis aspiraciones, todos los arranques de mi adolescencia que habían desarrollado demasiado pronto mi inteligencia, tomaron una nueva dirección que creí por largo tiempo la verdadera salida de mi situación.

Bien pronto me fasciné, mi fantasía tomó tan extraordinario vuelo, que creí olvidar el mundo exterior.

Parecióme también que la suerte me tenía en el umbral de la nueva vida en que deseaba penetrar tan ansiosamente, y en la que soñaba toda la noche. Pero antes de

permitirme coger aquella nueva vía, mi destino me había impulsado hasta una altura de la que me mostraba, en un magnífico panorama, de perspectiva atrayente y luminosa, todo mi porvenir. Yo debía vivir aquel porvenir después de haberlo aprendido en los libros y percibido en mis sueños, en mis esperanzas, en mis raptos apasionados, en las dulces emociones de mi alma joven.

Leí «á salga lo que saliere». La casualidad me sirvió perfectamente en cuanto á los dos primeros libros; pues mi existencia había sido tan noble, tan austera que yo no podía ser atraída por ninguna lectura malsana. Mi instinto de niña, mi juventud y todo mi ser, me defendían. La conciencia me había iluminado de repente toda la vida. En efecto, cada página me parecía como leída de antemano. ¿Y cómo no ir hasta el olvido del presente, aislada, como estaba hasta cierto punto, de la realidad? ¿Cómo encarnaban en mí, por la lectura de cada libro, las leyes del mismo destino, el mismo espíritu de aventuras que gravita sobre la vida de los hombres! Esta ley que yo sospechaba, trataba de adivinarla con todas mis fuerzas y con todas las facultades sobreexcitadas de mi imaginación.

Cada día la esperanza se fortificaba en mi alma y mis arrebatos hacia el porvenir se tornaban más violentos. Quería vivir aquella vida que descubriría en mis lecturas y que

se me aparecía revestida con todos los esplendores del arte, con todas las seducciones de la poesía. Pero, como he dicho ya, mi imaginación tenía demasiado poder sobre mi impaciencia; únicamente era animosa en mis pensamientos, pero en realidad, me espantaba el porvenir. Por un tácito acuerdo con mi conciencia, decidí que era necesario contentarme con la descripción de tan bellas quimeras hasta el día en que pudiera realizarlas en aquel mundo engañoso y novelesco donde yo sólo entreveía goce y sublimidad; la desgracia, cuando yo admitía algo de desgracia en él, no desempeñaba sino un papel pasivo, pasajero, y hasta necesarios, para que resultase un poco de contraste, algunos cambios subitáneos, evolucionando hacia los desenlaces felices, donde terminan invariablemente todas estas historias.

¡Y esta vida de ensueños, que me aislaba completamente de cuanto me rodeaba, duró más de tres años!

Y esta vida era un misterio mío. Cuando terminó, ignoraba aún si debería temer ó no hacer su revelación. ¡Había sido tan personal y tan interior mi existencia en aquellos tres años!

Mi yo se reflejaba tan íntimamente en todos aquellos ensueños, que me espantaba y confundía la idea de una mirada extraña que hubiera escudriñado en el fondo de mi alma. Por otra parte, todo el mundo vivía

aislado, sin relación los unos con los otros, en un recogimiento cenobítico.

Durante estos tres años, nada cambió, nada se modificó en torno mío. Una triste uniformidad reinaba entre nosotros como de costumbre. Creo que si no hubiera podido substraerme á este círculo de laxitud intelectual, el disgusto y la desesperación me hubiesen quizá arrojado á un acto fatal.

Mlle. Leotard envejecía; no abandonaba nunca su habitación. Los niños eran aún demasiado pequeños para interesarme. El marido de Alejandra Mikailowna, siempre el mismo, severo y reconcentrado, me helaba de terror. El misterioso abismo que le separaba de su mujer, se tornaba cada vez más terrible, más infranqueable. Alejandra Mikailowna se agostaba como una planta tronchada; se consumía sin causa aparente, como bajo el peso de un espantoso remordimiento, torturándose en vano por adivinar cuál fuese.

Una cosa me afectaba sobre todo; cuanto más avanzaba yo en edad, más se alejaba ella de mí, y su disimulo se traicionaba por nerviosas impaciencias que me hacían sufrir. Hasta parecía ciertos días, en momentos determinados, que no me amaba ya y hasta que mi presencia era insoportable.

Ya he dicho que yo fuí la primera en alejarme de ella; desde el momento en que lo hice me torné tan taciturna y tan sombría como los demás habitantes de la casa. He

aquí por qué todo lo que he vivido durante esos tres años, todo lo que se desarrolló en mí después de mis ensueños, de mis estudios, de mis esperanzas y de mis arranques apasionados, no se lo he confiado á nadie.

Los sufrimientos de Alejandra Mikailowna hacían que yo amase cada vez más á la desventurada mujer, y, sin embargo, no nos uníamos jamás completamente. Hoy no puedo recordar sin lágrimas cuánto me amaba y cuántos esfuerzos hizo para continuar desempeñando hasta el fin su papel de madre, que se había impuesto para con la pobre huérfana. Sus propias desgracias, es verdad, la llevaban con frecuencia lejos de mí; parecía olvidarme, tanto más cuanto que no me recomendaba á su recuerdo. De esta manera llegué á los dieciséis años sin que nadie se ocupase de mí. En sus momentos de conciencia y de lucidez, Mikailowna se preocupaba repentinamente por mi suerte. Me hacía reanudar bruscamente mis lecciones, mis ocupaciones habituales, me colmaba de preguntas, como si quisiera confesarme, no me dejaba de la mano durante algunos días, y trataba de adivinar todos mis pensamientos, todos mis deseos. Pero había perdido el hábito de mi cuidado, y, como obraba frecuentemente con mucha ingenuidad, yo advertía que aquel celo se había tomado anormal é inconstante. Por ejemplo (y esto ocurría cuando cumplí los dieciséis), hojeando un día mis libros, para no-

tar lo que leía, quedó muy sorprendida al ver que aún entretenía mis ocios con libros infantiles. Adiviné lo que pensaba y la observé atentamente. Me interrogó durante quince días, me sondeó para darse cuenta del grado de desarrollo y de mis necesidades intelectuales. Por fin se decidió, y un día encontréme sobre mi mesa el *Ivanhoe* de Walter Scott, que había leído hacía ya algún tiempo y vuelto á leer lo menos dos veces. Enseguida, con temerosa atención, fué siguiendo mis impresiones; se hubiera dicho que las pesaba, como si las recelase. Aquello trajo una nueva recrudescencia en nuestra amistad. Nos encontramos entusiasmados la una de la otra, y fuí tan dichosa que no tuve valor para ser reservada con ella. Cuando acabé la lectura de la novela, quedó maravillada. Cada una de mis observaciones le parecía justa, y sensatas cada una de mis opiniones. Según la suya, yo estaba demasiado avanzada en mi edad. Encantada, volvió á vigilar mi educación: hubiera querido no apartarse de mi lado, pero, desgraciadamente, esto no estaba en su mano. Una recaída en su enfermedad nos separó una vez más; después siguió una crisis de desesperación que hizo renacer su desconfianza y quizá endureció su corazón.

Y sin embargo, aun durante este período, tuvimos algunos momentos de felicidad; la lectura, algunas frases afectuosas, la música, nos aproximaron y pudimos olvidar; nos

confesamos la una á la otra con superabundancia de corazón, después, repentinamente, sentíamos un mutuo enfriamiento tras de las expansiones más íntimas.

Una tarde, un poco antes de anochecer, leía yo distraídamente en el gabinete de Alejandra Mikailowna. Esta estaba sentada en el piano é improvisaba sobre uno de sus temas favoritos de aires italianos. Al llegar á un motivo melódico que yo conocía, arrastrada por el canto, que recitaba en mi corazón, me puse á tararearlo tímidamente. Bien pronto, enardecida, levantéme y me aproximé al piano. Alejandra Mikailowna, como si me hubiese adivinado, cesó de tocar para ella y aplicóse, con afectuosa atención, á seguir mi canto. Pareció sorprendida de la extensión de mi voz. Hasta entonces jamás había cantado delante de ella, ni siquiera sabía poseer eso que llaman voz; pero animada cada vez mas, reforzaba las notas y las atacaba enérgicamente; mi sentimiento estaba excitado por la sorpresa de Alejandra Mikailowna, sorpresa que yo notaba en la manera con que arpegiaba cada acompañamiento. Finalmente, acabé el trozo con tanto entusiasmo y vigor, que me cogió por el brazo y me miró con transporte.

—¡Pero Ana, (1) tienes una voz maravillosa! —exclamó.—¡Cómo no me había percatado!

(1) Netotchka en ruso.—N. del T.

—¡Es que yo acabo de advertirlo ahora! —contesté.

—¡Dale gracias á Dios, hija querida! ¡Dale gracias por ese dón! ¿Quién sabe? ¡Ah, Dios mío, Dios mío!

Estaba tan conmovida por aquel descubrimiento, y tan entusiasmada, que no sabía qué decirme ni cómo acariciarme. Fué un momento de embriaguez, casi de entera franqueza y de ardiente fantasía, como hacía tiempo que no lo habíamos tenido. Aquella gran alegría tomó las proporciones de una fiesta. Se envió por Bouvarov. Esperándole abrimos al azar otra ópera que conocía más y empecé á cantar una romanza. Esta vez la timidez me hacía temblar, y temblaba de echar á perder lo ganado con un fracaso. Pero bien pronto mi misma voz me dió valor y me sostuvo. Yo misma estaba sorprendida de su fuerza y de su extensión. Esta segunda experiencia dispó todas las dudas. En su exaltación y su impaciencia, Alejandra Mikailowna envió á buscar á su marido, sus hijos y aun á las criadas; ella en persona fué á buscar á su marido y le hizo salir de su gabinete, cosa á que no se hubiera atrevido en otra ocasión cualquiera. Peters Alejandrowitch recibió la noticia con benevolencia, me felicitó y aseguró que me haría trabajar. Alejandra, llena de reconocimiento le besó las manos, como si su marido le hubiese acordado un gran beneficio.

Por fin llegó Bouvarov. El viejo artista se mostró muy satisfecho. Me quería mucho. Se acordaba de mi padre, de mi pasado; cuando hube cantado delante de él dos ó tres veces, declaró con aire grave, preocupado, casi misterioso, que yo estaba admirablemente dotada y que tenía talento musical; según su opinión, se imponía el buscarme maestro. Después, repentinamente, imaginando, sin duda, que podía ser peligroso complimentarme demasiado en los principios, ambos parecieron volver sobre lo dicho; se hicieron signos de inteligencia, y toda la conversación que se siguió, dirigida contra mi amor propio, fué singularmente desmañada é inocente. Yo me reía interiormente al oírlos, después de cada melodía, esforzándose en disimular sus impresiones y buscar defectos que exageraban de intento. Pero no pudieron sostener mucho tiempo su papel. Bouvarov fué el primero que se olvidó, y su placer le humanizó mal de su grado. Jamás hubiera sospechado que me tuviese tanto cariño. Toda la velada transcurrió en afectuosa y amigable conversación. Bouvarov nos contó un sin fin de anécdotas sobre los cantantes y los artistas célebres; sus relatos tenían la vehemencia peculiar de los artistas cuando hablan de sus venerados maestros.

Después de haber recordado á mi padre, se habló de mí, de mi infancia, del príncipe, de toda su familia, de la cual yo no había

tenido noticias desde nuestra separación; igual le ocurría á Alejandra Mikallowna hacía ya mucho tiempo. Bouvarov había estado varias veces en Moscou y pudo darnos algunos detalles. Aquí la conversación tomó un tono misterioso, y dos ó tres circunstancias que afectaban al príncipe fueron para mí letra muerta. La joven preguntó al gran músico acerca de Katia, pero, ó no sabía nada, ó no quiso decirlo. Esto me extrañó. Yo no había olvidado á Katia; mi afección por ella no había decaído, y jamás pensé que pudiera haber un cambio en los sentimientos de aquella niña. Yo no tenía en cuenta ni nuestra separación, ni los años que habíamos vivido lejos la una de la otra sin cambiar ninguna noticia; ni de la diferencia de nuestros caracteres y nuestra educación; la amaba como antes. En mis fantásticos ensueños, nos paseábamos cogidas del brazo; yo me figuraba ser la heroína de cada una de las novelas que me forjaba, y siempre ponía á mi lado á la princesita, mi amiga.

El consejo de familia había decidido que se me designase un profesor de canto. El más conocido y acreditado nos fué recomendado por Bouvarov. Al siguiente día, el profesor italiano D... se presentó en casa, me sometió á una prueba, y se mostró tan entusiasmado como el ilustre músico. Después de haber reflexionado, estimó que sería más provechoso para mí ir á tomar las lecciones

á su casa con los demás discípulos, pues así el sentimiento de emulación me haría progresar más rápidamente, y además encontraría en su casa todo cuanto fuese necesario para mis estudios. Alejandra Mikallowna consintió en ello, y tres veces á la semana, acompañada por una sirvienta, tomaba el camino del Conservatorio.

Por la misma época tuvo lugar un pequeño acontecimiento que produjo en mí una violenta impresión, y que marcó mi entrada en la adolescencia.

Tenía entonces dieciséis años cumplidos. Me invadía una apatía indefinible; era la reacción natural de los fogosos arrebatos que habían precedido á aquel período. Era constantemente presa de una angustiosa calma del todo insoportable.

Mis ilusiones cayeron, una á una, no precipitadas por las circunstancias, sino porque perdía la fuerza de exaltación capaz de sostenerlas. Una fría indiferencia vino á remplazar mis antiguos entusiasmos de niña inexperimentada. El arte mismo, que amaba tanto, mi arte, á quien todo el mundo había hecho tan buena acogida, no tenía ya para mí tan potentes atractivos. Nada me interesaba ya, hasta el punto de que la misma Alejandra Mikallowna me inspiraba enojo, y esto me hacía padecer. Súbitas desesperaciones, crisis de lágrimas rompían de vez en cuando la monotonía de este estado intolerable. Buscaba la soledad. En este ex-

traño momento una casualidad vino á desencadenar en mi alma una tempestad y convirtió aquella vaga inquietud en un verdadero huracán. Mi corazón sufrió un trastorno.

XXIII

Un día penetré en la biblioteca y jamás olvidaré los detalles de aquella aventura; cogí una novela de Walter Scott: *La Linda joven Pesth*, la única obra de este autor que no había leído aún. Recuerdo que tenía el corazón apretado, como atormentado por un presentimiento.

La pieza estaba aclarada por los rayos oblicuos del sol poniente, cuyas ondas luminosas se deslizaban á través de las altas ventanas y venían á herir el pavimento. El silencio era completo. En las piezas contiguas no había un alma. Peters Alejandrowitzch había salido, y Alejandra Mikailowna, enferma, estaba acostada. Me puse á llorar no pudiendo resistir más mi agitación. Habiendo abierto la segunda parte del libro, lo hojeaba distraídamente, ensayando darle un sentido á las frases que pasaban por delante de mis ojos. Parecía que buscaba una predicción de mi suerte, como se hace abriendo un libro al azar. En ciertos momentos todas las fuerzas intelectuales y morales se tienden mórbidamente como si una luz viva

iluminase de repente la conciencia, como si alguna visión profética se impusiese al alma conturbada; ésta sufre y languidece esperando alguna cosa misteriosa; animada de una candente esperanza, se aferra en su aspiración á la vida.

Yo estaba en esta disposición particular.

Cerré el libro expresamente para abrirlo de nuevo al azar y buscar allí mi horóscopo; leía luego la página que se presentaba.

Pero sucedió que hojeando encontré un papel escrito, doblado en cuatro dobleces, y comprimido como si estuviese olvidado allí mucho tiempo. Examiné curiosamente mi hallazgo. Era una carta sin dirección, firmada con las iniciales S. O.; abril. Las páginas, mejor dicho, los dobleces, casi pegados los unos á los otros, habían dejado, sobre las hojas amarillentas del libro, una huella blanca; los cantos estaban gastados. Se adivinaba que aquella carta había sido leída con frecuencia y guardada cuidadosamente; la tinta, descolorida, azuleaba; parecía datar de mucho tiempo. Algunas palabras llamaron mi atención. Mi corazón latía violentamente.

Dí algunas vueltas á aquel papel entre mis manos, como si dudase en leerlo. Me acerqué á la ventana... sí, las lágrimas habían dejado huellas sobre las palabras medio borradas. ¿De quién eran aquellas lágrimas?

Ansiosa leí la mitad de la primera página. Un grito de asombro se escapó de mi pecho.

Puse el libro en su sitio, cerré el armario, y escondiendo la carta debajo de mi *fichú* corrí á mi cuarto y me encerré en él. Empecé á leer, pero mi corazón latía con tanta violencia que los caracteres saltaban y parecían entregados á una danza diabólica. Durante algunos intervalos no pude comprender nada. Pero por fin descubrí el principio del misterio, comprendiendo á quién estaba dirigida la carta. Yo sabía que era un crimen leer aquellas líneas, pero la tentación era más fuerte que mi voluntad. La carta había sido escrita á Alejandra Mikailowna.

Eran algunas palabras de adiós; de un adiós eterno. Después de haber leído esta carta me sentí presa de un gran sentimiento, como si fuese yo la que acababa de perderlo todo, como si me hubieran arrancado para siempre mis ensueños y mis esperanzas, como si únicamente me hubiesen dejado la vida, de la cual ya no tenía necesidad. ¿Quién era el autor de aquella carta? ¿Cuál había sido la vida de la joven? Aquellas líneas contenían hechos y alusiones sobre las cuales no podía uno engañarse. Pero al mismo tiempo había problemas en medio de los cuales me perdía. Poco á poco, sin embargo, fuí comprendiendo. Además, el estilo sugería muchas ideas y revelaba el carácter de aquellas relaciones cuya ruptura había destrozado dos corazones. En fin, á través de las líneas se leían claramente los pensamientos y los sentimientos del que la

había escrito. La carta decía así, pues yo la copié palabra por palabra:

«¡No me olvidarás nunca! Así lo has dicho y yo te creo, y desde este día toda mi vida está dentro de esas palabras. Es preciso que nos separemos; ha sonado la hora. ¡Yo lo sabía desde hace mucho tiempo, mi dulce y triste beldad! Pero solamente hoy lo he comprendido. Durante todo *nuestro* tiempo, el tiempo en que tu me amabas, mi corazón se estrujaba y sangraba pensando en nuestro amor. ¿Podrás creermelo? ¡Ahora sufro menos! ¡Todo debía terminar así; era nuestro destino, yo lo sabía! Alejandra: nosotros no éramos *iguales*, y siempre he pensado en esto, *¡siempre!* Yo no era digno de tí. Yo solo hubiera debido soportar el castigo de mi dicha. Dime: ¿qué era yo para tí hasta el día en que me has comprendido? ¡Dios mío! Han transcurrido dos años y aún no comprendo por qué me has amado; ¡por qué *tú* me has amado á *mí*! ¿Cómo hemos llegado á esa locura? ¿Recuerdas lo que yo era en comparación tuya? ¿Te equivalía? ¿Podía ni siquiera serte comparado? ¿Qué es, pues, lo que te ha hecho preferirme, puesto que nada me distinguía de los demás? Antes que tu mirada y tu sonrisa hubiesen iluminado mi vida, yo era sencillo y vulgar, mi aire era triste y taciturno; no deseaba más vida que la mía: no obstante ser tan mediocre, no pensaba más allá de ella, ni quería pensar tampoco. Tú

me arrojaste al camino y yo me sometí; consideraba mi labor cotidiana como la cosa más importante del mundo. Mi única preocupación era el mañana, y aun este me dejaba indiferente. Antes, hace ya mucho tiempo, aspiraba á la dicha y soñaba como un imbécil. Pero después transcurrieron muchos días y empecé á vivir solitario, grave, ensimismado, no sintiendo ni siquiera el frío que helaba mi corazón aletargado.

»Sabía, y me había conformado, que jamás luciría para mí un sol más benéfico.

»Estaba convencido de antemano y no me lamentaba; *porque ello debía ser así*. Cuando tú me apareciste, jamás creí que me atrevería á levantar mis ojos hasta tí. Estaba ante tí como un esclavo. Y sin embargo, mi corazón no temblaba, no languidecía, no te había presentido; dormía aún. Y aun cuando mi alma encontrase la serenidad cerca de su radiante hermana, no adivinaba la tuya.

»Y cuando lo supe todo, ¿te acuerdas? ¡Después de aquella velada, después de aquellas palabras que me trastornaron, me consideré perdido! ¡Anonadado, todo se confundía dentro de mí... ¿y lo creerás? en lugar de transportarme, tenía tan poca confianza en mí mismo, que no comprendí nada! ¡Jamás he querido decir esto.

»Si hubiera podido, si me hubiera atrevido, hace tiempo que te lo hubiese confesado. Pero callé. Hoy te lo digo todo para que

no enrojeczas á mi recuerdo, para que conozcas al hombre de quien te separas. ¿Sabes cómo te veía primeramente? La pasión me había invadido como una llama; penetró en mi sangre como un veneno; confundió todos mis sentimientos y todos mis ensueños; estaba embriagado y respondía á tu puro amor *compasivo*, no como de igual á igual, no como un ser merecedor de tu cariño, sino como un deseo desenfrenado y sin conciencia. Yo no te había comprendido. Yo te correspondía como á una mujer que *descendía hasta mí*, no como á la mujer que quería levantarme hasta ella. ¿Sabes qué sospechaba de tí? ¿Sabes qué quiere decir ese *descendía hasta mí*? ¡No... no te ofenderé explicándotelo! ¡Únicamente te diré que te has equivocado por mi cuenta! ¡Jamás, jamás hubiera podido elevarme hasta tí! Aun contemplándote de lejos con adoración infinita, cuando hube penetrado tus nobles sentimientos, tal sacrificio no era con mucho suficiente para borrar mis entuertos para contigo. Mi pasión hacia tí no era un verdadero amor. Temía al amor. En el amor hay mutualidad, igualdad, y yo no era digno... é ignoraba lo que experimentaba. ¡Oh! ¿Cómo te diría esto para que me comprendieses?... Si te acuerdas, cuando se calmó mi primera agitación, cuando no quedó en mí más que un sentimiento puro... ¡cuáles no fueron mi asombro, mi confusión, mi temor! Recordarás también que me eché

llorando á tus plantas y que tú me preguntaste, casi asustada, el motivo de aquella desesperación sombría... No pudiéndote responder, guardé silencio. Pero mi alma se desgarraba, la dicha me abrumaba como un fardo pesado, y mis sollozos gritaban dentro de mí. ¡Cómo he merecido tanta felicidad! ¡Oh, hermana mía, hermana mía! ¡Cuántas veces—siempre lo has ignorado—cuántas veces he besado tu vestido, a escondidas, convencido de mi indignidad. La respiración me faltaba; mi corazón latía lentamente y con fuerza, como si quisiera detenerse y morir dentro de mi pecho, convertido en una hoguera. Cuando cogía tu mano, palidecía y temblaba. La pureza de tu alma me sumía en gran embarazo. ¡Oh! ¡No puedo contártelo todo, todo lo que se amontonó en mí!... ¡Y tendría tanto placer en hacerlo! ¿Sabes que tu ternura y tu compasión me han sido algunas veces muy dolorosas? Cuando me diste aquel beso (el único en tu vida—y su recuerdo es para mí una eternidad—) una nube pasó por mis ojos y sentía que mi alma se fundía. ¡Por qué no caía tus pies en aquel instante? Te tuteaba por la primera vez, aun cuando me lo permitiste hace tiempo. ¿Comprendes lo que quiero decir? ¡Quiero decírtelo todo! Te diré que me has amado mucho, como una hermana ama á su hermano, como á tu propia creación, pues habías resucitado mi corazón, despertado mi espíritu, y derramado

en todo mi ser un bálsamo de esperanza... Pero entonces no me atrevía á hablarte así. No te llamé mi hermana, porque hasta hoy no fui tu hermano. No éramos iguales. ¡Te has equivocado por mi cuenta!

»¡Ya lo ves, aun en este momento, en este terrible momento, sólo te hablo de mí, aun cuando sé que piensas en mí y que te atormentas por mí! ¡Oh! ¡No te inquietes, adorable amiga! ¡Si supieras cuánto he descendido á mis propios ojos!

»¡Y cuánto ruido ha hecho el descubrimiento de todo esto! ¡Te rechazarán por mi causa, te despreciarán, se reirán de tí, pues yo soy bajo á los ojos del mundo! ¡Qué culpable me siento por ser indigno de tí! ¡Si al menos hubiese demostrado algún valor, si me hubiese hecho estimar, te hubieran perdonado! Pero soy bajo, nulo, ridículo, y después del ridículo no hay nada más. ¿Y por qué tanto escándalo? Empezaron á gritar y perdí la serenidad. ¡He sido siempre tan débil! ¿Sabes tú mi situación en este momento? Me burlo de mí mismo, creo que dicen la verdad, que soy ridículo, y me odio. ¡Sí, odio mi rostro, mi ser entero, mis hábitos, mis vulgares modales... y siempre los he odiado! ¡Oh! Perdona mi grosera desesperación y ten en cuenta que tú me has enseñado á ser sincero. ¡Yo te he perdido! He atraído sobre tu cabeza la animosidad y la chacota del mundo por el sólo hecho de ser indigno de tí. Y este pensamien-

to me tortura; este pensamiento hiere, desgarrar y lacerar mi corazón. ¡Tú no has amado—creo—al hombre que había realmente en mí, te has equivocado! Sufro por esto. ¡Y esto me perseguirá hasta la muerte, y me llevará a la locura!

»¡Adiós, pues, adiós! Hoy que todo se ha descubierto, hoy que todo el mundo hace oír sus clamores y sus cambalages (que he oído), hoy que he descendido á mis propios ojos, avergonzado de mí, avergonzado por que me elegiste, hoy que estoy maldito, se impone mi huida, para tu descanso, para tu tranquilidad... ¡Se impone y no me verás ya nunca! Es preciso. Yo era demasiado dichoso; mi destino se ha desvanecido; pero repara su error arrebatándome lo que me había dado. Nos unimos al comprendernos, y hoy comprendiéndonos, nos separamos... ¿Nos encontraremos alguna vez? ¿Dónde y cuándo? ¡Oh, di... *mía!*... ¿dónde nos encontraremos? ¿Dónde te veré? ¿Y cómo te reconoceré? ¿Me reconocerás tú, acaso? Toda mi alma está llena de tí. ¡Oh! ¿Por qué... por qué tamaño infortunio sobre nosotros? ¿Por qué esta separación? ¡Explicámelos; yo no lo comprendo, no lo comprenderé jamás, no quiero comprenderlo! ¿Crees tú que puedo hacerme una vida de dos existencias, arrancarse el corazón sin morir?... ¡Oh! ¡Cuándo pienso que no te he de ver jamás, jamás jamás!...

»¡Dios mío! ¡Y qué coléricas voces ha la-

zado el mundo! ¡Qué miedo siento ahora por tí!... He visto á tu marido. Somos indignos de él, aun no siendo culpables. Lo sabe todo, hace mucho tiempo. Se ha puesto heroicamente á tu lado; él te salvará, él te defenderá contra los prejuicios y los anatemas del público. Te ama, aprecia tus sentimientos, será tu paladín... ¡en tanto que yo huyo!

»Me precipité sobre él; quise besarle la mano... Me ha aconsejado que parta enseñada. Es cosa decidida. Se asegura que ha tenido algunos rozamientos por tu causa.

»Todo el mundo le critica. Le echan en cara su debilidad y aun su connivencia. ¡Dios mío! ¿Qué dirán todavía? Ellos ignoran, no pueden saber, son *incapaces de comprender*. Perdónales, perdónales, santa mía, como les perdono yo. ¡Me han ofendido más que á tí!

»No sé lo que te escribo. ¿De qué te hablé ayer, después de nuestro postrer adiós? Lo he olvidado todo. Estaba fuera de mí. Tú, llorabas... ¡Perdóname estas lágrimas... soy tan débil, tan cobarde!...

»Quería decirte algo todavía... ¡Oh! ¡Mojar una vez más tus manos con mi llanto, como mojó esta carta! ¡Arrojarme una vez más á tus pies!... ¡Si ellos supiesen cuán puro era tu sentimiento! Pero son ciegos.

»Su corazón es orgulloso y altanero.

»No verían ni comprenderían.

»No te creerían inocente, aun cuando to-

do lo que vive en la tierra jurase que no eres culpable. Y además, ¿es cuestión esta al alcance de su inteligencia? Pero... ¿quién osará tirarte la primera piedra? ¡Oh! ¡Eso no les embarazará mucho, pues ya saben la manera de reunir muchas piedras para arrojarlas en montón! ¡Si pudiéramos decirlo todo, sin ocultar nada, para que viesan, para que comprendiesen, y para que se convenciesen de nuestra sinceridad!

»¡Pero no... no son tan malos!... ¡En este momento estoy desesperado y quizá los calumnio! ¡Te asusto con mis terrores! ¡Nada temas, *mia*! ¡Te comprenderán! ¡Te han comprendido ya... tu marido... espera!

»¡Adiós... adiós! ¡No te doy las gracias! ¡Adiós para siempre!

S. O.»

Quedé aturdida sin comprender lo que pasaba en mí. Un terror me abrumaba. La realidad venía á sorprenderme como un rayo en medio de la soñadora existencia que llevaba hacía tres años. El misterio que tenía entre las manos me encadenaba para toda la vida. ¿Cómo? No me puedo explicar todavía; pero sentía que una nueva existencia empezaba para mí. Desde aquel día entré en un mundo que las personas que me rodeaban me habían disimulado, ocultado cuidadosamente... ¿Qué disturbio iba yo á llevar en la vida de mis bienhechores, yo, extraña, á quien nadie pedía nada? ¿Adónde

me llevaría la casualidad que me había entregado aquel secreto? ¿Qué sabía yo? Quizá mi nuevo papel iba á ser tan insoportable para mí como para ellas. Me era imposible callar y guardar para siempre en mi corazón lo que acababa de descubrir.

Trascurrieron varios días. Uno de ellos Alejandra Mikailowna me envió al despacho para preguntar á Peters si quería tomar el té con nosotros.

En la habitación no había nadie. Ocurrióme mirar un retrato de Peters Alejandrowitch colgado en la pared, en el cual no llevaba anteojos. No sé qué expresión de falsedad é hipocresía ví en aquellos ojos. Un pequeño frotamiento sentí detrás de mí. Volví la cabeza y halléme con Peters, que me miraba atentamente. Me pareció que enrojecía. Mi cara ruborizóse también.

—¿Qué hace usted aquí?—me preguntó severamente.—¿Por qué está usted aquí?

No supe qué responder. Reponiéndome un tanto le transmití penosamente el recado de su mujer. No recuerdo lo que me respondió, ni cómo salí del despacho. Pero cuando llegué al lado de Alejandra Mikailowna, dije, al tum-tum, que iba á venir.

—¿Pero qué tienes, Netotchka? ¡Estás encarnada! ¿Qué tienes?

—No sé... he venido corriendo—respondí.

—¿Pero que has dicho á Peters?—insistió con visible embarazo.

Guardé silencio.

En este momento se oyeron los pasos de Peters Alejandrovitch y yo me retiré precipitadamente.

Yo no podía comprender lo que experimentaba. Lágrimas de despecho llenaban á cada momento mis ojos. Conocía que odiaba al marido de Alejandra Mikailowna, pero al mismo tiempo desesperaba de mí misma. Esta perpetua agitación me ponía seriamente enferma. No era ya dueña de mí misma. Alejandra Mikailowna pasó un gran rato cuidándome como á su propia hija.

Pero sus cuidados me entristecían, sus caricias me eran penosas; bien pronto la supliqué que me dejase sola. Salió muy sorprendida. Por fin mi disgusto se disipó después de haber derramado un torrente de lágrimas. Por la noche me hallaba mejor.

Y me hallaba mejor porque había tomado la resolución de ir en busca de Alejandra, de arrojarme á sus pies, de devolverle la carta y de confesárselo todo: mis torturas, mis dudas. Comprendía su pena; pero mi corazón se hinchaba de indignación al pensamiento de que ella pudiese enrojecer en mi presencia... ¡Pobre *mía*! ¿Serás acaso una pecadora?

He aquí lo que quería decirle llorando á sus pies. Una inmensa necesidad de justicia me poseía y una especie de delirio guiaba mis resoluciones.

Una casualidad impidió esta explicación.

Cuando me dirigía á las habitaciones de Alejandra Mikailowna, encontré á Peters Alejandrovitch, que pasó por delante de mí sin fijarse. Me detuve, como enclavada en el suelo. Era el último que hubiese creído en contrar en semejante momento. Iba á retirarme, pero la casualidad me retuvo. Detúvose un momento delante del espejo, se alisó los cabellos, con gran asombro mío, y le sentí tararear una canción.

Parecióme que cambiaba de fisonomía; cuando menos yo le había visto una sonrisa en el momento en que se acercó al espejo. No le conocía aquella sonrisa, pues nunca rió delante de su mujer.

Cuandole oí canturrear—¡élcantar!—quedé estupefacta, herida como si un clavo me hubiese traspasado el corazón. Mis nervios se encogieron y estallé en tal risotada que el dasgraciado cantor lanzó un grito, retrocedió vivamente, y pálido, semejante á un criminal cogido en flagrante delito, miróme con aire extraviado y lleno de cólera. Aquella mirada me hizo perder la cabeza y continué riendo nerviosamente. Pasé por delante de él del mismo modo y entré tranquilamente en la habitación de su mujer. El se quedó detrás del portier, vacilante. Parecíame que no entraría y no entró, en efecto.

Al verme, Alejandra Mikailowna me miró luengamente con aire de profunda estupefacción y me preguntó qué me había pasado. No supe qué responderle. Comprendió por

fin que yo no estaba buena y me examinó con inquietud.

Yo tomé sus manos y las cubrí de besos. Comprendí en este momento cuánto mal le hubieran hecho mis explicaciones dichosamente detenidas por mi encuentro con su marido.

Peters Alejandrowitch entró entonces. Le miré. Estaba grave y taciturno como siempre y afectaba no recordar lo que había pasado. Pero en su palidez y en un ligero estremecimiento de sus labios, reconocí que hacía grandes esfuerzos para disimular su turbación.

Saludó á su mujer en silencio y con aire frío, y se sentó. Cuando alargó la mano para coger su taza de té, ví que aquella mano temblaba. Esperé una explosión.

Se me ocurrió la idea de salir, pero no pude decidirme, notando la palidez y el espanto de Alejandra Mikailowna. Esta esperaba, sin duda, algo anormal y terrible. En fin, la tempestad que yo presentía, estalló.

En medio de un profundo silencio, mis ojos, por casualidad, encontraron las gafas de Peters Alejandrowitch fijas en mí. Extremecíme y bajé la cabeza. Alejandra Mikailowna notó mi malestar.

—¿Qué tiene usted? ¿Por qué enrojece usted?—dijo Peters con un tono brutal y seco.

Guardé silencio; mi corazón latía tan violentamente que no pude pronunciar una palabra.

—¿Por qué ha enrojecido? ¿Por qué se ruboriza á cada momento?—continuó dirigiéndose á su mujer y designándome con una mirada insolente.

La indignación me anudó la garganta. Dirigí una súplica á Alejandra, y sus pálidas mejillas se inflamaron.

—Vete á tu cuarto, Ana—dijo con voz firme.—Dentro de un rato iré á reunirme contigo y pasaremos la velada juntas.

—Yo pregunto: ¿me ha comprendido usted?—continuó Peters como si no hubiese oído á su mujer.—Pregunto por qué se ruboriza usted cada vez que me encuentra. Responda usted.

—Porque la obliga usted á ello, y á mí también...—dijo Alejandra con voz entrecortada por la emoción.

Miré con sorpresa á Alejandra Mikailowna. No pude comprender su vivacidad.

—¿Yo hago enrojecer á usted? ¿Soy yo?...—exclamó Peters Alejandrowitch recalcando la frase.—¡Yo! ¿Por mi causa se ruboriza usted? ¿Acaso puedo yo hacerla ruborizar á usted! ¿Lo ha pensado usted bien?

¡Cuán claras eran aquellas frases para mí! Habíalas acompañado con una sonrisa tan irónica y dicho con tan rudo tono, que lancé un grito y me precipité hacia Alejandra Mikailowna.

La sorpresa, la estupefacción, el reproche se pintaron sucesivamente en el rostro mortalmente pálido de la pobre mujer.

Miré á Peters Alejandrowitch uniendo mis manos en actitud de súplica. Pareció comprender que había ido demasiado lejos. Pero la rabia que le había dictado aquellas palabras parecía no haber desaparecido aún. Sin embargo, mi silenciosa súplica lo dejó confuso.

Mi gesto le decía claramente que yo no ignoraba el sentido de sus palabras.

—¡Ana, déjenos usted solos!—dijo Alejandra con voz débil pero segura.—Tengo precisión de estar sola con Peters.

Parecía tranquila, pero á mí me inspiraba más cuidado aquella aparente calma que una violenta agitación. Hice como que no comprendía y me quedé allí.

Esforzéme en leer sobre la fisonomía de la pobre mujer lo que pasaba en su interior.

—¡Vea usted su obra, señorita!—dijo cogiéndome las manos y designándome á su mujer.

Salí profundamente emocionado y estuve un día sin ver á Alejandra, la cual parecía tratarme con bastante frialdad.

Por la tarde, aprovechando un momento de sosiego, entré en la biblioteca y me puse á elegir en los armarios un libro cualquiera para leer á Alejandra Mikailowna.

Llevada por una invencible obsesión, volví á cojer la carta fatal, y depositándola sobre el libro dejé volar mi fantasía á su arbitrio. De repente me estremecí de es-

panto. Sentí detrás de mí la voz tan conocida y una mano se apoderó de la carta, que pude cojer á tiempo nuevamente.

Un temor inmenso me asaltó de pronto. Comprendí que aquel hombre trataría de apoderarse á viva fuerza de aquella carta, y desvanecida, sin saber lo que hacía, corrí á las habitaciones de Alejandra.

Peters, mortalmente pálido, entró detrás de mí. Hubo un silencio de algunos instantes.

—¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado?—preguntó por fin la pobre mujer.

—Yo me precepité en sus brazos.

—¡Anal Dime lo que ha ocurrido—dijo Alejandra espantada.

—No, permítame usted primero—dijo Peters Alejandrowitch, apartándome de los brazos de Alejandra y conduciéndome en medio de la sala.—Póngase usted ahí. Quiero que la que le ha servido de madre la juzgue á usted.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa?—exclamó Alejandra mirándonos alternativamente á su marido y á mí.

En una palabra, usted va á juzgar conmigo. Tiene usted entre otras ideas absurdas, no sé por qué, ésta también; ayer aún, por ejemplo, pensaba usted y decía... Pero, no sé como explicarme, pues me avergüenzan sus suposiciones. Quiero, pues, decir delante de ella que usted...

—¡Oh! ¡usted no dirá eso... no, no lo

dirá usted!—exclamó Alejandra en el colmo de la inquietud y roja de vergüenza.— ¡Perdóneme usted todavía una vez... estoy enferma! ¡Sí... debe usted perdonarme! Anita... vete. ¡Bromea solamente!

—En una palabra, usted tenía celos de ella por mi causa—concluyó Peters Alejandrovitch arrojando sin piedad estas palabras sobre aquel pobre corazón.

Alejandra lanzó un grito.

—¡Dios perdone á usted!—balbuceó.— Perdóname en su nombre, Ana, perdónanos. Yo soy la culpable; pero estoy muy mala.

—¡Pero esta es la tiranía más vergonzosa, más vil y más innoble que se ha conocido!—exclamé fuera de mí comprendiendo su fin porque trataba de humiliarme de aquella manera ante los ojos de su mujer.—¡Usted olvida, caballero!...

—¡Ana!—imploró Alejandra espantada reteniéndome por las manos.

—¡Comedia, comedia y nada más!—dijo Peters yendo hacia nosotros con inexplicable agitación.— Excúseme usted mi manera franca y brutal de explicarme... ¿está usted segura, Alejandra, de la buena conducta de esta señorita?

—¡Dios mío! ¿Qué tiene usted? ¡Peters!... ¡qué es eso!

—Digo que si tiene usted noticias sobre la conducta de esta señorita, porque...

No le dejé terminar. Le cogí por la mano y le llevé aparte.

—Ni una palabra de la carta—le dije rápidamente, en voz baja.—La mataría usted instantáneamente. Los reproches que usted me hiciera irían á herirla á ella. Ella no puede juzgarme, porque lo sé *todo*...

Miróme fijamente, con ardiente curiosidad, y pareció confuso. La sangre se agolpó á sus mejillas.

—¡Lo sé *todo*!—repetí.

Vacilaba todavía; una pregunta pendía de sus labios, pero le tomé la delantera.

—Voy á contar lo que ha pasado—díjole á Alejandra que nos observaba con creciente inquietud.—Soy culpable, en efecto. Hace cuatro años que os estoy engañando. Recogí la llave de la biblioteca y desde entonces leo sin que supiérais nada. El señor Peters me ha sorprendido leyendo un libro que no debía ser leído por mí. Por exceso de celo, ha exagerado el peligro... No me defiendo; he delinquido. La tentación era fuerte y temía confesar...

—¡Oh! ¡Qué bien... perjeñado!—díjome Peters en voz baja.

Alejandra Mikailowna me oyó con profunda atención. Su rostro expresaba una evidente duda. Quedóseme mirando fijamente.

—Netotchka, hija mía—dijo por fin,—sé que eres incapaz de mentir. ¿Es todo eso, todo?

—¡Todo!—respondí.

—¿Es eso?—preguntó á su marido.

—¡Sí... todo...—dijo él con esfuerzo soberano—todo eso!

Respiré libremente.

—¿Palabra de honor, Ana?—insistió Alejandra.

—Palabra—contestéla sin vacilar. Pero Peters no pudo evitarse un acceso de risa nerviosa y la pobre Alejandra Mikailowna no pudo impedir tampoco que una pena inmensa se pintase en su rostro.

—¡Vamos!—dijo tristemente, — ¡quiero creerlos! ¡Es preciso que os crea!

—¡Y creo que tales testimonios son suficientes ya!—respondió Peters.

Alejandra no respondió. La escena era más penosa cada vez.

—No puedo penetrar lo que hay entre vosotros—dijo por fin,—perosi *sólo es eso*—añadió esforzándose en darle relieve á la frase,—si *sólo es eso*, no sé por qué hemos de afectarnos de tal modo. ¿Juzgarla? ¡Dios me libre! Conozco á mi hija adoptiva; su corazón es puro y noble; yo sé que en esta cabecita tan linda—y me acariciaba como una madre—hay un cerebro sano y de sano criterio... ¡Vamos, amigos míos; hay otra cosa que me ocultáis en el fondo de vuestra tristeza! Mi pobre inteligencia enferma puede sospechar mil cosas... pero vosotros debéis disipar mis dudas.

Peters se detuvo un momento indeciso, pero de repente:

—¡Atrás, atrás!—gritó arrancándome de

los brazos de Alejandra.—¡No permito que se acerque usted á mi mujer! Pero... ¿quién me hará callar cuando es necesario que hable?—añadió pateando de coraje.—¡Ignoro, señorita—dirigiéndose á mí—lo que usted puede saber, de lo que usted hablaba en son de amenaza, de lo que no quiero saber...

—¡Silencio!—dije arrojándome á sus pies. ¡Por el cielo, silencio.

—Diré...

—¡En nombre de Dios, ni una palabra!

—¡Ni aun así! Lo que tenía esta señorita en las manos... no era un libro más ó menos peligroso... era una carta amorosa.

—¡Eso no puede ser!—balbuceó Alejandra.

—¡La he visto, señora! ¡Mírela usted la cara!

—¡Netotchka!...—gritó abalanzándose á mí.—¡Pero no hablo... no hablo! ¡Dios mío... Dios mío! ¡Yo sé lo que es eso... yo lo sé!

Y se deshacía en llanto.

Y Peters Alejandrowitch:

—¡Responda usted!.. ¿No la he sorprendido á usted con una carta entre las manos?

—¡Sí!...—respondí sofocada por la emoción.

—¿Carta de su novio?

—Sí.

—¿Con el cual tiene usted relaciones?

—¡Sí, sí, sí!—respondí perdida definitivamente y dispuesta á condenarme á cualquier precio.

—¿Lo ves, alma crédula?—dijo tomando una mano á su esposa; y luego dirigiéndose á mí:—La situación es clara; desde mañana, señorita, dejará usted de vivir en mi casa.

—¡Basta!—exclamó Alejandra Mikailowna, levantándose.—¡No creo una palabra de todo eso! A quien he de juzgar es á usted... Anita, dame tu mano. Todos somos culpables... ¿quién de nosotros puede rechazar á un culpable? Dame tu mano, querida hija; valgo menos que tú... soy menos virtuosa. Tu presencia no puede ofenderme; yo también... soy una pecadora...

—Señora—gritó Peters asombrado y furioso.—vuelva usted en sí... usted olvida...

—No olvido nada. No me interrumpa usted, déjeme usted hablar. Usted la ha sorprendido con una carta en las manos, la ha leído usted... ¿Sabe usted algo más para juzgar?

—¿Y qué quiere usted que sepa más? ¿No es bastante esto? ¡Se me acaba la paciencia! La cosa es clara, sin embargo...

—No tan clara... porque la cólera y el orgullo la ciegan á usted. Usted no sabe de lo que hablo ni lo que defiende. No es el vicio. No; yo no defiende el vicio y me apresuro á manifestarlo, si esto puede serle agradable. Si fuese esposa y madre y hubiese olvidado sus deberes, estaríamos conformes... Ya ve usted como no he perdido la cabeza. No; usted ha ofendido un alma vir-

ginal con sus groseras sospechas, y eso es inhumano... Sí; es inhumano y cruel, y yo no le reconozco á usted en este momento y jamás le perdonaré...

—Basta, señora...—gritó Peters en el paroxismo del furor.—Sí; ya sé que hay pasiones platónicas, y lo sé por mi desgracia, señora. Unicamente he de decirle que esta niña saldrá de mi casa... y le recuerdo á usted que ya hace tiempo que tampoco debiera usted estar en ella.

Miré á Alejandra. Desfallecía agarrada á mí.

—¡Por favor!—grité arrojándome á las plantas de Peters.—¡Ni una palabra más!

Entonces Alejandra lo comprendió todo. Un grito débil exhaló de su pecho, y la desventurada cayó inerte sobre el respaldo.

—¡Acabó el drama!—dije yo.—¡La ha matado usted!

El médico llegó á tiempo para comprobar la defunción.

Yo entregué á Peters la carta base de tantas amarguras.

—¿Qué es esto?—murmuró estupefacto.

—Hace tres años encontré esta carta dentro de un libro. Creí que estaba allí olvidada, leíla y lo supe todo. Después la guardé no sabiendo á quién entregarla. ¿A ella? No podía. ¿A usted? ¿Pero estaba usted al cabo de esta triste historia?... ¿Por qué disimulaba usted? No lo sé... es un secreto para mí. Yo no puedo penetrar en su alma oscura.

Quizá quería usted tener un instrumento de tortura en sus manos. ¿Con qué objeto, con el de triunfar? Ya lo ha conseguido usted. Sus últimas sospechas, esa idea fija de un espíritu que se extingue, era la suprema queja de un corazón lacerado por el juicio único de un mundo con el cual se había usted ligado contra ella. ¡Usted, hombre orgulloso, egoísta, malo! Adiós; ni una palabra más. Pero tenga usted cuidado... lo sé *todo*... ¡no olvide usted que lo he presenciado todo!

.

Dos años después, gracias á un incesante trabajo y á la protección del príncipe de X... pude entrar en el gran teatro de la ópera de San Petersburgo, donde obtuve los éxitos más lisonjeros.

No volví á ver á Katia. Seis meses después de los terribles acontecimientos que acabo de contar, casó con el secretario de una embajada y vivió constantemente en el extranjero.

FIN.

COLECCIÓN REGENTE

TOMOS PUBLICADOS Á 50 CENTS. VOLUMEN

DE CARNE Y HUESO, por Eduardo Zamacois.
LA CONFESION DE CAROLINA, por Arsenio Houssaye.
PRIMER AMOR, por Ivan Tourgueneff.
LA QUERIDA HEBREA, por F. Champsaur.
UNA NOCHE DE CLEOPATRA, por Teófilo Gautier.
LA QUERIDA FALSA, por Honorato de Balzac.
BOHEMIA SENTIMENTAL, por Enrique Gómez Carrillo.
LA BELLA JULIA, por Arsenio Houssaye.
INCESTO, por Eduardo Zamacois.
UN CORAZON SENCILLO, por Gustavo Flaubert.
MARGARITA, por Arsenio Houssaye.
MAGDALENA FERAT, por Emilio Zola (2 tomos).
LA NOVELA DE TODAS LAS MUJERES, por Murger.
PUNTO-NEGRO, por Eduardo Zamacois (2 tomos).
LAS HIJAS DEL FUEGO, por Gerardo de Nerval.
FELICIDAD, por Emilio Zola.
MAGDALENA, por Julio Sandeau.
DOS MUJERES, por Adolfo Belot.
L'ASSOMMOIR (LA TABERNA), Emilio Zola (3 tomos).
NANA, por Emilio Zola (3 tomos).
LOS AMORES DE OLIVERIO, por Enrique Murger.
CRUELDADES DEL AMOR, Mme. Juid Gautier.
LOS AMORES DE CLOTILDE, por A. Palacio Valdés.
DOÑA SIRENA, por Enrique Murger.
LA CORTE DE NERON (QUO VADIS), por Enrique Siem-
kiewicz (2 tomos).
LA VIUDA, por Octavio Feuillet.
EL PADRE GORIOT, por H. de Balzac (2 tomos).
UN LANCE DE AMOR, por Alejandro Dumas.
ALMA DE NIÑA, por H. Dostoiéwsky.

LOS PRECOCES

F. Dostoyeuski

Los Precoces

Traducción de "La Vida Literaria"



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

«LA VIDA LITERARIA»

Guarner, Taberner y C.^{as}—Editores

224, Rosellón, 224

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Los Precoces

Estamos en noviembre. Hace mucho frío. Está helando. Anoche ha caído sobre la tierra helada, un poco de nieve. El viento la arrastra hasta las calles fastidiosas de nuestra ciudad, sobre todo hacia la plaza del mercado. El amanecer es brumoso, pero la nieve ha cesado.

Cerca de la plaza hay una casita muy limpia que pertenece á la viuda del funcionario Krazotkin.

Krazotkin había sido secretario general. Murió hace muchos años, unos catorce. Pero su viuda se conserva todavía bien, tiene treinta años y vive de sus rentas en su casita que es muy mona.

Es honrada y discreta. Su caracter es dulce y jovial. Tenía diez y ocho años, cuando murió su marido; vivió con él un año, el tiempo justo para dar á luz un niño. Desde enton es, se ha consagrado á la educación de su pequeño Kolia. Ha vivido para él, entre temores é inquietudes; temiendo una enfermedad ó cualquier diablura, hija de los pocos años.

Cuando comenzó á ir á la escuela, y más tarde al colegio, su madre quiso aprender también todas las ciencias para ayudarle y juntos repetían las lecciones.

Hizo amistad con los profesores, visitaba á las mujeres de estos, acariciaba á los camaradas de su hijo, hacía mil halagos para que fuesen buenos y no castigaran á su pequeño Kolia.

Pero lo que produjo esto, fué que los amigos se le burlaran, fastidiándole á menudo, diciéndole que estaba bien, bajo las faldas de su madre.

Pero Kolia, afortunadamente, se supo hacer respetar. Tenía una gran serenidad y era «terriblemente fuerte». Además, también se impuso por su carácter audaz y emprendedor, lleno de entereza.

Era buen alumno; decíase que en Matemáticas y en Historia, podía enseñar al mismo profesor Dardanelov. A pesar de esto y de su mirar altivo, era bueno y no tenía orgullo. La amistad y consideración de sus amigos, la aceptaba como algo que se le debía, pero aparecía siempre cariñoso y muy prudente. Sabía contenerse y no pasar jamás de ciertos límites, en sus relaciones con los superiores.

Sin embargo, no perdía ocasión de hacer diabluras, como cualquier golfillo, para probar así, su gracia y su valor.

Tenía mucho amor propio, y se había impuesto á su madre dominándola hasta el despotismo. La pobre mujer, hacía tiempo que se resignaba, pero no podía hacerse á la idea de que su hijo, la amara poco. Figurábase que Kolia era insensible, que no tenía ternuras para ella y siempre se lo reprochaba.

A Kolia no le gustaba esto, y mientras más

pruebas de cariño le pedían, más parecía obstinarse en no darlas.

Hemos de confesar que esto lo hacía involuntariamente. Así era su naturaleza.

Kolia quería mucho á su madre, pero no podía sufrir «las sensiblerías», como decía él en su lengua de colegial.

El padre de Kolia había dejado una pequeña biblioteca con unos cuantos volúmenes. Kolia amaba mucho la lectura y ya había leído la mayor parte de estos libros. Su madre no se inquietaba por ello, contentábase con la sorpresa que la causaba ver que su hijo pasase las horas enteras con un libro en vez de ir á jugar.

Por esto Kolia había leído á su edad, cosas que debía de ignorar. También en los últimos tiempos, había hecho algunas escapadas, que si bien contenidas en ciertos límites, habían asustado á su madre. En ello no había nada de inmoral, pero sí de mucha audacia.

En el verano último, aprovechando las vacaciones, madre é hijo habían hecho un viaje á otro distrito para pasar ocho días en casa de una parienta cuyo marido estaba empleado en la estación del ferrocarril.

Kolia examinó minuciosamente la vía férrea y estudió los lados técnicos para hacer valer luego sus conocimientos entre los compañeros de colegio. Trabajó amistad con los muchachos de allí. Unos habitaban en la estación misma, los demás en la vecindad. Todos tenían de doce á quince años y dos de ellos eran de la ciudad.

Los muchachos jugaban juntos. Al tercero ó cuarto día de la llegada de Kolia á la estación, se cruzó entre ellos una apuesta de dos rublos, muy estúpida. Kolia que era el más joven y

que por esto le despreciaban un poco, propuso acostarse de noche entre los rails y quedarse inmóvil y esperar hasta que el tren hubiera pasado. Se hicieron pruebas que demostraron que uno podía tenderse entre los rieles sin que el tren lo tocara al pasar.

¡Pero había que atreverse! Kolia afirmaba obstinadamente que él lo hacía. Se le burlaron, le trataron de mentiroso y de fanfarrón con objeto de excitarle más. Lo que á Kolia le dolía, era que jóvenes de quince años se mostraran orgullosos con él, y no quisieran considerarle como compañero por ser demasiado joven.

Decidieron que á la tarde se alejarían una versta para dar tiempo á que el tren, saliendo de la estación, tomara carrera.

Los muchachos se citaron. La noche estaba muy oscura. Cuando llegó la hora, Kolia se acostó entre los rails. Los demás, con el corazón lleno de miedo y de remordimientos, bajaron de la vía y se situaron al pie de la rampa, entre los arbustos. Se oyó el ruido del tren, que avanzaba, las dos linternas rojas brillaban en la obscuridad, el monstruo se acercaba con ruido formidable.

—¡Sálvate! ¡sálvate! — gritaron á Kolia los muchachos muertos de miedo.

Era tarde; el tren llegó y pasó como un relámpago. Los muchachos se precipitaron hacia Kolia que seguía inmóvil, y comenzaron á sacudirle y á levantarlo. De pronto, se levantó él mismo y bajó la rampa.

Les dijo que había fingido desmayarse, para asustarles, pero no era verdad. El mismo lo confesó á su madre, mucho tiempo después, que había perdido el conocimiento.

Y así fué como Kolia adquirió para siempre,

fama de atrevido. Entró en su casa muy pálido. Al siguiente día, tuvo fiebre, una fiebre nerviosa, pero tenía su espíritu libre y contento. No se conoció la hazaña, hasta su vuelta á la ciudad; entonces se extendió por toda la villa, llegando á oídos de las autoridades escolares. Su madre hubo de suplicar á los maestros y gracias á la influencia del profesor Dardanelov, se olvidó este suceso.

Dardanelov estaba soltero, era todavía joven y hacía tiempo que se había enamorado de la señora Krazotkin.

Hacia un año, que, temblando de miedo, se atrevió á pedirle la mano, pero fué rechazado. Creía la señora Krazotkin que aceptando, hacía traición á su hijo.

Sin embargo, Dardanelov, comprendió bien que no era desagradable á la virtuosa y encantadora viudita.

La loca hazaña de Kolia pareció romper esta frialdad. Se hicieron alusiones á las esperanzas de Dardanelov, alusiones que en verdad, no tenían importancia, pero que bastaron para que este, que era sumamente delicado, se creyera feliz.

Amaba mucho á Kolia; pero consideraba que era algo feo mostrarse cariñoso con él y su actitud, fué siempre severa y exigente.

Kolia se mantenía también á cierta distancia. Preparaba bien sus lecciones con su profesor, y todos sus compañeros creían firmemente que en Historia, le igualaba.

Un día, Kolia, le propuso esta cuestión: «¿Cual fué el fundador de Troya?»

Dardanelov respondió vagamente, hablando de pueblos antiguos, de sus emigraciones, del alejamiento de aquellos tiempos, de la Mitología, pero no dijo exactamente que personaje

había fundado la ciudad, encontrando la cuestión ociosa. Los alumnos se convencieron de que Dardanelov no sabía quien había fundado á Troya. Kolia había leído los orígenes de su fundación en la Historia de Smaragdov, encontrada en la biblioteca de su padre.

Todos quisieron saber quien había fundado á Troya, pero Kolia no quería decir su secreto y su reputación de profundo erudito, quedó afirmada.

II

Después de la hazaña del ferrocarril, las relaciones entre Kolia y su madre, cambiaron.

Ana Fedorovna Krazotkin estuvo como loca del susto. Durante varios días fueron tan fuertes sus crisis, que, Kolia le dió palabra de honor de no volver á hacerlo jamás. Se lo juró de rodillas, ante las imágenes y por la memoria de su padre, como le exigió su madre. Kolia, tan «viril» lloró como un niño y durante todo el día madre é hijo no hicieron más que abrazarse y llorar.

Al siguiente día, Kolia, se despertó «insensible» como era antes; de esta escena no le quedó más que un aire humilde, un poco de ternura, algo de soñador, lo que no impidió que seis semanas más tarde, hiciera otra escapada, teniendo que conocer á nuestro juez de paz. Esta aventura era de otro género, algo ridícula, lo que prueba que no fué él el autor principal, sino simple actor.

La señora Krazotkin, vivía siempre inquieta.

La esperanza de Dardanelov, crecía con esta inquietud.

Kolia lo comprendía y aborrecía á Dardanelov. Llegó á manifestar este desprecio delante de su madre, diciendo que comprendía bien lo que deseaba Dardanelov.

La aventura del ferrocarril, hizo cambiar su actitud; no se atrevió ya á hacer alusiones; hablaba de Dardanelov con cierto respeto. Ana Fedorovna notó pronto este cambio y se lo agradeció profundamente. Lo que no impidió que cuando delante de Kolia se la hacía alguna alusión, se sonrojase como una rosa. Kolia contentábase con fruncir las cejas, mirando por la ventana ó fingiendo mirar sus botas, ó llamaba á Pérezvon, un perro sucio y feo, llegado no sé de donde y que guardaba misteriosamente en su cuarto, ocultándolo á los ojos de sus compañeros.

Quería mucho á este perro, le había enseñado á fuerza de castigos, toda clase de moneñas. También el perro le quería, aullaba si su amo se ausentaba y al volverle á ver mostraba su regocijo, poniéndose de pie, ó haciendo el muerto. Nada de esto se le pedía, pero ello probaba su afecto, la exaltación de su corazón.

III

La mañana en que comienza esta historia, Kolia Krazotkin estaba en su casa. Era domingo y no había clases. Las once acababan de dar. Tenía que salir para un negocio importante, pero le habían dejado solo y no podía. En la misma casa, en un departamento compues-

to de dos habitaciones, vivía la mujer de un médico y sus dos niños. Esta señora era de la misma edad que Ana Fédorovna; las dos eran muy amigas. Su marido, el médico, hacía un año que estaba ausente; primero fué á Orenbourg, después á Tachkent y hacía seis meses que no sabían nada de él. La señora Krazotkin la consolaba; sin esta amistad, hubiera muerto de dolor.

Kolia se encontró que en este día, para colmo de desgracia, Katia, la única criada de la inquilina, había tenido la ocurrencia de dar á luz un niño, y como era muy buena, su señora la había llevado á casa de una comadrona y allá pasaba el día acompañándola.

Habían necesitado el auxilio de la señora Krazotkin por si podía obtener en esta ocasión la protección de algún personaje, probando así, sus buenas relaciones.

Agafia, la criada de la Krazotkin, estaba en el reservado, y he aquí como Kolia se encontró con que tenía que cuidar él, los niños del médico.

Kolia no temía estar solo para guardar la casa. ¿No estaba allí Pérezvon, al que había mandado acostar, inmóvil á la entrada? Y el buen perro, permanecía allí, atreviéndose sólo á mover el rabo cuando su amo pasaba de un cuarto á otro, pareciendo implorar con los ojos un silbido que lo libertara.

Kolia miraba á Pérezvon con ojos severos y el perro obedecía, rígido en su inmovilidad.

Kolia se inquietaba sólo por los muchachos. Consideraba con profundo desprecio el accidente que le sucedía á Katerina; pero amaba á los niños abandonados y les había traído ya un libro de estampas. La muchachita, Vastia, era la mayor, tenía ocho años y sabía leer.

Kostia, el varoncito, tenía siete y le gustaba mucho oír leer á su hermana.

Krazotkin hubiera podido divertirse con juegos verdaderamente infantiles; alinearlos como soldados, ó jugar al escondite. Más de una vez lo había hecho ya, y en la escuela le decían que jugaba á los caballos con sus inquilinos. Volviendo la cabeza como un verdadero caballo Krazotkin se defendía de esta acusación, observando que en nuestro siglo, sería verdaderamente vergonzoso jugar á caballos con camaradas de 13 años, pero que él lo hacía con niños, por que los amaba y nadie tenía el derecho de pedirle cuentas de sus sentimientos.

Los muchachitos le querían con adoración.

Pero aquel día, pensaba en todo, menos en el juego. He dicho que tenía un negocio muy importante, un negocio casi misterioso, y Agafia, á la que podía confiarle los niños, no volvía del mercado.

Muchas veces había atravesado el vestíbulo para mirar á los niños que permanecían sentados delante del libro, como se les había ordenado. Le miraban y le sonreían con toda el alma, esperando que les enseñara algo bonito y muy divertido; pero Kolia los miraba con aire grave y se alejaba.

Dieron las once, Kolia, desesperado, decidió que si pasados diez minutos no venía la «mal-dita» Agafia, se iría, recomendando á los muchachos que no tuvieran miedo, que no hicieran tonterías y que no lloraran durante su ausencia.

Kolia se puso su gran abrigo cerrado. A pesar del frío y de las recomendaciones de su madre, despreció los zapatos de goma y salió con simples botas. Viendo á su amo vestido, Pérezvon agitó el rabo contra el suelo; se ex-

tremeció y dió un alarido quejumbroso. Pero Kolia, encontró que esta pasión demasiado acentuada, era nociva á la disciplina y sintió alegría de dejarlo debajo del banco y no silbarle sino al abrir la puerta de la calle.

El perro corrió y se puso á saltarle delante, loco de alegría. Kolia, atravesó el vestíbulo y abrió la puerta de los «pilluelos».

Permanecían sentados delante de la mesa, no leían, discutían con animación. Por lo general, se entretenían en cuestiones de la vida diaria, y Hastia, como era la mayor, se daba siempre la razón. Sin embargo, cuando Kostia no se hallaba satisfecho, cosa que sucedía muy amenudo, llamaban como á juez á Krazotkin, que era para ambos imparcial.

Este día la discusión de los muchachos, interesó un poco á Kolia, el cual se quedó en la puerta escuchando.

Los muchachos lo notaron y siguieron discutiendo con más calor.

—Jamás, jamás, creeré yo, — decía Hastia — que las comadronas encuentren los chiquillos en el jardín debajo de las coles. Ahora estamos en invierno y no hay coles en el jardín. Las comadronas no han podido traerle un hijo á Katerina. Sucede á veces que traen niños, yo no sé de donde, pero únicamente á las casadas.

Kostia miró fijamente á Hastia é hizo un esfuerzo por comprender.

—Que tonta eres Hastia, — dijo al fin tranquilamente. — ¿Como puede Katerina tener hijos si no es casada?

Hastia se animó más.

—Tú no entiendes nada, — dijo irritada. — Ella puede tener un marido, lo tiene tal vez pero está en la cárcel y por eso tiene un hijo.

—¿Pero tiene verdaderamente un marido que está en la cárcel? — preguntó el positivo Kostia.

—Es que además, hay esto, — replicó Hastia vivamente, olvidando su primera hipótesis. — Ella no tiene marido, tienes razón, pero quiere casarse, y se pregunta como podrá casarse y piensa en esto tanto, que tiene, no un marido, pero sí un niño.

—¡Ah! ¡si es así!... — dijo Kostia convencido; — pero debías habérmelo dicho antes. ¿Como podía yo saber esto?

—Bueno, muchacho, — dijo Kolia entrando, — he visto que sois peligrosos.

—¿Perézvon se vá también con Vd?—preguntó Kostia con sonrisa halagueña, y llamó al perro con la mano.

—Estoy en una situación difícil, — dijo Krazotkin con dignidad — y Vds. deben ayudarme. Agafia se ha roto una pierna, y yo tengo que salir. ¿Quieren Vds. dejarme salir?

Los chicos se miraron con inquietud. Sus caras hasta entonces risueñas, expresaron cierto espanto. No comprendían además lo que Kolia esperaba de ellos.

—¿No harán Vds. tonterías en mi ausencia, no se subirán al armario para romperse las piernas, no llorarán?

Los niños se mostraron muy entristecidos.

—Por este favor, os voy á enseñar un cañoncito de cobre que puede dispararse con pólvora, — dijo tuteándoles ahora, por que indistintamente, empleaba uno ú otro tratamiento.

Las caras de los niños se tranquilizaron.

—Enseñadme el cañón — dijo Kostia.

Krazotkin sacó un cañoncito de cobre y lo puso sobre la mesa.

—Aquí está. Os lo enseño, tiene ruedas.
Y lo hizo rodar sobre la mesa.

—Se puede disparar, se le carga con plomo y se tira.

—¿Y mata?

—Y mata á todo el mundo, no hay más que apuntar.

Krazotkin les explicó entonces, donde se ponía la pólvora y el plomo, y les enseñó el agujerito por donde se le daba fuego. Además, —añadió,— cuando se dispara, recula.

Los chicos escucharon con gran curiosidad maravillándose, sobre todo, lo de recular.

—¿Tiene Vd. pólvora? — preguntó Hastia.

—Sí, aquí tengo.

—Enseñadnos entonces un poco, — dijo la chica con sonrisa suplicante.

Krazotkin sacó una botellita que contenía pólvora y también unos granos de plomo envueltos en un papel. Destapó la botella y vertió en su mano un poco de pólvora.

—He aquí la pólvora. Pero no debe de haber fuego cerca, por que entonces haría explosión y os mataría á todos, — dijo Krazotkin, para darse importancia.

Los muchachos miraban la pólvora con un terror respetuoso que aumentaba más su alegría. El plomo, sobre todo, entusiasmaba á Kostia.

—¿El plomo quema también? — preguntó tímidamente.

—No, no quema.

—Deme entonces un poco de plomo, — dijo con voz suplicante.

—Te daré un poco, toma; pero no se lo enseñes á tu mamá, entre tanto yo no vuelva, pues creará que es pólvora, tendrá miedo y os pegará.

—Mamá no nos pega nunca — observó rápidamente Hastia.

—Ya lo sé, lo he dicho por decirlo, Vds. no engañan á su mamá; pero hoy no le dirán nada antes de mi vuelta. En fin muchachos, ¿puedo ó noirme? ¿Vds. no llorarán por que sientan miedo cuando yo me vaya?

—Lloraremos, — dijo Kostia, casi sollozando ya.

—Sí, lloraremos, lloraremos, con seguridad, — añadió Hastia.

—¡Oh! ¡niños, niños! Que desgraciada es vuestra edad. No hay que hacer nada. Hay que quedarse con vosotros, y ¿hasta cuando? ¡Y el tiempo! el tiempo...

—¿Si Vd. mandara á Pérezvon que hiciera el muerto? — rogó Kostia.

—¿Qué vamos á hacer? Hay que emplear á Pérezvon... Aquí Pérezvon.

Y Kolia mandaba al perro, el cual ejecutaba todo lo que se le había enseñado.

Era un perro de pelo largo, del tamaño de un perro de guarda y de color gris. Era tuerto del ojo derecho y tenía la oreja izquierda cortada. Ladraba, saltaba, caminaba de pie sobre las patas traseras, bailaba, se quedaba inmóvil, rígido, haciendo el muerto.

Durante estos ejercicios que hacía Pérezvon bajo el mando de Kolia, entró Agafia, la criada de la señora Krazotkin; era una mujer gruesa, picada de viruelas, de unos cuarenta años, abrió la puerta y entró. Venía del mercado y traía la canasta de provisiones. Se detuvo y permaneció un rato mirando al perro.

A pesar de su impaciencia, Kolia no interrumpió la representación y forzó largo rato á Pérezvon á hacer el muerto. Después le silbó y

el perro saltó contento de haber cumplido con su deber.

—Vean Vds. ese perro, — dijo Agafia con gravedad.

—¿Y tú, sexo femenino, por que has tardado tanto? — preguntó severamente Kolia.

—¡Yo sexo femenino, vea Vd. el pilluelo!

—Pilluelo.

—Sí, pilluelo, y á tí que te importa que me haya retardado; si lo he hecho, es porque debía hacerlo, — murmuró Agafia ya en la cocina. No respondió con enfado, pues en su voz se notaba la satisfacción que sentía por estar hablando con su joven amo.

—Escucha, mujer ligera, — dijo Krazotkin levantándose. — ¿Tú podrías jurarme, sobre todo lo que hay santo en el mundo, y algo más, que cuidarás á estos muchachos durante mi ausencia? Pues yo tengo que salir.

—¿Y por que jurar? — dijo Agafia riendo, — los cuidaré bien sin jurar.

—No, es preciso que me lo jures por la salvación de tu alma, sino no me iré.

—No te vayas. ¿Qué me importa á mí? Además está helando y es mejor que te quedes en casa.

—Muchachos, — dijo Kolia hablándoles á los niños, — esta mujer se va á quedar aquí con vosotros, hasta mi vuelta, ó hasta la vuelta de vuestra mamá que ya debería estar aquí, hace tiempo. Esta mujer os dará de almorzar. Tú les darás cualquier cosa que comer, Agafia.

—Puede ser.

—Adiós, mis pichoncitos. Me voy con el corazón tranquilo. Tú, abuela, — añadió con aire importante, pasando por delante de Agafia — espero que no irás á contarles tus cuentos de

bruja, á propósito de Katerina; salva sus cerebros de niño. Aquí, Pérezvon.

—Vé con el diablo, — dijo Agafia con mal humor. — Que estúpido es este chico. Deberían castigarle por sus tonterías.

IV

Kolia no la escuchaba ya. Al fin podía partir. Pasando por la puerta cochera, miró en torno suyo, y murmuró tiritando: «Como hiel» y salió á la calle, tomando hacia la derecha por una callejuela que conducía á la plaza del mercado.

Poco antes de la última casa de la plaza, se detuvo y sacando un pito, llamó, como dando una señal.

En seguida, un muchacho moffetudo salió. Tendría unos doce años y llevaba un sobretodo fuerte, muy limpio y elegante.

Era el compañero Sucurov que estudiaba la preparación, es decir, dos cursos inferiores al que estudiaba Krazotkin. Su padre era un funcionario acomodado y su familia no le permitía que anduviese con Kolia por la fama de travieso que este tenía.

Era evidente que Sucurov venía sin saber nada su familia.

—Hace ya una hora que os espero Krazotkin — dijo Sucurov con aire desenvuelto.

Los dos muchachos caminaron hacia la plaza.

—Es verdad, me he retardado mucho, — contestó Krazotkin. — No ha sido por mi gusto.

Pero dime, ¿te pegarán por que vayas conmi-
go?

—Vamos, á mí no me pegan? ¿Pérezvon vie-
ne con Vd?

—Pérovon está allí.

—¿Lo lleva Vd. allá?

—Sí, también viene.

—¡Ah! Si fuera Tutchka.

—Eso es imposible, no hay más Tutchka;
ha desaparecido en lo desconocido de la no-
che.

—¿No se podría hacer una cosa? — añadió
Sucurov, deteniéndose de repente, — puesto
que Iliucha nos dijo que Tutchka era de pelo
gris, como es Pérezvon ¿no se le podría decir
que es Tutchka? Quizá lo creería.

—¡Sucurov! huye siempre de la mentira,
aunque sea para hacer una buena acción... Su-
pongo que no habrás dicho nada de mi visita.

—¡Dios me libre! Comprendo bien. Además.
Pérezvon no lo consolaría, — dijo Sucurov
suspirando. — Tú no sabes que su padre el capi-
tán, le ha ofrecido llevarle hoy mismo un pe-
rro de raza. Se figura que esto consolará á
Iliucha, pero yo no lo creo.

—Y como sigue Iliucha.

—Está mal, muy mal, creo que es una tisis.
Conserva bien su inteligencia, pero su respi-
ración va mal. Quiso el otro día caminar un
poco, le pusieron las botas, pero al caminar sus
pies tropezaban á cada paso «bien te lo decía
papá, estas botas me están mal, ya antes tam-
bién me molestaban». Creía que eran las bo-
tas, pero era la debilidad la que le hacía caer.
No vivirá más de ocho días. El médico Her-
seuschube le cuida. Ahora están ricos; tienen
mucho dinero.

—¡Los pillos!

—¿Quiénes?

—Los médicos y toda esa canalla medical en
general y en particular. Yo niego la medicina.
Es una institución inútil. Podría probar esto.
Pero ¿para que este sentimentalismo? Creo
que toda la clase viene á visitarle.

—Toda la clase no, pero unos diez de los
nuestros, vienen todos los días. No hay en es-
to ningún mal. Lo que me sorprende, sobre to-
do, es el papel que desempeña Alexy Chesto-
marov. Van á juzgar mañana á su hermano por
un crimen y tiene tiempo para hacer el senti-
mental con chiquillos.

—No hay sentimentalismo en esto ¿no vés
tú también á reconciliarte con Iliucha?

—¿Reconciliarme? que expresión tan ridícu-
la. Además no permito que nadie juzgue el mó-
vil de mis acciones.

—Que contento se pondrá Iliucha al verte.
Ni se imagina que puedas venir. ¿Porque has-
estado tanto tiempo sin querer venir? — pre-
guntó de pronto Scurov con celo.

—Mi querido amigo, esto es cosa mía y no
tuya. Voy allá porque me gusta, mientras que
Vds. van llevados por Alexy Chestomarov.
Existe por lo tanto una diferencia. Además,
¿quien te dice que voy para reconciliarme? Ex-
presión estúpida, si las hay.

—Pero si no es Chestomarov el que nos ha
traído. Nuestros compañeros han ido por su
gusto. Es verdad que fueron acompañados de
Chestomarov, pero me parece esto muy natu-
ral. Vinieron unos después de otros. A su pa-
dre le gustaba. Se volverá loco si Iliucha se
muere y desgraciadamente, morirá. Le alegra-
ba mucho ver que nuestra clase se había recon-
ciliado con su hijo. Iliucha ha preguntado por

tí, pero nada más. El padre se volverá loco ó se suicidará, ya casi parece loco. Y es un buen hombre, le hemos juzgado mal, y todo esto por culpa del hermano de Alexy, ese parricida que le ha pegado.

—Para mí el tal Alexy Chestomarov es un problema. Le hubiera podido conocer hace tiempo, pero hay ocasiones en que me gusta ser orgulloso. Además tengo sobre él cierta opinión de la que quiero cerciorarme.

Kolia tomó un aire importante y se calló.

Surov hizo lo propio.

Inútil es decir que Surov veneraba á Kolia, sin pensar nunca en igualarle. Su curiosidad en este momento, era grande, tanto más cuanto que Kolia le había dicho que venía por su propia voluntad y pensaba que en esta visita repentina, había algún misterio.

Los dos muchachos atravesaban en este momento la plaza del mercado. Las vendedoras de la ciudad estaban allí con panecillos, hilo, etc. Este mercado del domingo se le llamaba pomposamente la feria, y había muchas durante el año.

Pérezvon corría muy dispuesto, oliendo á derecha é izquierda y cuando encontraba un perro lo olfateaba.

—Me gusta el realismo, Surov, — dijo Kolia de repente. — ¿Has notado como los perros se olfatean al encontrarse? En ello hay una especie de ley general de la Naturaleza.

—Sí, un poco ridícula.

—Es decir, ridícula no. No es esta la palabra. No hay nada ridículo en la Naturaleza, por más que lo parezca á los hombres llenos de prejuicios. Si los perros pudieran razonar y criticar, hubiesen encontrado tanta ridiculez, tal vez mas, en las relaciones sociales de sus

amos. Digo tal vez más, porque estoy convencido de que hay en nosotros mucho más que criticar. Este pensamiento es de mi amigo Vikin y es notable. ¿Sabes, Surov que soy socialista?

—¿Y qué es un socialista?—preguntó Surov.

—Es el que quiere la igualdad para todos, que todos tengan la misma hacienda, que no exista el matrimonio, y en cuanto á religión y á leyes, que cada cual tenga la suya, etc. No tienes aún la edad para que te hable de esto... Hace mucho frío hoy.

—Sí, doce grados, mi padre lo acaba de ver en el termómetro.

—Es extraño ¿no has notado Surov que cuando durante el invierno el termómetro baja á 15 ó á 18 grados, se siente menos frío que, cuando como hoy, al principio del invierno, el termómetro marca 12 grados y hay poca nieve? Esto se explica por la falta de costumbre. Todo es costumbre para los hombres, hasta en sus relaciones políticas y sociales. La costumbre es nuestra falta principal... ¿Que ridículo es este mujik?

Y Kolia señalaba á un gran mujik, con blusa, con aire de buen muchacho que se golpeaba las manos, una con la otra, para quitarse el frío. Su larga barba estaba llena de hielo.

—La barba del mujik está helada — gritó Kolia con voz burlona, pasando delante del campesino.

—Está helada para mucha gente, — dijo con aire sentencioso el mujik sin conmoverse.

—Déjale tranquilo, — dijo Surov.

—Eso no importa; no se enfadará, bien ves que es un buen muchacho. Adios Matias.

—Adios.

—¿Qué te llamas Matías?
 —Sí, ¿no lo sabías?
 —No, no lo sabía. Le he dicho por decir algo.
 —¡De veras! Tú eres colegial, ¿no es verdad?

—Sí, colegial.
 —¿Y te dan látigo?
 —No siempre, pero bastante.
 —Y esto ¿te duele?

—Así.
 —¡Ay! que vida, — dijo el mujik con un suspiro que partió el corazón.

—Adios, eres un buen muchacho, te lo digo yo.

Los muchachos continuaron su camino.

—Es un buen mujik, — dijo Kolia. — me gusta hablar con el pueblo y me gusta hacerle siempre justicia.

—¿Porque le has hecho creer que nos dan látigo? — preguntó Somourov.

—Para divertirle.

—¿Como?

—Mira Scurov, no me gusta que me hagan preguntas cuando no se me entiende á la primera palabra. Hay ciertas cosas que se explican difícilmente, que no se pueden explicar. Para los mujiks á un colegial se le dá látigo, se le debe dar, ¿que sería un colegial si no se le castigara? ¿Y yo iba á decirle que no nos castigan? Esto le causaría mucha pena. Tú no entiendes nada de esto. Hay que saber hablarle al pueblo.

—Solamente que les dás bromas pesadas. Y algún día puede pasarte algo, como el otro día con el ganso.

—¡Tienes miedo!

—No te rias Kolia. Es verdad que tengo

miedo. Mi padre se encolerizaría mucho. Sabes que me ha prohibido salir contigo.

—No te inquietes, no sucederá nada hoy... Y que tal, Natacha, — gritó á una vendedora.

—¿Qué Natacha soy yo, para tí? Yo soy María, — exclamó con voz ágría la vendedora, joven todavía.

—Bien, te toca á tí ser María. Adios.

—¡Ay! pilluelos, aun no han salido del cascarón, cuando ya se meten con una.

—No tengo tiempo, no tengo tiempo de hablar contigo hoy, — dijo Kolia. — Me lo dirás el domingo próximo.

Y gesticulaba como si fuese ella y no él, quien primero empezó á hablar.

—¿Y que tengo yo que contarte el domingo próximo? Tú eres el que me has buscado, y yo no, descarado, — gritaba María. — Te deberían dar látigo; esto es lo que tú necesitas.

Las otras vendedoras que tenían sus puestos cerca de María, se miraron y se rieron. En este momento, apareció debajo de un mostrador un joven que tenía el aire de un tendero, pero que no era del lugar. Llevaba un largo sobre todo azul y un gorro. Su cara pálida era larga y sus cabellos eran castaños. Tenía el aire preocupado por alguna reciente emoción y amenazó á Kolia con el puño.

—Ya te conozco, — gritó con voz enojada, — te conozco.

Kolia le miró tranquilo. No recordaba haber tenido cosa alguna con este hombre, pero por los tantos pleitos que tenía en las calles, no estaba bien seguro de ello.

—¿Tú me conoces,? — preguntó con ironía.

—Te conozco, te conozco, — repitió estúpidamente el tendero.

—Entonces, mejor para tí, pero no tengo tiempo que perder ahora. Adios.

—Porque buscas querella con todo el mundo — replicó el tendero. — ¡Oh! yo te conozco, tú lo que quieres es pelear con nosotros.

—Eso, mi buen amigo, no te importa á ti, si busco querella á los otros, — dijo Kolia deteniéndose y mirándole.

—¿Como, que esto no me importa á mí?

—Sí, no te importa á tí.

—¿Entonces á quién le importa?

—Esto, mi hermano, le importa á Trifon Nikitits, pero no á tí.

—¿Qué Trifon Nikitits? — preguntó el criado estupefacto, pero siempre irritado.

Kolia le examinó de pies á cabeza con aire importante.

—¿Has ido á Voznezeni? — preguntó Kolia con tono severo é imperativo.

—¿Qué Voznezeni? ¿Y á hacer que? Yo no he estado, — dijo el tendero asombrado.

—¿Conoces tú á Sabaneiev? — replicó Kolia con tono aun más imperativo.

—¿Qué Sabaneiev?... No, yo no le conozco.

—¡Pues bien! entonces, vé y suénate las narices, — concluyó Kolia.

Y volviendo los talones continuó su camino, como si ya hubiese hablado bastante con tal imbécil que no conocía á Sabaneiev.

—Párate un poco, ¡eh! ¿De que Sabaneiev hablas? — gritó el joven tendero sin salir de su estupefacción y fuera de sí.

—¿De qué habla? — preguntó á los tenderos con candidez.

Estos se echaron á reir.

—Que malicioso es este muchacho, — dijo uno de ellos.

—¿Pero en fin, de que Sabaneiev me habla-

ba? — repetía siempre el tendero, gritando con los brazos levantados.

—Es probablemente de ese Sabaneiev que servía en casa de Kuzmitchev, — dijo una vendedora, como si lo hubiera adivinado.

El tendero la miró fijamente.

—¡Kuzmitchev! — dijo otra; — pero no es Trifon. Su nombre es Kusma y no Trifon, y el muchacho le llamaba Trifon Nikitits.

—Ya ves que no es ni Trifon ni Sabaneiev, es Tchijov, — añadió una tercera que había callado hasta entonces, contentándose con escuchar gravemente.

—Es un Alexy Ivanovich Tchijov.

—Eso es. Es Tchijov, — confirmó una cuarta vendedora.

El tendero alocado, miraba á una y á otra.

—Pero, ¿por qué me ha preguntado él eso? ¿por qué me lo ha preguntado, buena gente? — gritaba en el colmo de la desesperación.

—«¿Conoces tú á Sabaneiev?» El diablo sabrá quien es Sabaneiev.

—Vamos loco, no comprendes que no es de Sabaneiev de quien se trata, sino de Tchijov Alexy Ivanovich, — le gritaba en los oídos otra tendera, con tono persuasivo.

—Y que Tchijov, dímelo si lo sabes.

—Es aquel grande con barba, que venía al mercado este verano.

—Pero que me importa á mí esto, y que me importa Tchijov, buena gente.

—¿Como puedo yo saber lo que te importa?

—¿Quién puede saber para que lo necesitas?

—añadió otra; — tú debes saberlo, lo debes saber tú mismo, para gritar de esa manera. A tí te habló el muchacho, y no á nosotras, tonto! ¿No le conoces de veras?

—¿A quién?

—¡A Tchijov!

—Que el diablo se lleve á Tchijov y á tí. Le voy á pegar á este muchacho que se ha burlado de mí.

—¿A Tchijov le quieres pegar? Puede ser que él te pegue á tí. Tú eres un imbécil, soy yo quien te lo digo.

—A Tchijov, no, mala mujer, es al muchacho. ¡Que yo lo agarre! Se ha burlado de mí.

Los vendedores se pusieron á reír. Kolia, mientras tanto, se alejaba con aire vencedor. Surov iba junto á él, volviéndose á cada instante para mirar hacia el grupo que seguía gritando. Surov estaba siempre de buen humor, pero temía tener con Kolia un mal encuentro.

—¿Qué Sabaneiev es ese de que has hablado? — preguntó presintiendo la contestación.

—No sé de él, más que tú; ahora van á gritar con esto hasta la noche. Me gusta excitar á los imbéciles de todas las clases de la sociedad. He aquí por ejemplo, este mujik... Figúrate que dicen que nada hay más tonto, que un francés tonto, sin embargo, la fisonomía rusa, dice bastante. ¿No ves escrito sobre la nariz de este mujik que es un imbécil?

—Déjalo Kolia, y sigamos nuestro camino.

—Por nada del mundo perdería yo esta ocasión.

—¡Eh! ¡buenos días mujik!

Un fuerte mujik caminaba lentamente, se veía fácilmente que había bebido. Su cara era redonda, la barba gris. Levantó la cabeza y miró al muchacho.

—Buenos días, sino es para burlarte, — contestó con serenidad.

—¿Y si es para burlarme? — dijo Kolia riéndose.

—Si te divierte, bueno, como quieras, no es malo reír.

—Entonces, que Dios te perdone.

—¿Pero tú, no me perdonas?

—Te perdono de todo corazón, sigue tu camino.

—¡Vean Vds. esto! Hay acaso un mujik que no sea tonto.

—Más inteligente que tú, — contestó el mujik con tono grave.

—De eso no estoy seguro, — dijo Kolia sorprendido.

—Te lo digo, y lo puedes creer.

—Después de todo, es posible.

—Quedad en buen hora, hermano.

—Adios, mujik.

—Adios.

—Hay de todas clases de mujiks, — dijo Kolia á Surov después de un largo silencio.

—¿Como podía yo pensar que tropezaría con uno que no fuera tonto? Además, estoy siempre bien dispuesto á reconocer la inteligencia en el pueblo.

Allá, lejos, el reloj de la catedral dió las once y media.

Los muchachos apresuraron el paso, y hasta llegar á casa del capitán Svaguirod, padre de Iliucha, no dijeron una palabra más.

Veinte pasos antes de llegar á la casa, Koldirle á Chestomarov que saliera á recibirle.

—Es preciso sondearle primero, — dijo á Surov.

—¿Para que decirle que venga aquí? — preguntó Surov, — puedes entrar, y contentar á todos, mejor que hablar aquí sobre la nieve.

—A mí me toca saber si debe de ser sobre la nieve ó no, nuestra primera entrevista, — contestó Kolia con tono seco y despótico. Le gustaba mucho tratar así á sus pequeñuelos.

Surov corrió á ejecutar la orden.

V

Kolia se apoyó contra la empalizada con aire grave; esperaba la llegada de Chestomarov. Hacía tiempo que deseaba encontrarle. Había oído hablar de él á sus camaradas; pero había afectado hasta ahora una indiferencia rayana en el desprecio; hasta criticaba lo que le decían de él.

Deseaba, sin embargo, interiormente entrar en relaciones con él. Había en lo que le decían de Chestomarov algo simpático que le atraía.

Este momento pues, era para Kolia muy importante. En primer lugar, no había que mostrarse inferior sino al contrario, aparecer con independencia.

—De otra manera pensará que no tengo más que trece años y me tratará como á uno de estos muchachos. ¿Qué le importarán á él todos estos chicos? Se lo preguntaré cuando nos conozcamos. Lo que me está mal es mi tamaño. Puzikar es más joven que yo y me sube media cabeza. Es verdad, que en desquite, mi cara prueba inteligencia. No soy guapo, lo sé, pero no tengo la cara de tonto. Además no habrá muchas expansiones. Si voy hacia él con los brazos abiertos, pensará tal vez... Esto no lo pensará...

Así se atormentaba Kolia, estudiando una posición independiente. Lo que más le atormentaba era su corta estatura y lo que menos su «fea cara». Desde hacía un año, tenía una señal con lápiz en un rincón de su cuarto para marcar su altura, iba cada dos meses á medirse, siempre con gran emoción. Pero apenas crecía y esto colmaba su desesperación. Su cara lejos de ser «fea», era agradable, tenía atractivo la tez pálida sembrada de pecas, sus ojitos grises y vivos tenían miradas audaces y á veces sentimentales. Los pómulos algo salientes, los labios pequeños y muy rojos, su nariz corta se levantaba airosa. «Tengo una nariz completamente chata» murmuraba al mirarse en el espejo y se alejaba indignado; á veces se preguntaba si tenía cara inteligente.

No sería justo decir que Kolia se absorbía en estas reflexiones respecto á sus facciones y á su corta estatura; al contrario. Así que le daba la espalda al espejo se olvidaba de todo esto, «dándose todo entero á la vida real» según su propia expresión.

Alexy Chestomarov llegó pronto dirigiéndose hacia Kolia con paso precipitado; este notó en seguida la alegría de Alexy.

—¿Estará tan contento de verme?—pensó Kolia con alguna satisfacción.

Su sorpresa aumentó cuando vió que Alexy en su precipitación había olvidado ponerse el abrigo.

Alexy tendió simplemente la mano á Kolia.

—¡Ya estáis aquí! ¡Cuánto os hemos esperado todos!

—Había una razón que pronto os diré; pero en todo caso me alegro de conoceros. Yo esperaba, hace mucho tiempo esta ocasión, había

oído hablar de Vd. mucho, — dijo Kolia ligeramente conmovido.

—Nos conocemos ya. Yo había oído hablar también mucho de Vd. Pero porque ha venido usted tan tarde.

—¿Y como siguen por aquí, os lo ruego?

—Iliucha está muy mal, está perdido.

—¿Qué me dice Vd.? Vd. convendrá Chestomarov que la medicina es una engañifa, —dijo Kolia exitado.

—Iliucha se acordaba mucho de Vd.; hasta delirando. Bien se vé que le quería á Vd. mucho, antes de la cuchillada. Además existe otra razón... ¿Es este vuestro perro?

—Sí, se llama Pérezvon.

—¡Y no Yutchka! — dijo Chestomarov con voz á la vez interrogativa y suplicante. Yutchka se perdió pues?

—Yo sé que todos aquí querrían volver á ver á Yutchka, — contestó Kolia con sonrisa enigmática.

—Quiero decíroslo todo Chestomarov y explicaros esto. Por eso os he mandado á buscar antes. Iliucha vino la primavera pasada á la clase preparatoria. Vd. sabe lo que es la clase preparatoria: todos niños, pilluelos. Molestaron á Iliucha. Como yo estaba dos clases más alto vi eso de lejos. Observé que era un muchachito debil, que no se sometía, que quería hasta pelear con los otros muchachos, orgulloso, de esto y con miradas encendidas. A mí me gustan estas naturalezas. Los muchachos le fastidiaban cada vez más. El tenía además un sobretodo en mal estado, los pantalones cortos y las botas rotas; fué una razón más para malquererle. Se le humilló. Es una cosa que no me gusta y por eso defendí á él y cas-

tigué á los otros, lo que no quita que me adoren estos muchachos — agregó Kolia con orgullo. — Además me gustan los muchachos; ahora mismo tengo en casa dos niños y ha sido por ellos por lo que me he retardado... A Iliucha, no se le molestó más, quedaba bajo mi protección. Era, como os he dicho, un muchacho lleno de amor propio, y sin embargo pronto me obedeció como un esclavo, sin replicar nunca, ni á la más pequeña orden de las que le daba. Me veneró como á un Dios. Durante las horas de recreo venía en mi busca y nos paseábamos juntos. Lo mismo el domingo. Se burlan mucho en nuestro liceo de ver á un mayor ligarse tan intimamente con uno mucho más joven. Pero no son más que prejuicios. Esto me gusta y basta. Yo les instruyo y desarrollo su inteligencia. ¿Por qué no hacerlo si esto me conviene? Vd. por ejemplo, Chestomarov, se ha relacionado con estos muchachos; es para desarrollarlos y serles útiles. Le confesaré que este rasgo de su carácter es el que más me ha gustado. Pero volviendo á Iliucha, ví que su carácter era muy sensible, yo desde mi niñez he sido siempre enemigo de todo sentimentalismo. Vi además en él varias contradicciones; su orgullo y su fidelidad de esclavo para conmigo, por ejemplo, y todavía esta fidelidad de esclavo y estos ojos chispeantes que no quieren ceder aunque nos enfademos. A veces le exponía yo mis ideas y aunque no estuviera en desacuerdo conmigo sobre ellas, noté que le desagradaban, sencillamente porque no respondían á su ternura. Por consiguiente para contradecirle fui tanto más frío cuánto más expansivo era él. He obrado así porque tal era mi condición. Quería yo hacer de él un carácter, igualarlo, hacerlo un

hombre, en fin... Vd. comprenderá lo demás. Pues observé que varios días estaba Iliucha condolido. No se trata ya de sentimientos sino de otra cosa más grave, más elevada. ¿Qué quiere esto decir, me pregunté yo? Le interrogué y hé aquí lo que supe: No sé como había conocido á Smerdiakof, el lacayo de nuestro difunto padre y he aquí que el lacayo le dió la idea de hacer una estúpida escapada ó más bien una acción baja y salvaje, esta era tomar un pedazo de pan, meter dentro un alfiler y tirárselo á un perro, un perro hambriento que se lo tragase sin mirarlo y entonces ver lo que pasaría. Arreglan un pedazo de pan y se lo tiran á la pobre Yutchska de que tratamos. Era un perro vagabundo de los que no comen casi nunca y ladran al viento todo el día... ¿A usted le gustan estos aullidos Chestomarov? Yo no puedo sufrirlos... Vd. adivinará, que después de tragarse el pedazo de pan dió vueltas, aulló, y se puso á correr hasta desaparecer dando ladridos. Así, por lo menos me lo ha referido el mismo Iliucha. El lloraba á lágrima viva haciéndome esta confidencia; me echó los brazos al cuello y repetía templando «corre y grita!...» Esta impresión le llenó de remordimiento. Tomó la cosa en serio. Ya antes había querido yo reñirle; de suerte que tomé un aire indignado y le exageré la cosa:

—Has hecho una mala acción,—le dije.—Eres un miserable. No le hablaré á nadie de esto, pero rompo toda relación contigo. Quiérote estudiar el negocio y te haré saber el resultado por Scurov. — Es aquel chico que vino conmigo, que siempre me ha querido mucho.

—Yo veré más tarde si debo guardarte mi amistad ó si debo para siempre abandonarte como á un miserable.

Mis palabras le chocaron horriblemente y debo confesarlo, sentía haber ido demasiado lejos. Pero ¿que podía hacer? puesto que así lo pensaba.

Al día siguiente le mando á Scurov previniéndole que «no le hablaría más». Así es como recompensan aquí las relaciones con un camarada. Yo tenía la intención de probarlo durante algunos días y después tenderle la mano al ver su arrepentimiento. Esta era mi firme intención. Pero ¿qué piensa Vd. que hizo? Después de haber escuchado á Scurov sus ojos se encendieron: «Dí de mi parte á Krazotkin que ahora le botaré pan con alfileres á todo perro ¿oyefs? ¡á todos!» La rebeldía se está mostrando en él, dije yo tristemente. Es necesario destruirlo. Desde ese momento afecté hacia él el mayor desprecio, volviéndome con cierta sonrisa cuando le encontraba. Fué justamente por esa época, cuando arrastraron á su padre de la barba por la calle y no pudo vengar esta afrenta. Este acontecimiento lo puso muy irritable. Viendo que yo le había abandonado, sus camaradas lo persiguieron con ironía á propósito de la desgracia de su padre. Siguieron verdaderas batallas, que sentí mucho, pues creo que una vez hasta lo hirieron. Un día saliendo de la clase se echó sobre nosotros, yo me encontraba á diez pasos de él y lo miraba tranquilamente. Yo os juro que no me acuerdo de haberme reído en aquel momento. Hasta sentí por él gran lástima y por poco le defiéndolo. De repente nuestras miradas se encontraron, yo no sé lo que vió en mis ojos, pero cojió su navaja, se echó sobre mí y me la clavó en el muslo derecho. Yo no me moví y sin embargo tengo algún valor Chestomazov. Me contenté con mirarle fi-

jamente, con desprecio como para decirle. «Tú quisieras tal vez volver á empezar con la amistad que he tenido por tí, pues bien te espero». No volvió á agredirme, arrojó la navaja y se puso á sollozar echando á correr. No he dicho nada á nadie y he recomendado á los compañeros que no hablen de esto para que no lo sepa la autoridad. Ni siquiera lo dije á mi madre hasta que cuando la herida se hubo cicatrizado; además fué solamente un rasguño. Ese mismo día fué cuando arrojó piedras á los camaradas y le mordió á Vd. el dedo. En que estado se hallaba, puede Vd. juzgarlo. ¿Qué debía yo hacer? había hecho una tontería. Cuando cayó enfermo no fui á perdonarle, es decir á hacer las paces, y lo siento. Verdad es que tenía de mi parte una razón particular. Vd. sabe ahora toda mi historia... Confieso sin embargo que no he hecho bien...

—Qué lastima,—dijo Chestomazov,—no haber conocido antes sus relaciones! Yo hubiera ido á buscarlos para traerlos. Me creará Vd. si gusta, pero hasta en su delirio hablaba de Vd. No puede figurarse cuanto le quiere. Es posible que no haya Vd. encontrado á Yutchka! Su padre y todos los camaradas le han buscado por toda la ciudad. Tres veces le ha repetido á su padre, muy enfermo y con dolido:—«Papá, yo estoy enfermo porque maté á Yutchka. Dios me ha castigado. — Y era imposible arrancarle este pensamiento.

Si sólo pudiéramos encontrar á Yutchka y enseñarle que vive; creo que este goce lo resucitaría. En Vd. hemos puesto toda nuestra confianza.

—Pero dígame Vd. ¿por qué razón esperaban que fuera yo y no otro el que encontraría

á Yutchka? — preguntó Kolia con gran curiosidad.

—Decían que Vd. lo buscaba y que lo traería cuando lo hubiera encontrado. Scurov nos dijo algo así. Además ensayamos de persuadir á Iliucha que Yutchka vivía, que lo habíamos visto. Sus camaradas le han traído de no se donde una liebre, pero no hizo más que verla y pidió que la soltasen en pleno campo y así lo hemos hecho. Su padre le ha traído hoy un perro de raza pensando que esto le consolaría, pero esto no ha hecho más que aumentar su tristeza.

—Dígame Vd. Chestomazov, que clase de hombre es el padre. Yo no le conozco. Qué le parece á Vd.? Es un bufón, un payaso.

—¡No! Hay gentes que sienten profundamente, créame Vd., pero que son hombres abatidos. Su bufonería es algo como una ironía amarga que se dirige á aquellos á quienes no se atreve á decir francamente la verdad, á causa de una timidez humillante. Crea Vd. Krazotkin que tal bufonería es á veces muy trágica. Todo lo que le queda hoy sobre la tierra se ha concentrado en Iliucha, y si Iliucha muere perderá la razón ó se suicidará. De eso estoy casi seguro ahora que lo veo de cerca.

—Ya os entiendo Chestomazov, ya veo que Vd. conoce el alma humana,—agregó Kolia con acento de convicción sincera.

—Y yo viéndolos con el perro grande creí que era Yutchka que lo traía Vd.

—Espérese, Chestomazov, tal vez encontremos á Yutchka, pero este es Pérezvon. Voy á hacerlo entrar en el cuarto y distrerá tal vez más á Iliucha que su perrito de raza. Espéreme Chestomazov, ahora va Vd. á ver algo.

Pero ¡Dios mío! Yo os detengo aquí, — dijo

de repente Kolia.—Vd. está sin abrigo con este tiempo. Qué egoísta soy. Todos somos egoístas Chestomazov.

—No os inquietéis. Hace frío, es verdad, pero no le temo al frío. Sería bueno entrar. A propósito ¿Cómo se llama Vd.? Yo sé que Vd. se llama Kolia y después...

—Nikolai, Kolia es un diminutivo de Nikolai, Yvanovitch Krazotkin, ó como dicen en las actas hijo de Krazotkin, — dijo riendo Kolia, añadiendo en seguida, — yo desprecio mi nombre de Nikolai.

—¿Y por qué?

—Es trivial.

—¿Vd. tiene trece años? — preguntó Chestomazov.

—Más bien catorce, los cumpliré dentro de quince días. No está muy lejos como ve Vd. Yo quiero Chestomazov confesaros una debilidad mía, que os hará ver en seguida cual es mi carácter: no me gusta que me pregunten cual es mi edad, no puedo ni soportarlo... Además... se cuenta de mí esta calumnia: que la semana pasada jugué á bandidos con los de la clase preparatoria. Lo de haber jugado es verdad, pero que jugara por mi gusto es una calumnia.

Debo creer que esto ha llegado á sus oídos. Sí, he jugado con esos niños que sin mí no hubieran hallado diversión alguna. Les gusta mucho aquí esparcir tonterías. Es la ciudad de los chismes.

—Pero, aun cuando hubiera sido por su placer, no veo que mal había en eso.

—¡Oh! para mí... Vd. no se pondría á jugar á caballos por ejemplo.

—¡Ah! Vd. razona así,—contestó Chestomazov sonriendo.—Y sin embargo en el teatro son adultos y representan aventuras de hé-

roes, de bandidos y batallas. ¿No es esto la misma cosa, en su género? El juego de la guerra ó de los bandidos, entre niños, durante la recreación es como la infancia del arte y hace nacer en las almas jóvenes el gusto del arte y muchas veces estos juegos son más lógicas que las representaciones teatrales. Hay sin embargo esta diferencia, que en los teatros va uno á ver los actores y en este juego los mismos niños son los actores y esto es más natural.

—¿Esto es lo que piensa Vd., es su convicción? — preguntó Kolia con mirada escrutadora.—¿Sabe Vd. que ha dicho un pensamiento muy curioso, que profundizaré cuando llegue á casa? Yo esperaba aprender algo de Vd., he venido para ello,—dijo, apretándole la mano.

Kolia estaba muy satisfecho de su interlocutor; se hallaba sorprendido de verse como un igual con Chestemazov y que éste le hablase como á un «hombre».

—Voy en seguida á enseñaros un juego teatral,—dijo Kolia con risa nerviosa.—Para eso he venido.

—Entremos primero en la casa. Todo el mundo deja el abrigo en el vestíbulo, pues el cuarto es estrecho y hace calor.

—¡Oh! yo no entraré más que un rato y puedo guardar mi abrigo — dijo Kolia entrando. — Pérezvon se quedará aquí y hará el muerto. «Aquí Pérezvon, acuéstate y haz el muerto». Vd. ve, ya está muerto, yo voy á entrar y á examinar la plaza y cuando llegue el momento silbaré á Pérezvon, y Vd. lo verá entrar allí como un loco.

Sólo que es preciso que Surov no se olvide de abrir la puerta. Yo tomaré mis medidas y le verá Vd, hacer sus gracias.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1000-1000 MONTERREY, MEXICO

VI

El departamento que habitaba el capitán Sneguirev y su familia era más bien una isba, que un departamento, por lo reducido, pues apenas cabían las personas y los muebles. Había una gran estufa rusa; entre la estufa y la ventana había una cuerda tendida de que colgaban trapos de toda clase. A lo largo de las paredes, á derecha é izquierda, hallábanse camas con colchones de lana.

Había sobre la cama de la izquierda cuatro cogines cubiertos de indiana más pequeños los unos que los otros. La otra cama no tenía más que un cogín. Un rincón del cuarto estaba separado por una cortina, ó más bien por una sábana tendida sobre una cuerda. Se veía detrás de esta cortina una tercera cama arreglada sobre un banco y una silla. Una mesa de pino estaba junto á la ventana del centro, pues había tres ventanas, oscurecidos los cristales por el tiempo y el polvo; el calor era sofocante.

Había mucha gente en el cuarto, eran camaradas de Iliucha y aunque lo negasen, era Alexy Chestomarov el que los había traído para hacer las paces con Iliucha.

El arte de Chestomazov había consistido en

traerlos unos después de otros como por casualidad.

La tierna amistad, y hasta la misma compasión de estos muchachos, sus enemigos de ayer, le enternecían hondamente. No faltaba más que Krazotkin y su ausencia le pesaba sobre su corazón.

Ese episodio de su vida en que se había echado cuchillo en mano sobre Kolia era el más amargo de sus recuerdos de enfermo, y sobre todo porque Kolia había sido antes su único amigo y defensor.

El inteligente Scurov, que era el primero que había venido á hacer las paces con Iliucha, imaginaba este sufrimiento. Desgraciadamente cuando le dijo á Krazotkin que Alexy deseaba verle para «un negocio muy importante» Krazotkin le interrumpió y le dijo que le dijera á Alexy que él sabía lo que tenía que hacer, que no necesitaba pedir consejos á nadie, y que si iba á ver al enfermo, lo haría cuando él quisiera, pues tenía para esto sus razones.

Esta contestación había sido transmitida quince días antes y por eso no había ido Alexy á buscar á Kolia, como era su intención. Dos veces ya había enviado á Scurov en busca de Krazotkin y cada vez éste se había negado con impaciencia. Kolia hasta había agregado que si Chestomazov venía á burcarle él mismo, no iría nunca á ver á Iliucha, y que deseaba que no se le importunara más.

Scurov había ignorado hasta el último día que Kolia estaba decidido á venir este domingo, hasta la víspera por la noche, en que Kolia le había dado cita para ir á ver á los Sneguirev, pero sobre todo le había recomen-

dado que no le dijera nada á nadie, pues deseaba llegar sin ser visto.

Scurov había obedecido pero no había esperado que Kolia trajese á Yutchka más que por algunas palabras dichas por casualidad: «No son más que burros los que no encuentran un perro si está vivo».

Sin embargo, cuando Scurov le dijo á Krazotkin que el perro no estaba perdido, éste le contestó irritado:

— Sería preciso que fuera yo un bestia para buscar por la ciudad un perro ageno cuando tengo mi Pérezvon, También hay que ser loco para creer que un perro que se ha tragado un alfiler está aún vivo. Todo esto es sentimentalismo.

VII

¿Cómo es que Alexy Chestomázov conoció á Iliucha y se hizo íntimo de su familia?

Un día que Alexy pasaba por la plaza y entraba por la callejuela Mikailoska vió debajo del puentecito á un grupo de colegiales. Eran jóvenes de nueve á once años á lo más, salían de la clase y volvían á sus casas llevando á la espalda sus carpetas de libros. Vestían chaquetas y sobretodo, algunos tenían botas de pierna alta con pliegues de las que enorgullecen á los muchachos mimados de padres ricos.

El grupo de muchachos hablaba con gran animación y era evidente que formaban consejo.

Alexy jamás pasaba indiferente cerca de niños. En Moscou ya los frecuentaba algo, le

gustaba en particular los muchachitos de tres años, pero los colegiales de doce años también eran sus amigos, así es que aunque estuviera preocupado en este momento tuvo ganas de acercarse á ellos y entrar en conversación.

Acercándose examinó sus caras sonrosadas y animadas, y observó que casi todos llevaban piedras en la mano. A treinta pasos y cerca de una empalizada se encontraba otro muchacho. Era también un colegial con cartera al hombro y cuya edad no pasaba de diez años. Tenía la tez pálida y el aire enfermizo, sus ojitos negros chispeaban.

Miraba con gran atención á los otros colegiales que acababan de salir con él de la escuela y con los que parecía estar enfadado.

Alexy se acercó y dirigiéndose á uno de los muchachos vestidos de negro le dijo:

— Cuando ya tenía también una cartera como la vuestra se colgaba del lado izquierdo para poderla registrar con la mano derecha. Usted todo lo lleva del lado derecho y es poco cómodo.

Sin premeditación Alexy comenzó la conversación con esta observación muy especial, que era sin embargo la mejor de un hombre para obtener la confianza de un niño, y sobre todo de un grupo de niños.

Es preciso empezar á hablarles con aire autoritario y Alexy sabía esto por instinto.

— Es zurdo, — contestó otro muchacho que parecía tener once años y que tenía muy buena facha.

Los otros con curiosidad se fijaron en Alexy.

— Sabe también tirar piedras con la mano izquierda, — dijo otro.

Y en este instante una piedra cayó en me-

dio del grupo, rozando al zurdo; pero cayó, aunque tirada por una mano hábil y enérgica, sin tocar á nadie.

Era el muchacho de la empalizada el que había tirado esta piedra.

—Apunta bien y pégale, Scurov — gritaron los colegiales.

Scurov el zurdo, no esperó la invitación y contestó en seguida.

Le tiró una piedra á su adversario sin lograr tocarle. El otro volvió á tirar otra piedra al grupo y fué Alexy el que la recibió dolorosamente en el hombro.

Aunque había treinta pasos de distancia, se distinguían bien los bolsillos del muchacho llenos de piedras.

—A Vd. le ha apuntado, expresamente, tiró para Vd. ¡Vd. es Chestomarov! — dijeron riendo los muchachos. — Pues fuego todos juntos!

Seis piedras salieron del grupo á la vez. Una dió en la cabeza del muchacho y le tumbó. Pero pronto se incorporó y contestó con rabia, tirando en dirección del grupo. De una y otra parte se formó un tiroteo, viéndose que también los del grupo, tenían piedras en sus bolsillos. ¿Qué hacéis? ¿No tenéis vergüenza? seis sillos.

—¿Qué hacéis? ¿No tenéis vergüenza? seis contra uno. Váis á matarle.

Dejó vivamente el grupo, y exponiéndose á las piedras, protegió con su cuerpo al muchacho que estaba junto á la empalizada.

Tres ó cuatro de los muchachos cesaron un instante.

—Es él el que empezó primero, — dijo con voz irritada un muchacho de blusa roja. — Es un malvado. Hace poco se echó en la clase sobre Krazetkin con una navaja y lo hirió en el

muslo. Krazotkin no ha querido denunciarle, pero es preciso que le demos una buena lección.

—¿Pero porque lo ha hecho? ¿No le habrán Vds. mismos irritado, exasperado?

—He aquí que os tira otra piedra en la espalda. A Vd. le conoce y es á Vd. á quien le tira ahora, no á nosotros.

—Vamos, otra vez todos juntos.

—¡Qué no te falle Scurov!

Y el tiroteo volvió á empezar ahora más peligroso.

El muchacho de la empalizada recibió una piedra en el pecho, dió un grito y llorando, corrió subiendo la calle.

—¡Ja, ja! Ha tenido miedo, se pone en salvo. Motchalka (1) — gritaron los del grupo.

—Vd. no sabe aún, Chestomarov, que canalla es. No bastaría con matarlo — repetía el muchacho vestido de negro con la mirada encendida.

Este parecía ser el mayor del grupo.

—¿Qué ha hecho? — preguntó Alexy, — es espía, ó... qué?

Los muchachos se miraron sonriendo.

—Vd. vá en la misma dirección que él, alcáncelo. Ya vé que le espera.

—Le mira á Vd. — agregaron los otros.

—Pregúntele Vd. si le gusta una Motchalka en trizas, oye Vd. Pregúntele.

Una risa general siguió á estas palabras.

Alexy miraba á los muchachos que también le miraban.

—No vaya Vd., le hará daño. — dijo Scurov.

—Señores, yo no le hablaré de Motchalka,

(1) Palabra rusa que quiere decir cepillo para fricciones.

pues seguramente con esto le irritáis, pero él me dirá por qué vosotros le odiáis.

—Eso es, preguntémoslo Vd., preguntémoslo Vd., — gritaron todos riendo.

Alexy pasó por el puentecito y se dirigió siguiendo la empalizada, hacia el muchacho tan odiado.

—¡Tenga cuidado! — gritaban los muchachos detrás de él; — no le tendrá miedo á Vd. y le dará una cuchillada como le ha hecho á Krazotkin.

El muchacho lo esperaba sin huir. Cuando Alexy se acercó, vió que apenas tendría nueve años; que era enfermizo y pequeño; su cara era larga y pálida, sus ojos grandes y sombríos y miraba á Alexy con aire malo.

Llevaba un abrigo muy gastado; con mangas cortas que dejaban ver sus brazos desnudos. El pantalón tenía en la rodilla derecha, un gran remiendo y la punta de una de sus botas, agujerada. Los dos bolsillos de su abrigo, estaban llenos de piedras.

Alexy se detuvo á dos pasos de él, interrogándole con la mirada.

El muchacho, presintiendo que Alexy venía con intenciones pacíficas, dejó su actitud provocativa y le dirigió la palabra.

—Estoy solo y ellos son seis y sin embargo, les pegaré, — dijo con ojos chispeantes.

—Una piedra ha debido dar á Vd. haciéndole mucho daño, — observó Alexy.

—Yo le he dado á Scurov en la cabeza. — añadió el muchacho.

—Me han dicho ellos, que Vd. me conocía y que intencionadamente había tirado hacia mí, por que me odiaba, — dijo Alexy.

El muchacho le miró con tristeza.

—Yo no le conozco á Vd. ¿Vd. me conoce? — preguntó de nuevo Alexy.

—Déjeme en paz, — contestó el muchacho con irritación, pero sin moverse como esperando algo; y de nuevo le miró con enfado.

—Está bien, me voy. Solamente le diré que no le conozco y que no he venido para irritarle. Me han dicho cómo podía hacerlo, pero no quiero. Adios.

—¡Frailucho! — gritó el muchacho sin dejar de mirar á Alexy.

Y se puso en guardia, por temor de que Alexy le agrediera. Pero este se volvió, miró al muchacho y se alejó. Apenas había dado tres pasos, cuando una piedra dió fuertemente en sus espaldas.

—¡Ah! ¿Es por detrás por donde Vd. ataca? Me han dicho la verdad, cuando me dijeron que Vd. pegaba por la espalda, — dijo Alexy volviéndose.

Pero esta vez, el muchacho, furioso le tiró una piedra en dirección de la cara.

Alexy, tuvo afortunadamente tiempo de pararla con un brazo y la piedra dió en el codo.

—No tenéis vergüenza. ¿Pero que os he hecho yo? — gritó Alexy.

El muchacho siempre silencioso y provocativo, esperaba que Alexy le agrediera. Pero viendo que no lo hacía, tuvo rabia y dando un salto, se arrojó sobre Alexy, tan rápidamente, que este último no tuvo tiempo de evitar que el muchacho bajando la cabeza, le cojera la mano izquierda y se la mordiera. La retuvo durante diez segundos. Alexy dió un grito de dolor y forcejeaba por libertar su mano. Al fin el muchacho lo soltó y se puso de nuevo en guardia.

El dedo de Alexy estaba herido profundamente. La sangre había corrido.

El joven tomó su pañuelo y envolvió su dedo herido. Esta operación duró casi un minuto, durante el cual el muchacho quedó allí inmóvil, esperando. Alexy le miró dulcemente.

—Está bien, — le dijo, — Vd. ve el mal que me ha hecho, esto le basta, ¿verdad? Dígame ahora, ¿porqué me quiere Vd. mal?

El muchacho le miró con sorpresa.

—Aunque yo no le conozco á Vd. y le veo por primera vez, — añadió Alexy con voz tranquila, — no puedo creer habele hecho tanto mal, para que Vd. se venga tan cruelmente. Dígame Vd., cual es mi falta.

En vez de contestar, el muchacho se puso á llorar fuertemente y huyó. Alexy le siguió con pasos lentos y durante algún tiempo, vió que el muchacho corría, llorando siempre.

Decidió volverle á encontrar cuando tuviera tiempo y resolver este enigma que le preocupaba.

VIII

La casualidad le trajo á Alexy la solución de este enigma.

Se encontraba un día en el salón de Katerina Ivanovna, la novia de su hermano Dimitri.

—Tengo un gran servicio que pedirte Alexy Fedorosik, — díjole de repente tendiéndole dos billetes de cien rublos. Katerina Ivanovna se esforzaba en dar á su voz un tono natural.

—Hace algunos días Dimitri Fedorovitch cometió una acción injusta y hasta culpable.

en la cabeza. Esa noche deliró. Al siguiente día, bebí un buen trago y no me acuerdo de lo que pasó; sí, bebí como un desgraciado pecador que soy. Su madre se puso á llorar, — y yo quiero mucho á su madre.—Entonces, me he emborrachado con el último dinero que me quedaba. Vd. señor, no me despreciará por eso. En Rusia, los borrachos, son los mejores hombres, los mejores entre la gente son también aquí los más borrachos. Yo estaba acostado entonces y no me acuerdo bien de lo que hacía Iliucha. Fué sin embargo, aquel día, cuando por la mañana, los muchachos se burlaron de él en la escuela. «Motchalka» le gritaban. «Han arrastrado á tu padre fuera del «tractir» por la Motchalka y tú corrías á su lado pidiendo perdón». Al tercer día, cuando vino de la escuela, lo observé; estaba cambiando, muy pálido. ¿Que tienes? le pregunté, y no me contestó; pero en mis habitaciones no se puede hablar mucho, sin que la madre y las hijas intervengan en la conversación. Mis hijas además, ya lo sabían todo desde el primer día. Bárbara Nikolaievna gruñía ya: «El bufón, el payaso. Puede haber algo de sensato.» —Es verdad, Bárbara Nikolaievna, — le contesté yo.—¿Puede haber algo de sensato en casa? Y con esto terminó la discusión.

—Por la tarde, cogí de la mano á mi hijo y me fuí á pasear con él.

Es preciso decir que cada tarde, antes de este acontecimiento, íbamos á pasearnos por este camino que seguimos ahora, desde nuestra puerta, hasta aquella gran peña que allá se levanta sola, como un huertano cerca de la empalizada donde principian los campos. Es un lugar solitario muy apropiado. Andábamos pues, Iliucha y yo, su mano en la mía, como de

costumbre. Tiene una manita muy pequeña, con los dedos delgados y fríos. Vd. sabe que sufre del pecho.

—Papá, — me dijo — papá.

—¿Qué? — le pregunté yo.

Y vi su mirada encenderse.

—Como te ha... papá... como te ha...

—¿Qué haces Iliucha?

—No te reconcilies con él, papá, no te reconcilies. Los colegiales dicen que te ha dado diez rublos por esto.

—No Iliucha — le contesté yo. — Yo no recibiría dinero de él, por nada de este mundo. Entonces tembló con todo el cuerpo, me tomó la mano en las suyas y se puso á besármela.

—Papá — me dijo — papá, provócalo en duelo. En la escuela, se burlan de mí, dicen que eres cobarde, que no lo provocarás y que tomarás sus diez rublos.

—Provocarlo en duelo, Iliucha, esto me es imposible, — contesté yo.

Y le di las mismas razones que os acabo de dar. Cuando me hubo escuchado:

—Papá — me dijo, — papá, no hagas las paces. Espera, cuando yo crezca, lo provocaré en duelo y le mataré.

Y sus ojitos se encendían cuando me hablaba. Como á pesar de todo soy padre, tuve que decirle esta verdad.

—Es pecado matar, hasta en duelo.

—Papá, — me dice entonces, — papá, lo he de tumbar al suelo. Cuando sea yo grande, haré caer su sable, y me arrojaré sobre él con mi sable alzado le diré: «He podido matarte allí en seguida; pero te perdono, aprende...»

—Ya vé Vd. señor, que ideas tenía metidas en la cabeza durante estos dos días. De día, de noche, pensaba en esta venganza y con ella,

deliraba dormido. Cada día entraba en la escuela apaleado, y sólo he venido á saberlo antes de ayer, y tiene Vd. razón, no lo mandaré más la escuela. Cuando supe que había desafiado, él solo, á toda la clase, que su corazón se hallaba exasperado hasta este punto, tuve miedo por él. Salimos otra vez á pasearnos esa tarde.

—Papá, — me preguntó, — papá ¿no es verdad que los ricos son los más poderosos de la tierra?

—Sí, Iliucha, no hay más poder en el mundo que la riqueza.

—Papá, — agregó él, — yo me haré rico, me haré oficial y venceré á todo el mundo; el Zar me recompensará y volveré aquí donde nadie se atreverá...

Y después de un corto silencio, temblándole los labios:

—¡Papá, que mala ciudad la nuestra!

—Sí, Iliucha, esta ciudad es muy mala.

—Papá, vámonos pues á otra ciudad, una buena ciudad en donde nadie nos conozca.

—Nos iremos, Iliucha, nos iremos; sólo que tengo antes que juntar mucho dinero.

Me alegraba en esta ocasión que se distrajera un poco de estos sombríos pensamientos. Y nos pusimos á hacer proyectos: compraríamos un caballo y un cochecito y nos iríamos para otra ciudad; sentaríamos á su madre y sus hermanas en el coche, las arroparíamos bien, mientras que nosotros dos caminaríamos al lado. A veces subiría él también, pero yo seguiría á pie para no cansar al caballo.

El pensar que tendría un caballo y que lo montaría él mismo le regocijaba. Un muchacho ruso, puede decirse que nace á caballo. Hablábamos pues largamente sobre esto, y daba

yo gracias á Dios por haberle distraído y consolado.

Esto pasaba antes de ayer tarde. Ayer, todo había cambiado. Había vuelto de su escuela triste, muy triste. Por la tarde le cogí de la mano y salimos de paseo. Guardaba silencio sin dirigirme una sola palabra. El viento principiaba á soplar. El sol ya se hallaba cubierto por nubes en el horizonte. El frescor del otoño principiaba á hacerse sentir. Llegaba ya la noche. Subimos así los dos tristemente.

—¿Y bien chiquillo, — le dije, — como hacemos nuestros preparativos de viaje?

Trato de entablar la conversación de la víspera; pero no me contesta. Sólo siento sus dedos temblar en mi mano.

—Esto va mal, — me dijo, — hay novedad.

Llegamos como lo hacemos ahora hasta esta piedra. Aquí, ambos nos sentamos. En ese momento estaban allí lanzando cometas. Había lo menos treinta zumbando y echando remolinos. Como sabrá Vd. es ahora la estación.

—¡Y pues! Ylioucha, — le dije yo, — ya sería tiempo de lanzar nuestra cometa del año pasado. Ya es preciso prepararlo, ¿á dónde la has guardado?

No me contesta y mira hacia el otro lado. De repente se pone á soplar el viento y levanta polvo. Se tira el chico sobre mí y me envuelve el cuello con sus manitas apretándome. Usted sabe bien los niños cuan silenciosos y orgullosos son, cuan largo tiempo retienen sus lágrimas, cuan hondamente sufren y que cuando lloran, lloran no con lágrimas sino con torrentes de lágrimas y mi cara se sintió inundada por uno de esos llantos. Trémulo por los sollozos me apretaba entre sus brazos; yo quedé aterrado sobre la piedra.

—¡Papaito! ¡papaito! Mi querido papaito, cómo te ha humillado!...

Entonces yo también me eché á llorar y quedamos allí los dos sacudidos por la misma emoción.

—¡Mi papaito! ¡mi papaito! — repetía él. — Y yo le contestaba, — ¡Mi Iliucha! ¡mi Iliuchita. Nadie nos ha visto en este momento. Dios solo fué testigo. Tal vez cuente esto en mis notas de servicio. Dele gracias á su hermano, Alexcy Federovitch! En cuanto á pegarle á mi muchacho por satisfacción, eso no lo haré.

Y acabó con esta bufonada llena de maldad.

Sin embargo Alexy comprendió que había adquirido su confianza y que el capitán no le hubiera hablado así á otro hombre como acababa de hacerlo con él. Y este pensamiento le dió valor.

—¡Ah! si yo pudiera reconciliarme con vuestro hijo, — exclamó. — Si Vd. lo consiguiera.

—Perfectamente, — murmuró el capitán.

—Pero ahora no se trata absolutamente de esto. Escuche. Escúcheme Vd. Tengo un encargo que hacerle. Mi hermano, ese mismo Dimitri, ha ofendido también á su novia, una joven noble de la cual habrá Vd. oído hablar. Tengo el derecho de hablarle á Vd. de esta ofensa y hasta debo hacerlo. Pues cuando supo su humillación y comprendió á la vez su situación desgraciada me ha encargado entregarle á Vd. este socorro de su parte. Pero no es más que de su parte y no de la de Dimitri, que la ha abandonado á ella también, ni es tampoco de mi parte, de mí, que soy el hermano de Dimitri. Si, en una palabra, de ella, y de ella sola... Ambos habéis sido ofendidos por el mismo hombre... Y hasta

que no recibió una ofensa semejante, no se acordó de Vd., su ofensa fué tan grande como la vuestra. Esto quiere decir que una hermana quiere ayudar á un hermano... Es únicamente en este sentido como me rogó que aceptara usted estos doscientos rublos, sabiendo cuan útiles os pueden ser. Nadie sabrá nada de esto, no se hablará jamás de ello. Aquí están los doscientos rublos y creo que debe usted aceptarlos, de otro modo todos seríamos enemigos y sin embargo en este mundo todavía hay hermanos... Vd. tiene un alma noble, y debe comprender esto!... — y Alexy le alargó dos billetes nuevos de cien rublos...

Se hallaban en este momento cerca de la gran piedra, estaban solos, no se veía á nadie.

Los billetes del Banco parecían producir al capitán una gran impresión, se estremeció sorprendido. No podía imaginarse semejante cosa, y tal desenlace era completamente inesperado. Jamás había soñado tener un socorro de alguien y menos que fuera tan considerable. Tomó los billetes y durante un minuto no pudo contestar nada. De pronto su fisonomía tomó una expresión nueva:

—¡Y son para mí! ¡para mí! ¡Doscientos rublos, tanta plata, mis padrecitos! ¡Hace cuatro años que no he visto tanto dinero! ¡Señor! Y dice Vd. que es como una hermana... ¿Será esto verdad?

—Le juro que todo lo que he dicho es verdad. — exclamó Alexy.

El capitán se enrojeció.

—Escúcheme, querido amigo, escúcheme. Si yo los acepto ¿no seré un canalla? A sus ojos Alexy Fedorovitch, no quedaré como un ser despreciable, ¿no es verdad? escúcheme, escúcheme Alexy Fedorovitch! — decía con

voz precipitada, tocando á Alexy con la mano. — He aquí, que Vd. me persuade de que debo aceptar esto porque es una «hermana» quien me lo manda. ¿Pero en su conciencia no sentiría Vd. desprecio por mí si yo lo aceptase?

—No, no. Se lo juro por lo más sagrado que tengo en el mundo. Nadie lo sabrá más que nosotros. Vd. ella, yo y una señora que es su gran amiga...

—¡Qué me importa la señora! Escuche Alexy Federovitch, puesto que el momento de confesarlo todo ha llegado. Vd. no puede comprender lo que serán para mí estos doscientos rublos,—decía el desgraciado capitán, como en éxtasis desordenado.

El capitán parecía completamente desconcertado, hablaba con precipitación y como si temiese no tener tiempo de decirlo todo.

—Sin hablar de que esto es adquirido honradamente,—añadió,—recibido de una «hermana» tan estimable como santa, piense Vd. que puedo emplearlo en curar á la madre y á Iliucha mi angelito jorobado. El doctor Herzenselstube vino á verlos y los ha examinado una hora entera; lo ha hecho por bondad. «No comprendo nada, me dijo, el agua mineral que hay en la botica le haría bien á la madre, lo mismo que los baños de pies.» Esta agua mineral cuesta treinta kopeks y serían preciso lo menos cuarenta botellas.

Entonces tomé la receta y la puse debajo de las imágenes.

Para Ninotchka ha recetado que tome un baño caliente compuesto de toda clase de hierbas, uno por la mañana y otro por la tarde. ¿Cómo podíamos seguir semejante cura? en casa, sin criados, sin nadie que nos ayude,

sin recipientes, sin agua. Y sin embargo la pobre muchachita está toda reumática. Durante la noche todo el costado derecho le duele. Sufre horriblemente. Pero, parece increíble, hace grandes esfuerzos para no quejarse, para no molestarnos, para no despertarnos.

Nosotros comemos no importa que, lo que se encuentra. El último pedazo es lo que ella toma, lo que queda, que sólo sirve para arrojarlo a un perro. «Yo no merezco este pedazo, parece decir, os privo de él, soy una carga».

Esto es lo que la mirada de angel parece expresar. Si la servimos, lo siente: «No lo merezco; no soy más que una miserable lisiada, una inútil». ¡Qué, ella no lo merece, ella que con su dulzura de angel interviene por nosotros ante Dios!... Sin ella, sin sus palabras, el infierno estaría en casa.

Ha conseguido suavizar el carácter de mi hija Bárbara. Y á esta no la juzgueis mal tampoco, también es un angel, también una humillada.

Cuando llegó á casa este verano traía diez y seis rublos que había ganado dando lecciones, lo que reservaba para su vuelta á Petersburgo en el mes de septiembre, es decir ahora. Ese dinero se lo hemos gastado nosotros y ahora no hay medio de que regrese. Así están las cosas, luego que ella no podría volver pues trabajaba para nosotros como un presidiario. Es la que nos cuida, la que limpia, la que barre, la que acuesta á la madre, y la madre es caprichosa, es llorona, es loca. Usted comprenderá que ahora, con estos doscientos rublos, podré tener un criado. Comprende Vd. Alexy Federovitch.

Podré empezar la cura de estos queridos se-

res, enviar á la estudiante á Petersburgo, comprar carne, en una palabra, establecer un nuevo régimen. ¡Señor! ¡esto es un sueño!

Alexy se sentía muy satisfecho de causarle tanta felicidad y ver al desgraciado someterse.

—Espérese Alexy Federovitch, espérese, —dijo de repente el capitán, y se puso á hablar con una precipitación grande.

—Pero ¿sabe Vd. que ahora podríamos realizar el ensueño que habíamos hecho con Iliucha?... Compráramos un caballo y un coche, un caballo bayo, me ha dicho que quiere que sea bayo y nos iríamos como dijimos anteayer.

En el gobierno de Kiev conozco un abogado, amigo de la infancia, un hombre en quien tengo mucha confianza. Este me ha dicho que me daría en su bufete una colocación, la de secretario, si iba á Kiev. Y quien sabe, tal vez me la daría... Entonces me llevaría á la madre y á Ninotchka; pondré á Iliucha á dirigir y yo caminaré al lado... ¡Señor! Si solamente pudiera yo cobrar una deudita, esto tal vez bastaría.

—Esto bastará, esto bastará,—dijo Alexy, —Katerina Yvanovna le mandará aun más, todo lo que Vd. quiera, además yo también tengo dinero, Vd. me pedirá lo que necesite como á un amigo, como á un hermano y más tarde me lo devolverá, pues será rico, sí, será rico. ¿Y sabe Vd. que jamás pudo imaginarse cosa mejor que mudarse á otra provincia? Es la salvación usted y sobre todo la de su hijo. Y esto debe Vd. hacerlo lo antes posible, antes que entre el invierno con sus frios. Vd. nos escribirá desde allá y seremos hermanos... No, esto no es un sueño.

Alexy quería abrazarle, tal era su contento. Pero mirando al capitán se paró de repente.

Este, con la cabeza extendida, los labios salientes, el rostro trastornado y pálido murmuraba algo que no se entendía. No hablaba y movía los labios de una manera extraña.

—¿Qué tiene Vd? — preguntó Alexy estremeciéndose.

—¡Alexy Fedorovitch!... Yo... le... — murmuraba el capitán, mirando al su interlocutor de un modo extraño y salvaje, conservando sin embargo su sonrisa.

—¿Quiere Vd. que yo le enseñe una suerte? — dijo de pronto con voz baja, pero sin excitación.

—¿Qué suerte?

—Una suertecita, — dijo el capitán.

Su boca se contrajo, guiñando el ojo izquierdo y mirando a Alexy como fascinado.

—¿Pero que tiene Vd.? ¿qué suerte? — dijo Alexy asustado.

—Mire Vd.

Y enseñando los dos billetes de cien rublos que durante toda la conversación había mantenido entre sus dedos, los tomó con la mano izquierda y con rabia los arrugó y los apretó fuertemente.

—¿Ha visto Vd.? ¿ha visto Vd.? — exclamó pálido y exasperado; y levantando de repente su puño, arrojó al suelo los dos billetes arrugados.

—¿Ha visto Vd.? — repetía señalándolos con el dedo. — Pues hélos aquí...

Y levantando su pie derecho los pateó con cólera salvaje, exclamando a cada golpe:

—He aquí su dinero, helo aquí.

De pronto, retrocedió dando un salto y se irguió ante Alexy. Toda su actitud era de un orgullo inexpresable.

—Vuelva Vd. y dígame que la Motchalka

no vende su honor, — dijo con gesto imperativo y volviéndose se echó a correr.

Pero apenas hubo dado unos pasos se volvió y le mandó con la mano un beso a Alexy. Corrió de nuevo y volviéndose en seguida, pero ahora sin sonrisa, tenía la cara bañada en lágrimas.

Con voz precipitada y temblorosa le gritó:

—¿Qué le hubiera dicho yo a mi muchacho si acepto este dinero por mi venganza?

Y dicho esto se alejó sin volver más la cara. Alexy le siguió con la vista lleno de tristeza.

¡Oh! bien comprendía que el capitán hasta el último momento no sabía si arrugaría y botaría los billetes.

El capitán siguió corriendo sin volverse, Alexy comprendió que no lo haría más. Correr detrás y llamarle le parecía inútil. Así que el capitán desapareció Alexy recogió los billetes. Estaban muy arrugados y medio enterrados en la arena, no estaban rotos. Alexy se los guardó y regresó a casa de Katerina Ivanovna para darle cuenta de lo sucedido.

XI

Hacía quince días que Iliucha no dejaba la cama. Hacía mucho tiempo, desde el día que había encontrado a Chestomarov y le había mordido el dedo, que no había vuelto a la clase. Había sido ese mismo día cuando se sintió enfermo.

Durante un mes pudo todavía andar por su cuarto y por el vestíbulo. Después se encontró tan débil que no podía dar un paso sin la ayuda de su padre.

El capitán estaba muy asustado de la enfermedad de su hijo, hasta tal punto que dejó de beber. La idea de que Iliucha podía morir le enloquecía, y á veces después de haberlo paseado por el cuarto y acostarlo en su cama, iba á esconderse en un rincón del vestibulo, y allí con la frente baja lloraba con sollozos ahogados y temblorosos temiendo ser oído por Iliucha.

Cuando volvía á la habitación se esforzaba en distraer y consolar á su hijo contándole historias y anécdotas, imitando á las personas ridículas que había visto durante el día ó imitando las voces de los animales.

A Iliucha no le agradaba ver á su padre haciendo bufonadas, sin embargo no decía nada. Comprendía con dolor que su padre había sido humillado en la sociedad y se acordaba del «terrible día».

A Ninotchka, la pobre lisiada, tímida y dulce no le gustaba tampoco ver á su padre hacer el bufón. Su madre se divertía mucho con tales escenas y se reía con todo el corazón de ver á su marido haciendo gestos cómicos. Era su única distracción. Todo lo demás del día lo pasaba gruñendo, lloriqueando, diciendo que la hacían desgraciada. Un cambio inesperado se había mostrado en ella en estos últimos días. Con frecuencia miraba al rincón en que estaba acostado Iliucha, se había vuelto más silenciosa y si lloraba lo hacía en voz baja para no ser oída.

El capitán observaba estos cambios con amargura y sorpresa. Primero la visita de los niños no había agradado á la madre de Iliucha, y la encolerizaban. Más tarde los gritos alegres la distraían y la animaban hasta tal

punto que hubiera tenido pena al ver que no venían.

Cuando los niños cantaban algo divertido se reía y batía las manos; llamaba á algunos de ellos á su lado y hasta llegaba á besarlos.

Quería sobre todos á Surov.

En cuanto al capitán las visitas de los niños para distraer á Iliucha le colmaron de alegría y le hacía conflar en que pronto dejaría su hijo aquella tristeza y que sus amigos lo curarían.

Desde el primero hasta el último día no dudó jamás de esta curación, y esto apesar de sus grandes temores. Consideraba á sus jóvenes visitantes con una especie de veneración, recibíales lo mejor que podía. Siempre dispuesto á hacerles subir sobre sus espaldas. Habían empezado este juego pero no le gustó á Iliucha; entonces les compraba toda clase de chucherías, avellanas, pasteles, te, tortas, etc. Dinero no le faltaba, se lo daba Katerina Ivanovna; como ya se sabe se había sentido cruelmente herida por la conducta indigna é injusta de su novio, y había querido repararla ayudando en su miseria á la familia Sneguirev.

Pero el capitán sólo cuando llegó á temer por la vida de su hijo, aceptó el primer socorro.

Katerina Ivanovna habiendo conocido las causas de la enfermedad de Iliucha fué á visitar esta familia desgraciada. Hizo amistad con ella, y supo conquistarse las simpatías de la mujer del capitán.

Su generosidad no se cansaba; por encargo de ella Herzentshtubé, el médico mejor de la ciudad venía á ver á Iliucha cada dos días; pero apesar de sus drogas el enfermo no mejoraba.

En fin, el domingo en que hemos empezado

esta historia, un nuevo médico recién llegado de Moscou y que pasaba por ser una celebridad, debía visitar al enfermito. Había sido Katerina Ivanovna, la que mediante una fuerte suma, lo había hecho venir de la capital, no precisamente para Iliucha, sino para que visitara á uno de sus parientes, y había Katerina aprovechado esta ocasión para que viera también á Iliucha.

En cuanto á Krasotkin cuyo recuerdo tanto hacía sufrir al enfermito, no obstante desear tanto su visita, ya no se pensaba en ella por creerlo imposible.

VII

Cuando Krazotkin abrió la puerta y entró en la habitación, el capitán y los muchachos rodeaban la camita de Iliucha, examinando el perrito que acababan de traerle el cual debía de hacerle olvidar la desaparición de Youtchka.

Iliucha ya sabía, hacía tres días que iban á darle un perrito de raza y parecía estar muy contento con este regalo. Veía en ello una delicada atención; pero en el fondo, como podían verlo todos, este perro no hacía más que excitar el recuerdo de Youtchka. Con la mano pálida y enflaquecida acariciaba al perrito que se movía junto á él. Le agradaba hacerlo, pero no era Youtchka. Si hubiera tenido allí á Kolia y al perrito su felicidad hubiera sido completa.

—He aquí á Krazotkin.—gritó uno de los muchachos viendo á Kolia.

Los muchachos se separaron é hicieron sitio

junto á la cama de Iliucha. El capitán se adelantó para recibirle.

—Entre Vd., entre Vd., mi querido huésped, —murmuró el capitán,—aquí está el señor Krazotkin que viene á visitarte.

Pero, Krazotkin tendiendo la mano al capitán, había mostrado su gran costumbre del mundo.

Ante todo se dirigió hacia la mujer del capitán, sentada en el sillón. Estaba en este momento muy irritada porque los niños rodeando la cama no la dejaban ver el perrito. Kolia se inclinó ante ella y volviéndose hacia la segunda señora, Ninotchka, la saludó también.

Tal política impresionó agradablemente á la mamá.

—He aquí,—dijo ella, gesticulando,—como se conoce un joven que es bien educado. No es como esos que entran aquí á caballo el uno sobre el otro.

—¿Como mamá, el uno sobre el otro?—dijo el capitán con voz tierna, por temor de una salida de la mamá.

—Sí, sencillamente, á caballo; el uno monta sobre las espaldas del otro, ahí fuera en el vestíbulo y entran así en la casa de una familia honrada. ¡Y esto lo llaman visitas!

—Pero ¿quién, mamá, ha venido aquí así?

—Este sobre ese, y aquel sobre este otro...

Kolia se acercó á la cama de Iliucha.

Este palideció á su vista. Se incorporó y le miró fijamente.

Hacía ya dos meses que Kolia no había visto á su amigo. Le llamó mucho la atención verle: no había podido figurárselo con aquella cara tan flaca y tan amarilla, con aquellos ojos tan grandes y encendidos por la fiebre, con las manos secas. Notó sobre todo con sorpresa,

la respiración fatigosa y la blancura de los labios. Dió un paso más, le tendió la mano y muy conmovido, le dijo:

—Y bien mi amigo... ¿cómo sigues?

Pero su voz ahogábase por la emoción. Dejó su aire de indiferente, su cara se contrajo y sus labios temblaron.

Iliucha contestó con sonrisa de enfermo, sin fuerzas para articular una sola palabra. Kolia levantó la mano y sin saber porque la pasó por los cabellos de Iliucha.

—No es nada, — dijo Iliucha dulcemente, como queriendo darle valor á su amigo.

Hubo un momento de silencio.

—Toma ¿tienes un nuevo perro?—dijo Kolia esforzándose por hacer su voz indiferente.

—Sí,—dijo Iliucha esforzándose.

—Tiene narices negras; esto indica que será malo y habrá que matarlo,—añadió Kolia con aire firme y grave, como si toda la importancia de la conversación estuviera en el perro y en el color de sus narices.

La verdad es que Kolia se esforzaba cuanto podía en reprimir sus sentimientos y no llorar como un «niño».

—Cuando crezca habrá que ponerle una cadena; ya los conozco.

—Será muy grande,—dijo uno de los muchachos.

—Seguramente un perro de esta raza se vuelve grande como un becerro,—dijeron los otros.

—Como un becerro, como un verdadero becerro,—añadió el capitán.—He ido á buscarlo expresamente muy malo; sus padres son también muy grandes y muy malos... Pero siéntese, si quiere Vd. sobre la cama de Iliucha, ó bien aquí sobre el banco, querido huésped,

tan largo tiempo esperado... ¿No ha venido usted con el señor Alexy.

Krazotkin se sentó á los pies de la cama de Iliucha.

Había preparado durante el camino los diversos puntos de su conversación pero al entrar todo se le había olvidado.

—No, he venido con Pérezvon, mi perro. Pérezvon es un nombre eslavo... Está esperando en la puerta. No tengo más que silbar para que entre corriendo.—Y añadió volviéndose á Iliucha. — Yo también tengo un perro. ¡Dime, te acuerdas de Youtchka?

Con esta palabra, que fué lanzada como un rayo Iliucha cambió de fisonomía y miró á Kolia con expresión dolorosa. Alexy, que se hallaba cerca de la puerta, frunció las cejas y con disimulo le hizo señas á Kolia para que no hablara del perro.

Kolia no notaba nada ó más bien no quería notarlo.

—¿Pero... dónde está... Youtchka? — preguntó Iliucha con voz debil.

—¡Ay! mi buen amigo. Tu Youtchka fué...! Se ha perdido.

Iliucha no dijo una palabra, pero miró fijamente á Kolia.

Alexy le buscaba con la vista para hacerle comprender que debía callarse; pero el muchacho no miraba hacia aquel sitio ó fingía no comprender.

—...á algún lado se ha escapado y se ha perdido. No podía ser de otra manera con el buen pedazo que le diste,—decía Kolia sin piedad. —Pero en cambio está Pérezvon el de nombre eslavo... te lo he traído.

—No, no quiero... — dijo Iliucha.

—Es que quiero que lo veas, y lo vas á ver...

te va ha distraer. Lo he traído expresamente. Tiene tanto pelo como el otro.

—Usted me permite señora, que haga entrar á mi perro,—dijo volviéndose hacia la señora Sneguirev muy emocionado.

—No, no quiero,—repetía Iliucha con voz dolorida. Y su reproche se leía en sus ojos.

—Usted hará bien... —intervino entonces el capitán levantándose,— Vd. hará bien... otra vez.

Kolia insistiendo gritó de pronto á Scurov:

—Scurov abre la puerta.

Apenas Scurov abrió, Kolia silbó y Pérezvon se precipitó en el cuarto.

—¡Vamos, salta Pérezvon! ¡siéntate! ¡siéntate! —gritaba Kolia desde su sitio.

El perro se sentó sobre las patas de atrás enfrente mismo de la cama de Iliucha.

Nadie sabía lo que iba á pasar.

Iliucha se estremeció y esforzándose se inclinó hacia Pérezvon, exominándole con una fijeza que asustaba.

—¡Es Youtchka!... —exclamó con voz desfallecida por el dolor y la alegría á la vez.

—¿Y quien podía ser?—dijo Kruzonkin con voz sonora y feliz.

Y agarrando al perro lo subió á la cama.

—Míralo bien, ya lo ves un ojo tuerto y una oreja desgarrada: son exactas las señas que me habías dado y por las cuales lo he podido encontrar. Lo encontré en seguida y como no era de nadie... lo tomé,—dijo volviéndose hacia el capitán, hacia la señora y luego á Iliucha.

—Estaba acurrado en un patio, donde nadie le daba de comer. Es un perro que viene de un pueblo vecino y lo he encontrado en ese sitio... No había llegado á tragarse tu pedazo, sino es

eso, ya hubiera muerto. Lo había arrojado puesto que lo ves vivo y en esto sin duda no te fijaste. Lo había arrojado y si gritó fué porque le había picado en la lengua. Corría y aullaba y es lo que te hizo creer que algo había tragado. Debió gritar mucho y muy fuerte, pues la epidermis de la lengua de los perros es muy delicada, mucho más que la de los hombres.

Kolia continuó así muy animado y con la cara radiante de gozo.

Iliucha no podía decir ni una palabra. Miraba á Kolia con sus grandes ojos dilatados, la boca abierta y pálido como un lienzo.

Si Krazotkin hubiera pensado las consecuencias dolorosas y tristes que tal escena habían de producir sobre el enfermo, no hubiera seguramente, obrado así. Pero en el cuarto no había más que Alexy que pudiera comprenderlo.

El capitán se había vuelto como un niño.

—¡Youtchka! ¡es el mismo Youtchka!—exclamó Iliucha.—Es el, es Youtchka, mamá, es Youtchka.

Y lloraba.

—Y yo que no lo había adivinado. —exclamaba amargamente Scurov. — ¡Ah! este Krazotkin, bien decía yo que lo encontraría, y lo ha encontrado.

—Sí, ya le encontró, —dijo otro muchacho con voz alegre.

—Bravo, Krazotkin, —exclamó un tercero.

—Bravo, bravo, —gritaron los demás aplaudiendo.

—Pero espérense Vds., espérense un poco,

—gritaba Krazotkin con voz que dominaba.

—Quiero contarles como ha sucedido esto:

«Cuando hube encontrado al perro lo escondí en casa y lo encerré con llave. Hasta hoy no

lo había enseñado á nadie. Scurov sólo, supo hace quince días que yo tenía un perro, pero le persuadí de que este perro se llamaba Pérezvon y mientras tanto le enseñaba á Youtchka, toda clase de suertes. Vean Vds. todo lo que sabe hacer. He enseñado á Pérezvon así, para traértelo á tí, bien enseñado y sano. Ya ves mi amigo lo bien que está Youtchka ahora. ¿No tendrían Vds. un pedazo de carne? Va á hacer una suerte que os moriréis todos de risa. Denme un pedazo de carne. ¿lo tienen?

El capitán corrió por el vestibulo hacía la cocina del propietario, donde cocinaban para la familia.

Entre tanto, Kolia, con una precipitación exagerada, le ordenaba á Pérezvon que hiciera el muerto. Pérezvon se puso en seguida á dar vueltas, se echó sobre las espaldas y quedó inmóvil con las cuatro patas en el aire.

Los muchachos reían. Iliucha, miraba siempre con la misma sonrisa dolorosa, pero á la mamá sobretodo, le gustaban las suertes de Pérezvon.

Se puso á reir y sonando los dedos:

—Pérezvon, Pérezvon.

—No se levantará por nada de este mundo, — dijo Kolia con aire triunfante. — Aun cuando todos aquí le llamaran; mientras que yo, con una palabra se levanta... ¡Aquí Pérezvon!

El perro levántose y comenzó á dar saltos y á dar gritos de alegría. En este momento entraba el capitán trayendo un pedazo de carne cocida.

—¿No está caliente? — dijo Kolia con tono importante y tomando el pedazo. — No, no está caliente. Pregunto esto, por que á los perros no les gusta comer caliente. Miren bien todos. Iliucha, mira también; ¿por qué no

miras? Lo he traído expresamente para tí y ni siquiera lo miras.

La nueva suerte de Pérezvon, consistía en quedarse inmóvil con el pedazo de carne sobre las narices; y era preciso permanecer así, hasta que el amo quisiera y podía durar una media hora. Felizmente, para Pérezvon, esta vez no duró más que un instante.

—¡Cójelo!—exclamó Kolia y en seguida puso el pedazo de las narices de Pérezvon, á la boca.

Inútil es decir que el público, aplaudió con frenesí.

—¿Entonces ha sido por esto, por enseñar al perro, por lo que ha estado Vd. tanto tiempo sin venir? — dijo Alexy con tono de reproche involuntario.

—Por esto ha sido, — respondió Kolia con suma sencillez. — Quería presentarlo en todo su esplendor.

—Pérezvon, Pérezvon, — dijo de repente Iliucha, sonando sus deditos.

—¿Qué, quieres que suba á tu cama? Aquí, Pérezvon.

Kolia golpeó con la mano la cama y al momento Pérezvon saltó junto á Iliucha. Este tomó la cabeza del perro entre sus manos y Pérezvon se lo agradeció lamiéndole la cara. El muchacho se apretó contra el perro y extendiéndose en su cama, escondió la cara en los largos pelos de Pérezvon.

—¡Oh! ¡señor! ¡señor! — exclamaba el capitán.

Kolia volvió á sentarse en la cama.

—Tengo todavía otra cosa que enseñarte Iliucha. Quiero enseñarte un cañoncito. Te acuerdas cuando te hablaba de él y me decías que querías verlo, pues, aquí te lo traigo.

Y Kolia, siempre afanoso, sacó el cañoncito de cobre.

Otro día hubiera esperado á que Perezvon obtuviera todo su éxito, pero hoy no quiero. «Puesto que somos tan felices, venga más felicidad», pensaba él.

—Hacía tiempo que lo miraba en casa del funcionario Morozov y era para tí, mi amigo. Este cañon no hacía nada en aquella casa. Lo tenía para su hermano y se lo he cambiado por un libro de la biblioteca de mi padre, era: «El pariente de Mahoma ó la tontería como remedio». Este libro fué impreso hace cien años, es muy curioso. Lo imprimieron en Moscou antes de la censura. A Morozov le gustan estos libros. Hasta me lo agradeció...

Kolia tenía en su mano el cañoncito para que todos pudieran verlo y gozaran del espectáculo.

Iliucha se incorporó en su cama y teniendo siempre á Perezvon en su brazo derecho, examinó el juguete con curiosidad.

Pero el efecto fué mucho mayor cuando Kolia añadió que tenía pólvora y que podía dispararlo ahora mismo si las señoras no se asustaban.

La mamá pidió el juguete para verlo de cerca y en seguida se le dió.

El cañoncito de cobre con sus ruedas móviles, le gustó enormemente y lo hizo rodar sobre sus faldas.

Le pidieron permiso para dispararlo, y consintió inmediatamente, sin comprender lo que se le pedía.

Kolia enseñó la pólvora y unos granos de plomo. Como antiguo militar, el capitán se encargó él mismo de cargar la pieza con un po-

co de pólvora, y pidió que dejaran el plomo para otro día.

El cañoncito fué colocado en el suelo, apuntando á un rincón. Con un fósforo se le dió fuego; y estalló con ruido estruendoso.

La «mamá» se estremeció y se puso á reír de alegría.

Los muchachos, miraban con aire silencioso y triunfante; el capitán estaba encantado y no dejaba de mirar á su hijo.

Kolia recogió el cañoncito y se lo dió á Iliucha con la pólvora y el plomo.

—Es para tí, para tí, para quien lo he preparado hace tiempo, — decía con voz alegre.

—No, regálamelo á mí, más bien, — dijo la «mamá» como la hubiera dicho un niño.

La inquietud que tenía por no poseer el cañon, se revelaba en su cara. Kolia se turbó. El capitán mostrábase también muy inquieto.

—Mamá, mamá, — dijo el capitán acercándose á su mujer, — el cañon es tuyo, tuyo. Lo tendrá Iliucha, por que se lo han dado; pero es como si fuese tuyo; te lo prestará para jugar y será de Vds. dos.

—No, yo no quiero que sea para los dos, lo quiero para mí solo, no para Iliucha — dijo la mamá á punto de llorar.

—Tómalo mamá, — dijo Iliucha. — Krazotkin, yo puedo dárselo, ¿verdad? — le dijo á Kolia con tono suplicante.

—Sí, sí, — respondió Krazotkin, y tomando el cañon de las manos de Iliucha se lo llevó á la mamá, saludándola cortesmente.

La mamá lloró de agradecimiento.

—¡Mi querido Iliucha! ¡eres uno de los que ama á su mamá! — exclamó ella, volviendo á rodar el cañoncito sobre su falda.

—Déjame besar tu mano mamá, — dijo el

capitán; y tomando la mano de su mujer se la besó.

—Es un muchacho encantador, — dijo la buena señora, señalando á Krazotkin.

—En cuanto á la pólvora, Iliucha, te traeré cuanta quieras. Nosotros mismos la fabricamos. Uno de mis amigos me ha enseñado á fabricarla: Se toman veinte y cuatro parte de nitro, diez de azufre y seis de carbón de leña, se mezcla con un poco de agua, para formar una pasta que se pasa á través de un paño y la pólvora está hecha.

—Scurov ya me ha hablado de vuestra pólvora, pero papá dice que no es la verdadera.

—¿Cómo que no es la verdadera? — dijo Kolia enrojándose. — Pues ello bien parece... Además, no sé...

—No, no, no es esto, — dijo el capitán turbado. — Es verdad que he dicho que la verdadera pólvora no se hacía así; pero esto no impide que sea buena esta otra.

—Yo no sé, Vd. sabe más que nosotros. Sin embargo hemos prendido un poco en una parte y ha quemado muy bien, dejando poco residuo. No era más que pasta, si la hubiéramos cernido... Vd. sin embargo es más conocedor que yo. Pero á propósito, — dijo á Iliucha, — no has oído hablar de que Boulkine ha sido castigado por su padre, por nuestra pólvora?

—Sí, he oído hablar de esto, — dijo el enfermito que escuchaba á Kolia con apasionamiento.

—Habíamos preparado una botella de pólvora y él la guardaba debajo de su cama. Su padre lo supo: «Esto puede hacer explosión», exclamó; y castigó á Boulkine como podéis imaginarlo. Quería quejarse en el Liceo y des-

de entonces, no quiere que su hijo venga conmigo. Y esto se lo han prohibido á todos, á Scurov y otros. Tengo ahora una reputación de diablo, — añadió con una sonrisa de desprecio. — Todo esto ha empezado con la historia del ferrocarril.

—Sí, hemos oído hablar también de esto, — dijo el capitán. — ¿Pero, como ha podido Vd. quedarse allí? ¿Verdaderamente, no tuvo Vd. miedo cuando el tren pasó por encima de Vd?

El capitán buscaba conquistarse las simpatías de Kolia.

—No, no mucho, — dijo tranquilamente Kolia. — Pero lo que más daño ha hecho á mi reputación, es ese maldito ganso.

Y aunque Kolia afectaba un aire distraído, contando sus hazañas, no podía refrenarse y hablaba á tontas y á locas.

—Sí ya me han contado esta historia, — dijo Iliucha sonriendo. — Me lo han contado, pero no he entendido bien. ¿Es verdad que te llamaron ante el Juez de paz?

—Es una historia muy tonta, una cosa insignificante que han exagerado desmedidamente como cosas de este pueblo. He aquí como sucedió: Pasaba yo un día por la plaza en el momento que pasaba una manada de gansos. Me detuve á mirar estos animales. De pronto, un muchacho, Vichniakov, que ahora está de criado en casa de los Peatnikov, me mira y me pregunta: «¿Por qué miras tú estos gansos?»

Yo miro á Vichniakov, es un muchacho de unos veinte años con la cara redonda y tonta. Como Vds. saben, soy amante del pueblo y fácilmente desciendo á él. Nosotros estamos demasiado alejados del pueblo. Creo que Vd. se rie, Chestomarov.

—Yo, no, Dios no lo quiera, os escucho muy

atentamente, — respondió Alexy con aire bondadoso.

Y el susceptible Kolia volvió á tomar el hilo de su discurso.

— Mi teoría, ve Vd. Chestomarov, es sencilla y clara. Tengo una fe profunda en el pueblo y siempre estoy muy dispuesto á hacerle justicia, sin mimarlo mucho. Es el «sine qua»... Pero ahora se trata del ganso. Me dirijí á este imbécil y le contesté: «Trato de adivinar lo que piensa el ganso.» Me miró con aire muy sorprendido. — «¿Y qué piensa el ganso?» — «¿Tú ves esta carreta con avena y esta avena que sale del saco? ¿ves el ganso que pica el grano debajo de la rueda, ves tú esto? — Ya lo veo». — «Sí esta carreta fuera empujada, ¿la rueda cortaría la cabeza del ganso? ¿Sí ó no?» — «Seguramente, la cortaría; y el mujik abrió tamaña boca, extremeciéndose de alegría. — «Entonces, ensayémoslo mi amigo». — «Vamos», me contestó él. No tardamos mucho. El haló de la brida mientras yo quedaba junto al ganso para empujarle. En este momento, el amo miraba á las moscas ó conversaba con alguien. No tuve pena de dirigir al ganso, el mismo colocó su pezcuezo debajo de la rueda. Hice una seña al muchacho, tiró y la cabeza fué cortada en seco. Todo el mundo nos vió entonces. Y todos gritaron á la vez: «Lo ha hecho expresamente». — «No». — «Sí, fué expresamente», después gritaron: «A casa del juez de paz». Y me llevan con ellos. — «Tú estabas allí, tú lo has ayudado. Todo el mundo te conoce en el mercado».

— Y es verdad, no sé porqué; pero todos me conocen en el mercado, — añadió Kolia con aire satisfecho.

— Fuimos pues todos ante el juez de paz, el

ganso cerraba la marcha. Entonces el muchacho, tuvo miedo y se puso á gritar como una mujer. El amo del ganso estaba colérico.

— «Todos me los podrían matar así», — decía él.

Había testigos, naturalmente. El juez no deliberó mucho tiempo. Juzgó que el muchacho debía de pagar un rublo al vendedor y quedarse con el ganso. Acabó recomendándole no volverlo hacer. El muchacho lloraba siempre.

— «No fui yo, él me arrastró», — y me señalaba.

A esto, contesté yo tranquilamente, que no le había arrastrado, que sólo había expresado la idea, que solo era un «proyecto».

El juez no pudo contener una carcajada, por lo que se enfadó consigo mismo.

— «Voy á decírselo á vuestros profesores, — me dijo, — para que no hagáis tales «proyectos» en el porvenir y os ocupéis más en vuestros libros y en vuestras lecciones».

— No les ha dicho nada á mis profesores. Habló de broma, lo que no quitó que se divulgara, hasta llegar á oídos de ellos. Los profesores clásicos han sido los que mas se enfadaron. Felizmente Dardanelov me defendió, pero desde entonces Kolbasnikov es malo para mí como un asno rojo. ¿No sabes tú, Iliucha, que se ha casado con mil rublos de dote, pero su mujer tiene una cabeza de primer orden y de último grado? Los alumnos del tercer curso han compuesto un epigrama sobre esto, que es muy divertido, yo te lo traeré. De Dardanelov no quiero decir nada; es un hombre instruido, un verdadero erudito. Me gustan las personas así, no porque haya tomado mi defensa...

—Sin embargo, lo has vencido en tú pregunta acerca de la fundación de Troya, — interrumpió Scurov que estaba muy orgulloso de Krazotkin y que se había divertido mucho con la historia del ganso.

—¿Ah, es verdad, Vd. lo ha vencido? — dijo en capitán muy cariñoso con Krazotkin. — Habíamos ya oído hablar de esta cuestión de Troya. Iliucha nos ha contado la cosa.

—Sabe todo papá, lo sabe todo, mejor que nosotros, — dijo Iliucha á su vez. — Sin hacer alarde de ello, es el mas fuerte en todas las ciencias...

Iliucha contemplaba á Kolia con una felicidad infinita.

—Esta cuestión de Troya es una tontería, para mí es una cuestión insignificante, — dijo Kolia con modestia fingida.

Había ya tomado su tono ordinario pero todavía sentía alguna inquietud.

Se sentía muy agitado y pensaba que había sido demasiado expansivo contando la historia del ganso.

Alexy guardaba silencio conservando siempre su aire serio, lo que hizo dudar un momento al susceptible Kolia.

—«Tal vez, pensaba, guarda silencio porque me desprecia y cree que necesito de su aprobación. Si es así...»

—Considero esta cuestión, como una cosa fútil, — añadió con tono breve y en forma de peroración.

—Yo sé quien ha fundado Troya, — dijo uno de los muchachos hasta entonces silencioso y tímido.

Era un muchacho de unos once años, con rostro bondadoso y se llamaba Kartachov.

Estaba sentado junto á la puerta. Kolia mi-

raba á este nuevo interlocutor con aire grave y sorprendido.

Hay aquí que notar que la cuestión de la fundación de Troya, se había transformado en una especie de enigma y era preciso para resolverla, buscar en el tratado de Smaragdov que no lo había en toda la ciudad, más que en casa de Kolia.

Un día Kolia se hallaba de espaldas; el joven Kartachov abrió ligero el libro de Smaragdov y justamente lo abrió en el sitio en que trataba de los fundadores de Troya.

Hacía ya tiempo que había descubierto esto, pero todavía no se había atrevido á decirlo en público por temor á la enemistad de Kolia.

Hoy, sin saber porque, no pudo contener lo que hacía tanto tiempo pesaba en su conciencia.

—Y bien, dinos entonces quien ha fundado á Troya, — dijo Kolia volviéndose hacia él, con aire altanero.

Había ya leído en la cara del muchacho que este lo sabía y se había preparado para todas las consecuencias de esta revelación.

La atención fué general.

—Troya fué fundada por Dardanus Ilius et Tros, — respondió con aplomo el muchacho.

Pero en seguida su rostro se encendió de tal manera, que daba lástima.

Durante un minuto los otros muchachos no le quitaron la vista. Después todas las miradas se dirigieron á Kolia.

Este seguía mirando al insolente muchacho.

—¿Es decir, como han fundado á Troya? — se dignó por fin preguntar. — Además que es lo que llaman en general fundar una ciudad ó un estado? ¿Como se hace esto? ¿Van viniendo por turno cada uno con su piedra?

Todos se echaron á reír. El culpable enrojeció más. No decía ni una palabra y estaba á punto de llorar.

Kolia lo tuvo todavía un minuto en esta situación.

—Para discutir acontecimientos históricos tan importantes como la fundación de una nacionalidad, es preciso en primer lugar, entender lo que quiere decir esto, — dijo Kolia con tono doctoral. — Además no veo ninguna importancia en todos estos cuentos de mujer, y tengo en poca estimación á la historia.

Estas últimas palabras fueron dichas con tono descuidado y parecían dirigidas á todos los concurrentes.

—¿Es de la Historia Universal, de que quiere Vd. hablar? — preguntó el capitán asustado.

—Sí, de la Historia Universal. No hay en ella más que el estudio de una serie de tonterías humanas. Para mí todo mi aprecio está en las matemáticas y en las Ciencias físicas, — contestó Kolia mirando furtivamente á Alexy, pues la opinión de este era la única que temía.

Chestomarov no decía nada, conservando su aire serio. Si hubiera dicho algo, ya sabriase á que atenerse; pero Alexy no decía ni una palabra y «su silencio podía ser el silencio del desprecio.»

Kolia se irritaba de más en más.

—Hablemos ahora de las lenguas muertas, que hermosa locura... pero me figuro que no sois de mi parecer, Chestomarov.

—No, no soy de vuestro parecer, — respondió Alexy con sonrisa contenida.

—Las lenguas clásicas, ¿quieren Vds. saber sobre esto mi opinión? Son una medida de dis-

ciplina, y sólo con este objeto nos las hacen estudiar. Y lo hacen porque son fastidiosas y atrofian nuestras facultades. Ya nos fastidiamos bastante pues han querido que nos fastidiáramos más. Ya estábamos embrutecidos; ¿que mejor podían inventar para embrutecernos más? Se inventaron las lenguas clásicas. He aquí mi opinión absoluta de la que espero no apartarme jamás, — concluyó Kolia con tono breve, mientras sus mejillas se coloreaban.

—Esto es la pura verdad, — dijo con sorna Scurov, que había escuchado con mucha atención.

—Y sin embargo, eres el primero en latin, — dijo uno de los muchachos.

—Sí, papá, habla así y sin embargo, es el primero en nuestra clase de latin, — confirmó Iliucha. Kolia pensó que era necesario defenderse, aunque se sentía halagado por este elogio.

—¿Y que prueba eso? Aprendo el latín porque debo aprenderlo y le he prometido á mi madre terminar mis estudios. Además, creo que cuando se emprende algo, hay que hacerlo bien, lo que no me impide despreciar el clasismo, y toda su engañifa... ¿No es Vd. de mi parecer, Chestomarov?

—¿Por qué una «engañifa»? — preguntó Alexy con nueva sonrisa.

—Pero por Dios, si todos los clásicos están traducidos á todas las lenguas, no será para conocerlos para lo que se necesita el latín. Es por lo tanto únicamente como medida de disciplina y como para nuestro embrutecimiento. ¿No llama Vd. á esto una engañifa?

—¿Pero quien os ha enseñado todo esto? — acabó por preguntar Alexy sorprendido.

—En primer lugar, puedo comprenderlo yo

mismo sin que me lo enseñen, luego, lo que os he dicho respecto de los clásicos traducidos, ha sido repetido por el profesor Kolbasnikov, delante de todo el tercer curso.

—Ahí está el Doctor, — exclamó en este momento Ninotchka que hasta entonces había guardado silencio.

En efecto, un coche se paró delante de la puerta de la casa.

El capitán, que había esperado al Doctor, toda la mañana, se precipitó á su encuentro.

Alexy se acercó á la cama y le arregló la almohada de Iliucha. Ninotchka sentada en su sillón no le quitaba la vista. Los muchachos, se apresuraron en despedirse, prometiendo algunos volver á la tarde.

Kolia llamó á Perezvon que había saltado de la cama.

—No me voy, no me voy, — dijo Kolia al enfermo. — Cuando el Doctor se marche, volveré con Perezvon.

En este momento apareció en la puerta el Doctor, con la cabeza erguida, sus largas patillas negras, envuelto en una piel de oso. Tenía el aire de alguien que se equivoca de puerta.

Se detuvo á la entrada, como si algo le hubiese llamado la atención.

—¿Qué es esto? ¿en donde estoy? — murmuraba sin quitarse ni su abrigo ni gorra de nutria.

Esta gente, la pobreza de este cuarto, la ropa colgada en una cuerda lo habían completamente desconcertado.

El capitán hacía ante él profundas reverencias.

—Vd. está aquí, — balbuceaba el capitán

obsequiosamente, — aquí en casa, donde Vd. debía venir...

—Sneguirev, — dijo el Doctor con voz arrastrada y altanera. — ¿El señor Sneguirev es Vd?

—Soy yo.

—¡Ah!

El Doctor miró de nuevo en torno suyo, con disgusto, y se quitó el abrigo.

Se vió sobre el pecho una condecoración importante. El capitán tomó con cuidado el abrigo y el Doctor se descubrió.

—¿Y donde está en enfermo? — dijo con voz alta é imperativa.*

XII

—Qué piensa Vd. que va á decir el doctor — preguntó Kolia ya en el vestíbulo. — Que cabeza tiene tan repugnante ¿verdad? no puedo soportar á los médicos.

—Iliucha morirá, ya no cabe duda, — contestó tristemente Alexy.

—¡Esos pillos! La medicina es una pillería... Estoy sin embargo muy contento de haberos conocido y lo deseaba hacía tiempo. Sólo hay que sentir que nos hayamos encontrado en tan dolorosas circunstancias.

Kolia hubiera deseado añadir algo más caluroso y expansivo, pero algo se lo impedía. Alexy adivinó esto, sonrió y le estrechó la mano.

—Hace tiempo que estimo en Vd. un carácter escepcional, — murmuraba Kolia cada vez más turbado. — He oído decir que Vd. es místico y que ha sido Vd. monje. Ya se yo que es

Vd. un místico, pero... esto no me ha detenido. El contacto de la realidad os curará... Con naturaleza como la vuestra, no puede pasar otra cosa.

—¿A que llama Vd. místico y de que tengo yo que curarme? — preguntó Alexey un poco sorprendido.

—Dios y lo demás.

—¿Como! ¿Vd. no cree en Dios?

—Al contrario, no tengo nada contra Dios. Dios no es más que una hipótesis, pero acepto que su existencia es necesaria para el orden sobre la tierra, «etcetera...» Y hasta si no existiera, sería preciso inventarlo, — añadió enrojeciéndose.

Le vino entonces la idea de que Alexey podía pensar que hacía alardes de conocimientos para probar que era un hombre. «No quiero absolutamente hacer alardes de lo que sé», — pensaba Kolia lleno de despecho.

—Os confirmo que no me gusta entrar en todas estas discusiones. Bien se puede no creer en Dios y amar á la humanidad. Voltaire, por ejemplo, no creía en Dios y amaba, sin embargo, á la humanidad.

—Sí, sí, Voltaire creía en Dios, pero creo que creía poco, como también amaba poco á la humanidad, — contestó Chestomarov con tono suave y natural, como si le hubiera hablado á un mayor.

A Kolia le sorprendió esta duda de Alexey, en su opinión sobre Voltaire, y sobre todo que parecía dejarse á él, la solución de esta cuestión.

—¿Ha leído Vd. á Voltaire? — preguntó Alexey.

—No, precisamente. He leído Cándido, tra-

ducido al ruso. Una traducción antigua y monstruosa.

—¿Y Vd. lo ha entendido?

—¡Oh! sí, todo... ¿Pero porque ha pensado Vd. que pude no haberlo entendido? Hay seguramente allí muchas crudezas... Soy bastante capaz de entender que es una novela filosófica escrita para sostener una idea, — dijo Kolia no sabiendo ya como acabar con esto.

—Yo soy socialista, Chestomarov, socialista endurecido, — dijo de pronto.

—¿Socialista? — dijo riéndose Alexey; — ¿pero desde cuando ha podido Vd. serlo? ¿no tiene Vd. trece años?

A Kolia le desagradó esto.

—En primer lugar, no tengo trece años, tengo catorce, los tendré dentro de quince días. Luego no comprendo que tiene que ver mi edad con esto, se trata de mis opiniones y no de la fecha de mi nacimiento, ¿no es verdad?

—Cuando tenga Vd. más edad, comprenderá Vd. mismo la importancia que puede tener la edad sobre las opiniones. Me parece también que algunas de sus frases, no son de usted, — contestó tranquilamente Alexey.

Kolia interrumpió acalorado:

—Por Dios, Vd. exige obediencia y misticismo. Convenga Vd. que la religión cristiana, por ejemplo, le conviene á los ricos y poderosos, para tener en la esclavitud á las clases inferiores. ¿No es esto verdad?

—¡Ah! ya sé donde ha leído Vd. esto, ó donde lo ha leído el que se la ha dicho á Vd., — exclamó Alexey.

—Pero ¿por que quiere Vd. que lo haya leído ó que alguien me lo haya dicho? Tengo también ideas propias... Además, si Vd. quiere no soy completamente hostil al Cristo. Era este

un hombre enteramente humanitario, que si viviera en nuestros tiempos, haría seguramente causa común con los revolucionarios y hubiera representado un papel importante. Esto con seguridad.

—Pero ¿donde ha leído Vd. todo esto? ¿Qué imbécil ha conocido Vd?

—La verdad no se puede ocultar. En ciertas ocasiones he hablado con Nikitine pero... El viejo Beliusky afirmaba igualmente estos principios.

—¿Beliusky? no me acuerdo, no ha escrito eso en ninguna parte.

—Pues si no lo ha escrito, afirman, por lo menos, que lo ha dicho. Tengo esta opinión de cierto... ¿además, qué importa?

—Y de Beliusky ¿ha leído Vd. sus libros?

—No... ve Vd., no... no los he leído enteramente, Pero... he leído los pasajes en que explica porque Tatiana no quiso seguir á Oneguine.

—Como, «no ha querido seguir á Oneguine» Pero... ¿Vd. ya comprende esto?

—¡Permítame! me parece que me toma Vd. por el chico. Scurov, — dijo Kolia con tono irritado. — No crea Vd. que yo soy un revolucionario extremado. Con frecuencia estoy en desacuerdo con M. Nikitine. Si he hablado de Tatiana, no quiere decir que sea partidario de la emancipación de las mujeres. Acepto que las mujeres son seres inferiores que deben obedecer. Que las mujeres tejan, dijo Napoleón y comparto esta opinión con este grande hombre. Pienso también que dejar su país para huir á América es una tontería y hasta una bajeza. ¿Porque irse á América, cuando podemos servir á la humanidad, aquí, en casa? ¿Y sobre todo, ahora, que tenemos

aquí una cantidad de actividad fructuosa? Es lo que contesté.

—Contesté ¿á quién? Alguien os ha propuesto un viaje á América?

—Os confieso que han querido arrastrarme, pero yo he rehusado. Naturalmente Chestomarov, esto es entre Vd. y yo y Vd. no dirá nada á nadie. Sólo á Vd. se la he dicho, pues no tengo ningún deseo de caer en las garras de la Tercera Sección y de ir á tomar lecciones al Puente-de-Cadenas.

«¡Te acordarás de la casa

Que hay junto al Puente de Cadenas!»

—¿Se acuerda Vd. de estos versos? Son magníficos; pero ¿por qué se ríe Vd? ¿Cree Vd. que esto son cuentos?

«¿Qué sucedería si sabe que no tengo en la biblioteca de mi padre más que este número del «Toerino» y que no he leído otra cosa» pensó Kolia de pronto estremeciéndose.

—¡Oh! no, yo no me río, y no pienso que lo que Vd. ha dicho sean cuentos. Es la verdad y en eso está el mal, precisamente. ¿Dígame, ha leído Vd. á Pouchkine? puesto que me acaba Vd. de hablar de Tatiana.

—No, no lo he leído todavía, pero quiero leerlo. No tengo prejuicios Chestomarov. Quiero encuchar ambas partes. ¿Porque me pregunta Vd. esto?

—¡Pisch!...

—Dígame Chestomarov, ¿Vd. me desprecia mucho? — preguntó Kolia bruscamente y se plantó delante de Alexy como esperando una lucha. — Dígamelo sin rodeos, se lo ruego.

—Despreciarle ¿por qué? — preguntó Alexy sorprendido. — Pero ¿por qué? Tengo solamente pena de ver una buena naturaleza como

la de Vd. que apenas ha empezado á vivir y ya está desviada por tonterías groseras.

—De mi naturaleza no se inquiete Vd. Soy malicioso, «esto es verdad», bestialmente malicioso. Por ejemplo, veía hace un momento que Vd. se sonreía y me parecía que Vd...

—Yo sonreía por una causa muy distinta que voy á decirle: he leído recientemente un artículo de un alemán que ha vivido en Rusia á propósito de la juventud estudiosa actual. «Enseñe Vd. — decía, — á un colegial ruso un mapa del cielo del que jamás ha tenido noticia y al día siguiente le devolverá el mapa corregido.» Poco saber y una suficiencia sin límites, esto es, lo que el alemán quería decir del estudiante ruso.

—Pero esto es absolutamente verdad — dijo Kolia soltando una carcajada; — es más que verdad. ¡Bien por el alemán! Pero el señor Choucrotman no ha visto tal vez el lado bueno. ¿No lo cree Vd? La suficiencia, yo la admito, es pecado de juventud que se corrige si hay que corregirla; pero por otra parte, está la independencia propia de la infancia; además, existe la audacia del pensamiento y de la convicción muy distinta de la bajeza, enfrente de la autoridad... Pero el alemán ha hablado bien. ¡Bien por el alemán! y sin embargo, hay que ahogar á los alemanes. Que son fuertes en ciencias no cabe duda, pero á pesar de ello, hay que ahogarlos...

—¿Pero, porqué ahogarlos?—preguntó Alexey con una nueva sonrisa.

—Tal vez he exagerado, soy á veces un verdadero niño, y cuando estoy contento de hablar, no me contengo y digo tonterías... Pero mientras estamos aquí diciendo tonterías, el

médico permanece dentro mucho tiempo, acaso examina también á la mamá y á Ninotchka, la estropeada. Sabe Vd. que me ha gustado mucho esta Ninotchka. Cuando salió me murmuró al oído: «¿Por qué no ha venido Vd. antes? Y esto con una voz de reproche; me pareció buena y digna de piedad.

—Es verdad, es verdad, Vd. verá lo que es Ninotchka cuando la conozca mejor. Le será muy útil frecuentar estas criaturas para apreciarlas. Y Vd. aprenderá, conociéndolas, muchas cosas. Estó le hará cambiar mejor que nada.

—Cuánto me pesa no haber venido antes,— exclamó Kolia amargamente.

—Sí, es de sentirlo. Vd. ha visto que impresión de gozo ha producido Vd. en el chico, y la pena que sentía esperándolo.

—No me hable Vd. de ello, esto me hace sufrir. Pero lo merezco, porque no he venido á verlo antes por amor propio, por un amor propio egoísta y el bajo deseo de imponerme, sentimiento del que no puedo desprenderme y que he combatido toda mi vida. Bien lo veo ahora Chestomazov, no soy más que un joven ruín.

—No, es Vd. un excelente sujeto desviado de su camino; y ahora demasiado comprendo su influencia sobre este muchacho de espíritu noble é impresionable hasta en la enfermedad.

—¿Y es Vd. quien me lo dice? ¡Imagínese usted que yo pensaba que Vd. me despreciaba! ¡Si supiera Vd. cuánto aprecio esa opinión.

—¿Pero es Vd. tan malicioso como todo eso? ¡En realidad á su edad...! Figúrese que mirándole hace un rato, cuando Vd. hablaba

en el cuarto, pensaba justamente que Vd. debía ser muy malicioso.

—¿Usted ha pensado eso? ¡Qué perspicacia! Usted ve, yo apuesto á que lo ha pensado cuando hablaba del ganso. Yo pensaba en aquel momento que Vd. me despreciaba porque me mostraba grave. Hasta sentí cierto odio hacia Vd. y me puse entonces á decir tonterías. Luego he pensado, diciendo que si Dios no existía había que inventarlo, que me apuraba mucho en exhibir mi erudición, mucho más habiendo leído esta frase en un libro. Le juro sin embargo que no lo decía por vanidad, lo hacía sin saber porque, porque estaba contento. Creo que era el gozo lo que me hacía hablar así, y sin embargo, vergüenza debe darle á un hombre alabarse porque está contento. Bien lo sé; felizmente que ahora sé que Vd. no me despreciaba, y que no era más que un error de mi imaginación. Qué desgraciado soy Chestomarov. A veces me imagino que todo el mundo se burla de mí, y entonces, entonces me siento capaz de conmover este mundo.

—¿Y Vd. hace sufrir á su familia?

—Sí, yo hago sufrir á mi familia, á mi madre sobre todo... ¿Digame, Chestomarov, estoy en este momento muy ridículo?

—¡Pero no piense Vd. en eso! Por Dios no piense,—exclamó Alexy.—Luego, ¿qué quiere decir con esa palabra ridículo? Cuántas veces el hombre es ó parece ridículo. Y además casi todas las personas inteligentes hoy temen el ridículo y esto es causa de su desgracia. Solamente me sorprende que haya Vd. sentido tan temprano tal sentimiento. Y es esta una observación que he visto en otros. En nuestro tiempo casi todos los niños sufren de esto. Es

como una manía; parece que el diablo se ha metido en este amor propio y se ha apoderado de toda nuestra generación... Sí, —dijo Alexy,—es el diablo.

Y no se reía, como se había figurado Kolia que lo miraba con fijeza.

—Y Vd. es como los otros,—es decir como muchos,—pero no debe ser así.

—¿Aun cuando todos sean así?

—Usted no debe serlo, aunque sea Vd. solo. Además, en realidad Vd. no es como los demás. Así Vd. no ha tenido vergüenza en confesarme lo que Vd. cree malo y ridículo en Vd. ¿Quién confiesa esto hoy? Nadie. No se siente jamás la necesidad de hacer un exámen de conciencia. No sea Vd. pues como los otros. Aunque se encuentre Vd. solo obrando así.

—Muy bien, no me he equivocado acerca de Vd. Usted tiene el don de consolar. ¡Oh! ¡cuanto deseaba yo conocerle, Chestomarov! ¡Cuánto tiempo que ansiaba encontrarle! ¿Verdaderamente ha pensado Vd. en mí? hace un rato me lo decía.

—Sí, oí hablar de Vd. y he pensado en Vd. Y si el amor propio es quién le ha hecho hacerme esta pregunta, eso no importa.

—Sabe Vd. Chestomarov que lo que me acaba de decir tiene algo de declaración de amor,—dijo Kolia con voz dulce y penetrante.—¿Esto no es ridículo? ¿Digame, no es ridículo?

—No, y si lo fuera poco importaría, porque es un buen sentimiento.—dijo Alexy con franca sonrisa.

—Y diga Vd. Chestomazov, ¿no se hallaba usted un poco vergonzoso conmigo...? Veo esto hasta en su ojos,—dijo Kolia con airc

malicioso y feliz á la vez. — Y por qué se enrojece Vd.

—Pero Vd. es el que me hace enrojecer,— dijo Alexy riendo y enrojando de verdad.,,

—Sí, es verdad, me siento un poco vergonzoso, Dios sabrá porque...,

—¡Oh! cuánto le quiero y cuánto le aprecio en este momento. Justamente porque Vd. tiene vergüenza conmigo, porque es Vd. como yo!—exclamó Kolia con verdadero transporte.

Sus ojos brillaban.

—Escuche Vd. Kolia, Vd. será en esta vida un hombre muy desgraciado.

—Ya lo sé, ya lo sé. ¿Pero cómo sabe Vd. todo esto?

—Pero en el conjunto, Vd. estará muy satisfecho de su vida.

—Precisamente. ¡Hurrah! Vd. es un profeta. Nos entendemos muy bien. Y sobre todo lo que más me gusta es que me habla Vd. como á un igual. Y sin embargo, estamos lejos de ser iguales. Vd. es muy superior, pero nos entendemos. Figúrese Vd. que yo me repetía durante estos últimos meses esta frase: «O bien desde el primer encuentro seremos amigos para siempre ó bien nos separaremos enemigos hasta la muerte...»

—Si Vd. pensaba así, seguramente ya me quería.

—Sí, ya le quería, le quería mucho, le quería y soñaba con usted. ¿cómo ha podido usted adivinar todo esto?... Pero hablemos bajo, el médico viene. Qué irá á decir...? Vea Vd. la cara que trae.

XIV

El médico salió del cuarto envuelto en sus pieles y con el gorro sobre la cabeza.

Su cara expresaba mal humor y disgusto. Parecía que temía ensuciarse. Miró hacia el vestíbulo, fijando sus ojos con aire severo en Alexy y en Kolia.

Alexy abrió la puerta é hizo señas al cochero. El coche del doctor se acercó. El capitán corrió detrás del médico é inclinándose le detuvo para preguntarle algo. El desgraciado estaba consternado y su cara expresaba terror.

—¡Vuestra excelecia! ¡vuestra excelencia!... ¿Es esto posible?... —dijo.

Pero no pudo acabar; juntó las manos y otra vez miró al médico con ojos suplicantes, como si una última palabra pudiera cambiar el fallo que acababa de pronunciar sobre su hijo.

—¿Qué puedo hacer? Yo no soy Dios— contestó el médico con esa voz arrastrada, propia de las grandes médicos.

—¡Doctor! ¡vuestra excelencia!... ¿Y eso será muy pronto?

—Prepárese Vd. á todo, — dijo el médico disponiéndose á salir.

—¡Vuestra excelencia! ¡Por el amor de Cristo!—lo detuvo el capitán muy asustado. —¿Entonces no hay nada, nada, nada que pueda salvarlo?

—Ahora, no es de mí de quien depende esto —contestó con impaciencia el médico,—y sin embargo... hum!... —y se detuvo... —Si por ejemplo pudiese Vd. mandarlo en seguida y sin perder tiempo... (estas palabras de «en seguida» y «sin perder tiempo» fueron pronunciadas gravemente y casi con cólera, lo que hizo estremecer al capitán) á Siracusa... entonces con las condiciones favorables del clima, podría tal vez producirse...

—¡A Siracusa!—exclamó el capitán sin somprender.

—Siracusa está en Sicilia,—dijo de repente Kolia en alta voz.

El doctor le miró sorprendido.

—¡En Sicilia! ¡padrecito! ¡vuestra excelencia! Pero Vd. ha visto,—añadió señalando en torno suyo.

—¿Y la mamá? ¿y la familia?

—No, la familia no debe ir á Sicilia, vuestra familia debe ir esta primavera al Cáucaso, vuestra hija al Cáucaso, vuestra mujer, después de haber tomado las aguas del Cáucaso para el reumatismo, debe ir en seguida á París á la clínica del médico alienista Lepelletier, yo os daré una carta para él y entonces podría producirse...

—¡Doctor! ¡doctor! pero bien vé Vd. —dijo el capitán enseñando otra vez con gesto desesperado las paredes de madera, desnudas del vestíbulo.

—¡Ah! esto no tiene que ver conmigo—dijo el doctor con una sonrisa.—No he dicho más que lo que la ciencia contesta á vuestra

pregunta sobre los últimos medios. En cuanto á lo demás... lo siento mucho.

—No os inquietéis «médico» mi perro no os morderá,—dijo de repente Kolia, notando la inquietud del Doctor al ver á Pérezvon en la puerta.

En su voz había algo de indignación. En cuanto á la palabra «médico» empleada en vez de la de «doctor» la había dicho expresamente para ofenderle como lo confesó después.

—¿Qué dice?—dijo el médico mirando á Kolia sorprendido.

¿Quién es?—le preguntó á Alexy, como haciéndole responsable.

—Es el amo de Pérezvon, médico; no os inquietéis de mi personalidad —dijo Kolia con voz cortante.

—¿Zvon? ¿Zvon?—repetía el médico sin entender.

—Sí, *Zvon* (1) pero no sabe en donde sueña. Adiós médico. Nos volveremos á ver en Siracusa!

—¿Quién es este muchacho?—exclamó el Doctor lleno de cólera.

—Es un estudiante, Doctor, travieso; no haga Vd. caso, —dijo Alexy frunciendo las cejas. —Cállese Vd. Kolia, —gritó después á Krasontkin.—No le haga Vd. caso doctor,—repetía Alexy todavía más impaciente.

—Castíguenlo, hay que darle látigo —gritaba dando patadas el doctor.

—Pero no sabe Vd. médico, que mi Pérezvon sabe también morder,—dijo Kolia con voz temblorosa, pálido y con los ojos encendidos. —Aquí! Pérezvon!

(1) Esta palabra significa campanilla.

—Kolia, si dice Vd. una palabra más rompo con Vd. para siempre! —dijo entonces Alexy con voz imperativa.

—Médico, no hay más que un hombre en el mundo que pueda darle órdenes á Nikolay Krzaotkin, y es este, — dijo designando á Alexy—y le obedezco. Adiós.

Fué hacia la puerta y entró en el cuarto.

El doctor quedó algunos segundos petrificado, después escupió y se dirigió hacia su coche repitiendo:

—Este... este... este no se que...

El capitán se precipitó detrás de él para ayudarle. Alexy siguió á Kolia.

Kolia estaba ya junto á la cama de Iliucha. El enfermo le tenía cogido de la mano y le preguntaba por su padre. Un momento después entró éste.

—Papá, papá ven acá... — murmuró Iliucha muy conmovido y sin fuerzas para continuar. Tendió sus dos bracitos flacos y con todas sus fuerzas apretó á Kolia y á su padre.

El capitán temblaba, sollozos ahogados salían de su garganta; los labios de Kolia temblaban también.

—¡Papá! ¡papá! que lástima me das.

—Iliucha, mi palomita, el médico ha dicho... que te curarás... seremos felices... el médico...

—¡Ah! papá ya sé lo que ha dicho el nuevo Doctor... Ya le he oído—dijo Iliucha.

Y se apretó otra vez contra los dos.

—Papá, no llores... cuando yo me muera tomarás otro muchacho, uno bueno... busca el mejor entre ellos; llámale Iliucha y ámale en mi lugar.

—Cállate viejo, ya te curarás — exclamó como enfadado Krazotkin.

—En cuánto á mí no me olvides, no me ol-

vides jamás — continuó Iliucha, — ver á ver mi tumba... papá entiérrame junto á la gran peña, donde tanto hemos ido á pasear juntos. Ve allí, con Krazotkin, de tarde... y Pérezvon también... los tres juntos yo os esperaré allí... Papá! papá!

Su voz se extinguía, los tres quedaron enlazados silenciosos. Ya no decían nada. Ninotchka lloraba en su sillón y de repente viendo á todo el mundo llorar la mamá se puso á llorar á su vez.

—Iliucha, Iliucha — gemía ella.

Krazotkin se soltó vivamente del brazo de Iliucha.

—Hasta la vista viejito; mi madre me espera para comer,—dijo muy apenado.—Qué lástima que no la haya prevenido. Se vá á inquietar mucho... Pero después de comer volveré á tu lado y me estaré todo el día y toda la noche ¡y que cuentos tan bonitos te contaré! Me llevo á Pérezvon porque si no va ahullar y te fastidiaría. Hasta la vista.

Salió al vestíbulo, hasta entonces había podido contener sus lágrimas pero ya en el vestíbulo no pudo más. En este estado lo encontró Alexey.

—Kolia, es preciso que tenga Vd. palabra sin esto tendrá él mucha pena,—le dijo con voz firme.

—Cumpliré mi palabra. ¡Oh! cuanto me maldigo por no haber venido más pronto,—murmuraba sin ocultar sus lágrimas.

En este momento llegó corriendo el capitán cerrando detrás de él la puerta del cuarto. Su cara expresaba la más profunda desesperación y sus labios temblaban.

Se detuvo delante de los dos jóvenes y levantando los brazos.

—¡No quiero ningún otro muchacho, por bueno que sea!

Su voz era ronca y salvaje y sus dientes crujían.

—Si te olvido, Jerusalen, que me...

No terminó y cayó de rodillas delante del banco. Se apretaba la cabeza entre las manos y se esforzaba en comprimir sus gemidos para que no se oyeran en el cuarto.

Kolia se precipitó fuera, salió á la calle.

—Hasta la vista Chestomarov, ¿y Vd. vendrá? — dijo con voz ruda.

—Esta tarde con seguridad.

—¿Qué decía él de Jerusalen?... De que se trataba.

—Es una cita de la Biblia. «Si te olvido Jerusalen» si olvido todo lo que tengo de precioso, si lo cambio contra cualquier cosa, sea yo castigado...

—Basta, ya he entendido, no se olvide Vd. de venir... Aquí Perezvon—gritó á su pero con voz más dura aun; y se dirigió hacia su casa á grandes pasos.

XV

Un pequeño ataúd cubierto de flores estaba pronto á salir hacia la iglesia.

Era el ataúd de Iliucha. Sólo había vivido diez días, después de la visita del célebre Doctor.

Alexy llegó el último; todos le esperaban con impaciencia y con deseos de verle apare-

cer. Los camaradas de Iliucha le saludaron. Había allí una docena de niños con sus carteras terciadas.

—«Papá llorará, quédense con papá» — había dicho Iliucha al morir. Los niños se acordaban de esto. Kolia Krazotkin estaba á la cabeza de ellos.

—¡Qué feliz soy de veros venir Chestomarov! — exclamó tendiéndole la mano á Alexey. — Como entristece esto, que pena da verlo. Sneguirev no está borracho, estoy seguro; no ha bebido nada hoy y sin embargo, está como si se hubiera emborrachado... Siempre conservo mi sangre fría, pero aquí... no puedo... Perdóneme Vd. si le detengo todavía un momento Chestomarov; quisiera hacerle una pregunta antes que entre Vd.

—¿Qué hay Kolia?

—Dígame, ¿su hermano de Vd. es culpable ó no? ¿Es él ó el criado quien ha matado á su padre? Esto será para mí como Vd. me lo diga. Van ya cuatro noches que no duermo pensando en esto...

—Es el criado el que lo ha matado y mi hermano es inocente, — contestó Alexey.

—Yo también lo he dicho, — dijo de repente Somourov.

—Pues morirá víctima inocente. Y aunque esté perdido, es feliz sin embargo, y yo envidiaría su suerte.

—¿Qué dice Vd? ¿porqué? — preguntó Alexey sorprendido.

—¡Oh! si yo pudiera sacrificarme un día por la verdad — exclamó Kolia.

—Pero no en semejante suceso, entre tanta vergüenza y tanto horror.

—Pues yo también, — exclamó entre los muchachos el que un día se había atrevido á de-

cir quien había fundado á Troya. Y ahora también se enrojeció después de haber dicho la frase.

Alexey entró en el cuarto.

Era un pequeño ataúd azul, adornado de blanco. Estaba acostado con las manos juntas y los ojos cerrados. Los rasgos de su cara enflaquecida estaban apenas alterados, y cosa extraña, no despedía mal olor. La expresión de su rostro era grave; parecía pensar. Las manos en cruz parecían esculpidas en mármol y eran extraordinariamente bellas. Habían colocado flores entre sus dedos; además todo el ataúd estaba cubierto de flores.

Nuevas flores llegaron de parte de Katerina Ivanovna, y cuando entró Stlovev, el padre las esparció sobre el cuerpo de su hijo.

Apenas miró á Alexey, cuando entró. No quería ver á nadie, ni á su mujer loca, la pobre madre que lloraba, que se esforzaba en levantarse sobre sus piernas enfermas para ver de cerca á su muertecito.

Los niños habían cargado cerca del ataúd, á la enfermita Ninotchka en su sillón. Y permaneció así inclinada sobre el muerto, llorando tristemente.

La cara de Sneguirev estaba animada y exasperada. Había en sus gestos y en las palabras que se le escapaban, algo de loco.

— ¡Batiuchka, mi querido Batiuchka! — exclamaba á cada rato, mirando á Iliucha.

Tenía esta costumbre estando vivo su hijo, de llamarle con ternura: ¡Batiuchka, mi querido Batiuchka!

— Papá, dame también flores; toma de su mano esa blanca y dámela; — dijo la mamá sollozando.

¿Sería porque esta rosita blanca que esta-

ba en la mano de Iliucha le gustaba, ó porque quería tener un recuerdo de su hijo? Se agitaba mucho y tendía la mano hacia la flor.

— No te la daré, no daré ninguna — exclamó con voz dura Sneguirev. — Estas flores son de él y no tuyas.

— Papá, dale la flor á mamá, — dijo Ninotchka levantando sus ojos llenos de lágrimas.

— No se la daré, á ella menos que á nadie. Ella no le amaba, le había quitado su cañoncito, — añadió el capitán llorando, al recordar á Iliucha cediéndole el cañoncito á su mamá.

La pobre loca cubrió su cara con las manos y se puso á sollozar.

Los muchachos, viendo que el padre no dejaba el ataúd y que ya era tiempo de llevarse-lo, lo rodearon para levantarlo.

— No quiero que lo entierren en el cementerio — exclamó entonces Sneguirev. — Quiero enterrarlo cerca de la piedra, cerca de nuestra piedra, como me lo ha pedido. No dejaré que se lo lleven.

Tres días antes, ya había dicho que lo enterraría, pero Alexey, Krazotkin, la propietaria y todos los muchachos intervinieron.

— Vea Vd. esta invención de enterrarle al lado de una piedra impura, como á un suicida, — dijo severamente la vieja propietaria. — En el cementerio la tierra es santa. Hay allí cruces y rogarán por él, allí se oyen los cantos de la Iglesia y el diácono pronuncia también y tan claramente que todo llegará hasta él, como si rogase sobre su tumba.

El capitán hizo un gesto como queriendo decir: Llévenselo donde quieran.

Los muchachos levantaron el ataúd y pasando junto á la mamá, se detuvieron un ins-

tante y se bajaron delante de ella para que pudiera decirle adios á Iliucha.

Pero cuando vió de cerca la querida carita que hacía tres días no había visto, más que á distancia se puso á temblar y agitó por encima del ataúd, su cabeza gris.

—Mamá, hazle la señal de la cruz, bendícele y abrázale, — le gritó Ninotchka.

Pero la otra, como un autómata, seguía agitando su cabeza, y silenciosa, con la cara convulsiva por una terrible pena, se puso á darse con los puños en el pecho.

Llevaron el ataúd un poco más lejos; Ninotchka puso por última vez sus labios sobre los de su hermano muerto, cuando lo pasaron delante de ella.

Saliendo, Alexy le rogó á la propietaria que tuviera cuidado de los que quedaban en la casa; pero no lo dejó terminar.

—Ya lo creo; ¿que no somos cristianos? — decía la vieja llorando.

XVI

La Iglesia no estaba muy lejos. Había, á lo sumo trescientos pasos.

El día estaba claro y sereno; helaba ligeramente. La campana de la iglesia sonaba. Sneguirev iba de un lado á otro, detrás del ataúd, envuelto en su abrigo ligero y corto. Llevaba la cabeza descubierta; y en las manos su sombrero viejo y de alas anchas.

Parecía preocupado por una idea vaga. A veces extendía el brazo para sostener el ataúd por detrás y molestaba á los cargadores. A

veces iba á los lados buscando un sitio para sostenerlo. Una flor cayó en la nieve. Se precipitó para recogerla como si hubiera dependido de esta flor la salvación.

—¿Y el mendrugo de pan? el mendrugo de pan lo han olvidado! — exclamó de repente lleno de indecible terror.

Buscó en el bolsillo, sacó el pan y ya convencido se tranquilizó.

— Iliucha me lo ha dicho, sí, Iliucha me lo ha dicho, — se excusó con Alexy. — Una noche estaba acostado y yo estaba sentado á su lado y me ordenó: «Papaito, cuando llenen mi tumba de tierra coloca encima un pedazo de pan para que vengan á comer los pajaritos. Yo los oiré y me sentiré feliz de no estar allí solo.»

—Está muy bien, — dijo Alexy, — será preciso traer pan á menudo.

—Todos los días, todos los días, — murmuró el capitán animándose.

Llegaron á la iglesia y colocaron el ataúd en el centro de la nave. Todos los niños se pusieron al rededor, quedando inmóviles durante el tiempo del oficio. Era una iglesia vieja y muy pobre, donde había muchas imágenes sin ornamentos. Pero se reza mejor en estas iglesias.

Durante el oficio, Sneguirev se calmó un poco. Sin embargo la misma inquietud inconsciente y sin objeto reaparecía en él. A veces se acercaba al ataúd para arreglar el paño ó la corona, á veces se precipitaba para enderezar un cirio, poco después se tranquilizó, y volvió á ocupar su puesto á la cabecera del ataúd. Cuando cantaron los Apóstoles, le dijo al oído á Alexy, que no habían cantado como «debían» y no dijo nada más. Cuando can-

taron el himno de los querubines se puso á acompañar el coro, pero no lo terminó; sus rodillas se doblaron, tocó con su frente las losas de la iglesia y permaneció largo rato así.

Comenzó el *réquiem*, distribuyeron cirios. El padre medio loco se agitó de nuevo; el canto fúnebre, á la vez penetrante y suave despertó su alma y la conmovió; pareció de repente recogerse, y sollozaba temblando, hasta el momento de decirle á Dios al muerto. Cuando iban á cerrar el ataúd tomó al niño en sus manos, cubrió de besos sus labios fríos como espantado de que se lo quitaran para siempre.

Pudieron sin embargo hacerlo entrar en razón; le hicieron bajar los escalones, pero sobrecogido volvió y tomó algunas flores del ataúd.

Miró estas flores con aire extraño como si una nueva idea nacida en él le hubiera hecho olvidar todo. Luego absorto en este sueño no hizo ninguna oposición cuando se llevaron el ataúd á la tumba.

Esta no estaba muy lejos, la habían cavado muy cerca de la iglesia y había sido pagada muy cara por Katerina Ivanovna.

Después de los ritos acostumbrados, los sepultureros bajaron el ataúd.

Sneguirev con las flores en la mano se inclinó tanto encima de la fosa que los muchachos asustados le agarraron por el sobretodo y le hicieron retroceder.

Parecía no darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor. Cuando empezaron á echar tierra sobre la fosa, la miraba caer con aire inquieto y balbuceó algunas palabras que nadie entendió. Luego volvió la calma. Le recordaron entonces que había que desmigajar el

pedazo de pan. Lo sacó de su bolsillo y tembloroso lo desmigó sobre la tumba balbuceando siempre palabras ininteligibles, con el mismo aire de preocupación.

—¡He aquí, he aquí pan, vengan pajaritos!

Uno de los niños le hizo notar que le estorbaban las flores en la mano para desmigajar el pan, y que debía confiárselas á alguien. Lejos de darlas, le asustó esta reflexión como si temiera que se las quitaran.

Contempló largo tiempo la tumba, para asegurarse de que todo estaba en orden y que los pedazos de pan estaban bien esparcidos; luego volvióse y se dirigió tranquilamente á su casa.

Poco á poco sus pasos se aceleraban; se apuraba, casi corría. Los muchachos y Alexy le seguían.

—¡Flores para mamá! ¡Flores para mamá! Han ofrecido á mamá,—exclamó de repente.

Alguién le hizo notar que hacía frío y debía ponerse el sombrero; pero él exasperado arrojó el sombrero en la nieve.

—No, no quiero sombrero.

El chico Scurov recogió el sombrero y siguió al capitán.

Todos los muchachos lloraban. Kolia y el muchacho que había descubierto á Troya más que los otros. Scurov lloraba también sinceramente. Y aunque tenía el sombrero del capitán en la mano, tuvo sin embargo tiempo de coger una piedra en la nieve y de tirarla á una bandada de gorriones.

A medio camino Sneguirev se paró de repente. Parecía pensar en algo, y volviéndose á la iglesia corrió hacia la tumba de su hijo.

Los muchachos corrieron también y le alcanzaron y rodeándole trataron de retenerle,

pero él en medio de convulsiones y sollozos repetía.

—¡Batiuchka! ¡Iliuscha! ¡mi querido Batiuchka.

Alexy y Kolia se esforzaron en calmarle.

—¡Basta, capitán! ¡basta, capitán! Un hombre viril debe soportarlo todo,—dijo Kolia.

—Pero va Vd. á estropear las flores,—dijo Alexy.—y la mamá le espera y llora porque Vd. no le ha querido dar flores de Iliucha.

—Sí, sí, es verdad, hay que ir con la mamá,—dijo de repente Sneguirev recordando.—Se traerá también la camita.

Y corrió hacia la casa. El camino era corto y no tardaron en llegar.

Sneguirev abrió la puerta precipitadamente y dirigiéndose á su mujer á quien antes había maltratado:

—Mi mamaita, mi querido Iliucha te manda flores. Tus piernecitas enfermas—gritaba él tendiéndole el ramo de flores heladas y marchitas, que había ajado revolviéndose sobre la nieve.

Pero en este momento vió en la cama de Iliucha las botitas de su hijo. Eran unas pobres botas amarillentas y remendadas.

Al verlas levantó los brazos y se precipitó, cayó de rodillas, las cogió y posando en ellas los labios las cubrió de besos repitiendo:

—¡Batiuchka, Iliucha! ¡mi querido Batiuchka! Y tus pies ¿dónde están? ¿Dónde te los han llevado, ¿dónde? ¿dónde?

Ninotchka volvió á llorar.

Kolia salió en seguida del cuarto seguido por los demás. Alexy se retiró el último.

—Que lloren,—le dijo á Kolia,—no hay más consuelo para ellos. Esperemos un poco y volveremos más tarde.

—Sí, es imposible. Esto es terrible,—confirmó Kolia.—Sabe Vd. Chestomazov—agregó bajando la voz, para que no le oyeran los otros—que siento una gran tristeza y que daría todo lo del mundo por volverle á la vida si esto fuera posible.

—Yo también — contestó Alexy.

—Qué piensa Vd. Chestomazov, ¿debemos volver esta noche? Estoy seguro que va á emborracharse.

—Es posible, es preciso que vengamos los dos solos esta noche, á pasar una hora con la madre y Ninotchka, pues si volviésemos todos juntos, les recordáramos lo que acaba de suceder.

—La propietaria va á preparar la mesa para la comida de funerales.

—El *pope* va á venir. ¿Es preciso que asistamos á esta comida, Chestomarov?

—Seguramente,—contestó Alexy.

—Qué extraño es esto, Chestomarov. He aquí una gran desgracia, y nos ponemos á comer tortas. Esto es muy extraño en nuestra religión.

—También habrá *caviar* — agregó el que había descubierto á Troya.

—Yo le pediría seriamente Kartachov que no se mezclase en lo que estamos hablando, sobre todo cuando no se le pregunta nada y cuando ni siquiera necesitamos saber que Vd. está en el mundo,—dijo Kolia enfadado.

El muchacho se puso colorado, sin atreverse á contestar nada.

Seguían el sendero cuando de repente dijo Scurov:

—He aquí la piedra donde debían enterrarle.

Todos se detuvieron silenciosos cerca de la gran piedra.

Alexey miró largo rato la piedra; todo un cuadro se desarrollaba ante su vista; hacia poco Sneguirev le había hablado allí de Iliucha; como Iliucha exclamaba abrazado á su padre y llorando: «Pobre papá, pobre papá», una gran emoción le invadía, echó una mirada triste sobre todos los presentes, amigos de Iliucha y les dijo:

—Señores, yo quisiera dirigiros algunas palabras en este sitio.

Los muchachos le rodearon, fijando en él sus miradas atentas y ansiosas.

—Señores, permaneceré aquí poco tiempo con mis dos hermanos. Uno de ellos irá á Siberia y el otro está sobre su lecho de muerte. Pronto voy á dejar vuestra ciudad, tal vez por mucho tiempo; vamos pues á separarnos. Pero podemos convenir aquí junto á la piedra de Iliucha que jamás lo olvidaremos, y que nos acordaremos siempre los unos de los otros. Por más que suceda en el porvenir si pasamos hasta veinte años sin volvernos á encontrar, recordaremos siempre como hemos enterrado á este pobre niño, á quien antes le tiraban Vds. piedras. ¿se acuerdan Vds.? allí cerca del puentecito, y al que después habéis todos querido. Era un buen niño, valiente y comprendiendo el honor sintió la ofensa que soportó su padre y que quería vengar. Recordémoslo, señores durante toda nuestra vida, y si nos halláramos detenidos por negocios muy graves, llegando á la gloria ó sucumbiendo en la adversidad no olvidemos jamás cuan buenos nos hemos sentido aquí, unidos, juntos, por un tierno y noble sentimiento que tal vez nos haya vuelto mejores, reuniéndonos en este

mismo amor por este pobre chiquillo. Mis queridos amigos, permitirme que os llame así, mis queridos niños, tal vez no vayais á comprender lo que voy á deciros, pues con frecuencia hablo de una manera difícil de entender, pero tratad sin embargo de grabar lo que voy á deciros, en vuestras cabezas, pues algún día me comprenderéis, estoy seguro. Sepan ustedes que nada hay más elevado, más útil, más santo en la vida que un buen recuerdo, sobre todo cuando nos viene de la infancia, de la casa paterna. Os hablan mucho de educación y sin embargo un buen recuerdo que nos viene de la infancia, es tal vez la mejor educación. Si el hombre encuentra en su vida muchos de estos recuerdos, su existencia puede ser tranquila, y sino guardase más que uno solo en el corazón, este solo recuerdo puede servirle un día para su salvación.

Tal vez seamos malos más tarde, y no tengamos fuerzas para vencernos ante una mala acción.

Nos reíremos de las lágrimas humanas y de los que digan como Kolia: «Quiero sufrir por todos los hombres.» Y sin embargo á pesar de esta maldad, de la que nos guarde Dios, si nos acordamos como hemos enterrado á Iliucha, como le hemos amado en estos últimos días, con que amistad hemos hablado de él junto á esta piedra, entonces el más malo y el más burlón de nosotros no se atreverá en el fondo de su alma á burlarse de los que son buenos como el mismo lo es en este momento. Pero más aun, tal vez este buen recuerdo, le impedirá más tarde cometer una acción mala pues se dirá: Yo antes era bueno, generoso y honrado.

¡Que esto haga sonreír que importa! A me-

nudo el hombre ríe de cosas buenas y honradas, por pura ligereza. Pero señores yo os aseguro que si sonríe, su corazón le dirá pronto: «No, mal hago en sonreír, no hay que reírse de esto».

—Sí, será como Vd. dice Chestomazov, sí, yo le comprendo! — exclamó Kolia y sus ojos brillaron.

Los muchachos estaban todos conmovidos y querían decir algo, pero se contuvieron y de nuevo fijaron sus ojos húmedos en el orador.

—Yo os he dicho esto para en el caso de que nos volviéramos malos,— continuó Alexy; — pero ¿por qué ha de suceder esto señores? Seamos ante todo buenos y honrados y no nos olvidemos jamás los unos de los otros. Yo me acordaré siempre de las cosas que veo en torno mío.

Kolia, dijo hace rato á Kartachov que no queríamos ni saber si existía ¿pero puedo yo olvidar que Kartachov está sobre esta tierra y que no se enrojece ya como cuando descubrió Troya y que está ahí y que no me mira con sus ojos candorosos? Señores, mis queridos amigos, seamos todos generosos y valientes, como lo fué Iliucha, inteligentes y generosos como Kolia que lo será aún más creciendo, seamos también modestos, pero también inteligentes y encantadores como Kartachov. Además, ¿por qué hablar de ellos solos? Me son Vds. todos queridos, señores. Yo os guardaré en mi corazón y os ruego que me guardéis en el vuestro...

¿Quién pues nos ha unido en este buen sentimiento, del que nuestra vida entera guardará el recuerdo, sino Iliucha, ese niño encantador, ese muchacho que fué bueno ante todo y que nos será querido siempre, siempre! No le

olvidaremos pues jamás! Que su recuerdo viva eternamente en nuestros corazones, hoy y siempre!

—¡Muy bien! ¡muy bien! ¡para siempre! ¡para siempre!—exclamaron los muchachos con voz clara y con aire enternecido.

—Acordémonos de su cara, de su ropa, de sus pobres botitas rotas, de su ataúd y de su padre, ese pobre pecador, y del valor con que se levantó él solo contra toda la clase.

—Nos acordamos! nos acordamos!—repetieron los muchachos, — era valiente y era bueno!

—¡Ay! cuánto le amaba yo,—dijo Kolia.

—¡Ay! ¡mis queridos amigos, no temáis á la vida; ¡qué bella es cuando se hace en ella algo bueno y justo!

—Sí, sí,—gritaban los muchachos llenos de entusiasmo.

—Nos amamos mucho, Chestomarov, — dijo una voz.

Era la de Kartachov.

—¡Nos amamos mucho! ¡nos amamos mucho!—repetían los otros y en muchos ojos brillaron lágrimas.

—¡Hurrah! Chestomarov, — exclamó Kolia.

—¡Reuerdo eterno!

—Chestomarov,—dijo Kolia, — ¿es verdad, como dice la religión, que resucitaremos todos á una vida nueva, donde nos encontraremos todos, é Iliucha también?

—Sí, resucitaremos, sí, absolutamente. Nos volveremos á ver y nos contaremos alegremente lo que nos haya pasado,—contestó Alexy medio sonriendo.

—¡Ah! ¡qué hermoso será esto!—exclamó Kolia.

—Y ahora, acabemos con estos discursos y,

vamos á la comida de los funerales. No os extrañéis porque vayamos á comer tortas; es una antigua y solemne costumbre que tiene un lado bueno, — dijo Alexy riendo. — ¡Vamos en camino! Henos ya cogidos del brazo.

—Y así será siempre por toda nuestra vida. ¡Hurrah! Chestomarov, — gritó de nuevo Kolia cada vez más animado.

Y todos los muchachos repitieron este grito de entusiasmo.

FIN

